Franz Hinkelammert

EL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO

Un caso de desarrollo capitalista

Biblioteca de Ciencias Sociales



EDICIONES NUEVA UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

EL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO

Un caso de desarrollo capitalista

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

publicada por

VICERRECTORIA DE COMUNICACIONES

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Franz Hinkelammert
EL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO. UN CASO DE DESARROLLO CAPITALISTA

Franz Hinkelammert
IDEOLOGIAS DEL DESARROLLO Y DIALECTICA DE LA HISTORIA

Gonzalo Arroyo
REVOLUCION SOCIAL A TRAVES DE LA REFORMA AGRARIA

Armand Mattelart y Christian Lalive D'Epinay
CONCIENCIA OBRERA Y ENAJENACION RELIGIOSA

EL SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO

Un caso de desarrollo capitalista

FRANZ HINKELAMMERT

Biblioteca de Ciencias Sociales
Ediciones Nueva Universidad
Universidad Católica de Chile

Distribuidor exclusivo
EDITORIAL PAIDOS
Buenos Aires

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

INDICE

PREFACIO

La elaboración de este libro ha sido posible gracias a un continuo diálogo con profesores y alumnos del Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES) y de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Chile.

Los conceptos principales nacieron en las discusiones de un seminario de profesores del ILADES que se llevó a cabo durante el año 1968, en el cual participaron los profesores Gonzalo Arroyo, Pablo Meneses, Jorge Precht, José Antonio Viera Gallo, Carlos Armelín y Martín Gárrate. Debo mucho a la continua colaboración y discusión con ellos. Como resultado de esto el marco general del libro puede entenderse como el producto de un trabajo en equipo.

Especialmente quiero agradecer al profesor Gonzalo Arroyo por el constante y leal apoyo que me otorgó durante todo este tiempo. Igualmente quiero agradecer al profesor José Antonio Viera Gallo su dedicación especial en la redacción y formulación del texto definitivo y a la señora Eva Barkan, que como secretaria y colaboradora me prestó siempre un gran apoyo.

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

PRESENTACION

¿Por qué esta nueva Biblioteca?

La comprobación de que América latina está estancada económicamente y de que las tensiones sociales y políticas aumentan mientras que la población sigue creciendo al ritmo más acelerado del mundo, y todo esto a pesar de los esfuerzos serios realizados por varios países para planificar el desarrollo, ha sido ocasión de revisión crítica de muchas teorías económicas y sociales hasta ahora aceptadas por la generalidad de los científicos sociales. La Universidad Católica de Chile al auspiciar a través de su Vicerrectoría de Comunicaciones esta nueva Biblioteca de Ciencias Sociales, la cual será distribuida por la editorial argentina Paidós, no quiere estar ausente de este esfuerzo para redefinir y analizar la problemática del subdesarrollo latinoamericano en forma sintética y global.

En efecto, el subdesarrollo se definía a menudo en términos economicistas y era analizado por las demás disciplinas sociales —aparte de la economía— desde su punto de vista particular. Actualmente se tiende a considerar el subdesarrollo como *proceso social global* y a utilizar una metodología interdisciplinaria que permita detectar el juego interdependiente de las variables demográficas, económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas en el sistema social vigente. Este enfoque considera también el subdesarrollo como *proceso concreto histórico* y

por lo tanto en relación con el desarrollo capitalista occidental en cuyo ámbito económico-político está situada América latina. De este modo, muchas teorías del desarrollo propuestas por científicos sociales de países ricos, abstraídas a partir de una situación concreta radicalmente diferente de la latinoamericana, se muestran incapaces de explicar acertadamente nuestra realidad social. Es una necesidad que los profesores e investigadores de nuestra Universidad y también de otros institutos del Continente, encuentren una Biblioteca donde puedan exponer un pensamiento crítico latinoamericano sobre el problema del subdesarrollo y las vías posibles de desarrollo de nuestros países.

Pero esta orientación a los problemas del desarrollo tiene un serio peligro, que hace falta tener presente en todas las reflexiones. Este peligro consiste en el enfoque unilateralmente tecnicista de los problemas y no se evita simplemente con un enfoque interdisciplinario. Este enfoque, por su parte, necesita ser ubicado en una visión humanista del desarrollo, en una superación del "desarrollismo" en su sentido más usual. La vía de desarrollo no se puede analizar exclusivamente desde el solo criterio de la eficacia cuantitativa, aunque la eficacia productiva sea el elemento central de este proceso. Hace falta definir bien la sociedad desarrollada, a la cual se quiere llegar, y esta definición ciertamente tiene sus efectos sobre la vía de desarrollo que se determina hoy. Sabemos que los países desarrollados, a pesar de su riqueza material, enfrentan problemas cada vez más grandes, que llegan a amenazar hasta la propia existencia de la humanidad. Un "desarrollismo" ciego, por lo tanto, no puede tener mayor sentido si sustituye problemas actuales del subdesarrollo por problemas igualmente graves del desarrollo. Por eso el esfuerzo del desarrollo no se puede copiar. Más allá de la necesidad de la eficiencia necesita replantear la meta de la sociedad humanizada, sabiendo que el mundo desarrollado de hoy está lejos de ser un mundo humanizado.

Teniendo en cuenta que ya el puro problema de la eficacia del desarrollo hace indispensable la discusión de las vías capitalistas y socialistas del desarrollo, sabemos también que esta discusión tiene que pasar igualmente al campo de los proyectos humanistas, de los conceptos del hombre, que forman la verdadera base de estas distintas estructuras. Será por lo tanto necesario incluir toda esa problemática en nuestra Biblioteca. Eso abarcará toda una evaluación de los conceptos capitalistas del hombre, del nuevo humanismo socialista y del humanismo cristiano, que necesariamente va a tener que definirse en

sentido de un nuevo humanismo que pueda acompañar como una corriente importante las futuras luchas sociales de América latina para la definición de su porvenir.

En síntesis, esta Biblioteca de Ciencias Sociales pretende llegar a un nuevo concepto de ciencias sociales. Estar más allá del enfoque meramente positivista y sin abandonar el campo científico, tratar de definir la nueva sociedad como humanizada para que la humanidad pueda sobrevivir.

Contenido de la Biblioteca

Los títulos que se presentarán al público latinoamericano estudiarán nuestra realidad no sólo desde un punto de vista interdisciplinario a partir de las ciencias sociales, sino que también buscarán analizar los valores culturales, religiosos e ideológicos imperantes en América latina. Tendrán por lo tanto una preocupación humanista que proporcione valores propios de la idiosincrasia latinoamericana a cualquier elaboración teórica.

INTRODUCCION

En esta introducción vamos a tratar de hacer una breve reseña del argumento principal del trabajo que presentamos. El punto de partida es la tesis de que hay una interrelación estrecha entre las estructuras sociales y sus ideologías, teorías, etc., correspondientes. Así, por ejemplo, la estructura capitalista presupone para poder existir la vigencia de ciertas racionalizaciones de sus valores centrales —por ejemplo, de la iniciativa privada— y de ciertas teorías que explican el funcionamiento de esas estructuras, como la teoría de la competencia, al funcionalismo sociológico, etc. Aunque muchas veces estas teorías e ideologías se presentan como neutras, tienen una vinculación directa con la existencia y mantención de la estructura dentro de la cual surgen. Son reflexiones sobre la estructura y, a la vez, condiciones para la existencia de la misma. Fenómenos similares se pueden observar en relación con la estructura socialista, que produce las teorías e ideologizaciones que la sustentan.

Es claro, entonces, que estas teorías e ideologías no se entienden como simple explicación teórica realizada desde fuera de la sociedad. Hay que interpretarlas más bien como el sentido que los hombres dan a su actuación dentro de la estructura en que viven. Por lo tanto, ciertas estructuras presuponen la existencia de ciertas teorías e ideologías y viceversa. Las estructuras no pueden cambiar sin que se produzca un cambio ideológico y teórico y, a su vez, este cambio lleva necesariamente consigo la alteración de las estructuras.

La verificación de esta correspondencia que sirve de base a nuestro análisis, nos lleva enseguida a constatar otra correspondencia que se refiere específicamente a la situación de los países subdesarro-

llados. Las estructuras y sus interpretaciones respectivas no tienen límites nacionales, determinan sistemas internacionales enteros. Hay, por lo tanto, una correspondencia entre las estructuras internas de un país dado y las estructuras del conjunto del sistema internacional al cual el país pertenece. Lo mismo vale, por supuesto, para las interpretaciones teóricas e ideológicas de esas estructuras. Así, por ejemplo, el sistema capitalista mundial se constituye a partir de la correspondencia entre la estructura del sistema mismo y las estructuras internas de todos los países que lo integran. Igual cosa ocurre con el sistema socialista.

Esta segunda correspondencia determina una dependencia recíproca entre los países que integran un sistema social internacional que, en el caso más simple, reviste la forma de una interdependencia entre todos. Pero el concepto de interdependencia es equívoco y nos coloca en la necesidad de analizar la posibilidad de que la interdependencia desemboque en dependencias imperialistas unilaterales que dividen el mundo en una parte que domina y otra que es dominada.

La posibilidad del imperialismo aparece solamente si concebimos la estructura social como un gran sistema de coordinación de la división social del trabajo. La estructura internacional se refiere, entonces, a la coordinación de la división internacional del trabajo y la nacional a la coordinación nacional de la misma. El carácter capitalista o no capitalista de la estructura social depende del modo en que se coordine la división del trabajo. El modo capitalista de coordinación se caracteriza por basarse en la propiedad privada de los medios de producción.

La tesis principal de este trabajo es que el mercado capitalista mundial como sistema de coordinación internacional del trabajo impide a un gran número de países lograr un equilibrio interno del trabajo. A estos países los llamamos entonces subdesarrollados. Precisamente en este sentido vamos a hablar de imperialismo en relación con la división internacional del trabajo. La interdependencia de esta división internacional se vuelve dependencia y desemboca en imperialismo cuando el equilibrio del sistema internacional se realiza sacrificando el equilibrio interno de la división del trabajo de algún país. Este fenómeno se repite en un determinado país cuando se logra el equilibrio de la división del trabajo sacrificando el de ciertas regiones o sectores de la producción. Por equilibrio de la división del

trabajo se entiende, en este contexto, una igualdad más o menos pareja en el rendimiento de los factores de la producción —primordialmente del trabajo— en sus distintas aplicaciones.

El análisis de los desequilibrios en la división internacional del trabajo nos lleva a formular la hipótesis de que la estructura capitalista ha perdido su eficiencia para servir de vía de desarrollo. Tal fenómeno se debe al hecho de que el capitalismo desarrollado vive con sistemas de valores y modelos de conducta estructurales correspondientes al alto grado de su desarrollo técnico y social. El trasplante de esos valores y modelos al mundo subdesarrollado es contraproducente y ocasiona continuos *impasses* en los esfuerzos realizados para alcanzar el desarrollo. El subdesarrollo, como una cualidad distinta de la sociedad desarrollada y de la sociedad tradicional, se explica precisamente por la utilización de esos valores y modelos de conducta en la elaboración de una vía de desarrollo. No llevan al desarrollo, sino que más bien desarrollan el subdesarrollo. Aparentemente el capitalismo moderno fomenta el desarrollo, pero de hecho lo impide y lo obstaculiza.

A nuestro entender, se puede definir en última instancia el subdesarrollo como una vía capitalista de desarrollo en el momento histórico actual.

El subdesarrollo es, pues, una situación especial de frustración en la cual un país no quiere ser lo que es mientras no puede convertirse en lo que quiere ser. En este sentido lo podemos distinguir claramente de la sociedad tradicional preindustrial. Esta sociedad preindustrial quiere ser lo que es y no se imagina una posibilidad de ser diferente. Pero la sociedad subdesarrollada se encuentra ya en tensión por desarrollarse, y realiza innumerables esfuerzos que se frustran a consecuencia de la aplicación de valores y modelos de conducta no adecuados para conseguir la meta deseada. Este análisis es decisivo para la evaluación del capitalismo actual. El hecho de que en el siglo XIX el capitalismo fuera una vía de desarrollo no sirve para argumentar en contra. Lo que se impone hoy a los países subdesarrollados no es el capitalismo del siglo XIX, sino el del siglo XX. Es un capitalismo con grandes aspiraciones de consumo, con una fuerte organización popular y una alta productividad de trabajo y, por consiguiente, con una gran intensidad de capital, etc. Es un capitalismo que destruye los elementos tradicionales de las sociedades subdesarrolladas, pero

que no es capaz de transformarlas en sujetos iguales en la división internacional del trabajo. La imposición de la estructura capitalista y de la vía capitalista de desarrollo se convierte, por lo tanto, en la condenación al subdesarrollo y una continua reproducción del mismo.

De este análisis se sigue, entonces, la necesidad de concebir la vía de desarrollo necesariamente como una vía no capitalista. El proyecto futuro de desarrollo no puede ser sino el de una sociedad no capitalista. Para comprender este hecho no es suficiente una toma de conciencia de la necesidad del desarrollo como tal y de sus fenómenos concomitantes. En su mayor parte, la discusión actual sobre el subdesarrollo en Latinoamérica parece limitarse a eso: corresponde a una toma de conciencia de los fenómenos y no a una comprensión de sus causas estructurales. Ello explica que no desemboque en la elaboración de un proyecto histórico en el cual el continente latinoamericano podría reconocerse. El mejor índice de lo afirmado es la concepción muy generalizada del subdesarrollo como un simple atraso o una desviación en la "marcha normal" del sistema capitalista. Constatando la existencia de esa explicación vulgar del subdesarrollo, tenemos que volver sobre la tesis de la correspondencia entre las estructuras y las teorías e ideologías que las acompañan. El análisis de la falla de la estructura capitalista para servir de vía de desarrollo, tiene que llevarnos al estudio de las teorías e ideologías que están imponiéndose junto con las estructuras. Estas teorías e ideologías no permiten ver el subdesarrollo sino como una desviación del sistema capitalista "normal". Nuestro trabajo sobre la vía de desarrollo de América latina debe enjuiciar críticamente esas teorías e ideologías en relación con la estructura capitalista que les sirve de fundamento. Por esta razón vamos a empezar este análisis de la sociedad en vías de desarrollo criticando la aplicación del concepto de las clases al subdesarrollo latinoamericano.

Una vez comprobada la imposibilidad de la vía capitalista de desarrollo, hace falta pensar positivamente en la vía no capitalista de desarrollo. Esta vía puede calificarse de socialista sólo en el caso de que se conciba al socialismo como el denominador común de sistemas económico-sociales no capitalistas y relativamente diferentes entre sí. Entonces, no hay un socialismo, sino diferentes tipos de socialismo.

A estos socialismos les puede ocurrir algo muy parecido a lo que le ocurrió al sistema capitalista como vía de desarrollo: también pueden perder vigencia histórica volviéndose incapaces de servir como vía de desarrollo. Negar la vía capitalista de desarrollo, por lo tanto, no significa sencillamente aceptar y postular algún modelo socialista de desarrollo. Queda en pie el problema de buscar, imaginar y formular la vía de desarrollo no capitalista adecuada y eficaz para el momento histórico. Podemos afirmar que en Latinoamérica existe una fuerte tendencia a formular su propio proyecto histórico de socialismo latinoamericano. Intentaremos presentar un análisis a partir de esa tendencia, el cual no debe ser considerado como algo definitivo. Es más bien un intento de racionalizar algunos pensamientos sobre la vía no capitalista de desarrollo para incitar la imaginación en torno de un proyecto futuro de socialismo latinoamericano.

No se trata aquí de hacer un análisis completo del proceso de desarrollo, sino más bien, un ensayo que enfoque el desarrollo como un proceso global e integral de toda la sociedad. El desarrollo no se refiere, por lo tanto, específicamente a lo económico, a lo social, a lo político o a lo cultural, sino que abarca el conjunto de esas relaciones. No hay desarrollo económico si no hay a la vez —por lo menos en cierto grado— desarrollo social, político y cultural, etc., y tampoco hay desarrollo político o cultural si no hay desarrollo económico. El desarrollo presenta problemas complejos, que se extienden a todos los campos de la vida humana y, si se los quiere abordar correctamente, no puede excluirse ninguno de sus aspectos.

Suponiendo entonces que el desarrollo es un fenómeno integral que incluye una completa interdependencia entre todos los planos de la vida social, cabe destacar la función económica en sus rasgos específicos. No se puede negar que a pesar de lo dicho, el campo económico es decisivo para poder determinar un proceso de desarrollo. En última instancia, los indicadores del éxito del desarrollo son principalmente económicos. En la explicación del proceso de desarrollo nos encontraremos continuamente con el problema de compatibilizar la interdependencia mutua de todos los planos de la vida social con la necesidad de medir el éxito del desarrollo con criterios económicos. La contradicción entre las dos posiciones es sólo aparente.

El enfoque de este trabajo es de carácter *global*: no se refiere a ningún plano de la sociedad en especial; lo que no excluye que —una vez hecho el análisis global— sea necesario tratar los diferentes aspectos en forma especial. No negamos la necesidad y la legitimidad del estudio especializado de los aspectos económico, social, político, cultural, psicológico, etc., pero, a nuestro entender, el tratamiento de estos aspectos tiene que hacerse dentro de la globalidad misma del desarrollo.

Este concepto global es el trasfondo necesario de cualquier estudio, sin el cual pueden surgir solamente teorías deformadoras de la misma realidad. En efecto, del análisis del aspecto económico surgen economicismos cerrados; del análisis de lo social, teorías carentes de una vinculación con los problemas económicos fundamentales, y del análisis de lo cultural, un idealismo falso que intenta reducir el problema del desarrollo a una concientización abstracta. Por eso, todo tratamiento especializado tiene que entenderse como un aporte específico en la elaboración de modelos integrales de desarrollo, que puedan servir de base a un *proyecto histórico* capaz de orientar el esfuerzo de los pueblos subdesarrollados por conquistar su liberación.

Para aclarar bien el objeto del presente estudio, parece útil hacer una síntesis muy generalizada de sus principales argumentos. El desarrollo se va a enfocar primordialmente en relación con los problemas del subdesarrollo de los continentes que se encuentran fuera del ámbito cultural occidental. Para llegar a comprender la especificidad del desarrollo en estos continentes, tenemos que usar dos importantes *dualidades*. Por una parte, la dualidad entre la sociedad *tradicional* existente antes de la primera industrialización y la sociedad *capitalista desarrollada* tal como surgió en Inglaterra a fines del siglo XVIII y se amplió rápidamente por todo el mundo occidental durante el siglo XIX. Este punto de partida nos tiene que dar el marco de referencia para la segunda dualidad que enfoca el problema del subdesarrollo distinguiendo entre sociedad *subdesarrollada* y sociedad *en vías de desarrollo*.

La sociedad subdesarrollada, en parte ya definida, es *una sociedad descompuesta por el encuentro sociocultural entre las sociedades capitalistas desarrolladas y las sociedades tradicionales producido fuera*

del ámbito cultural occidental. Este encuentro, a nuestro entender, genera el subdesarrollo como una realidad histórica cualitativamente distinta de los dos tipos de sociedades analizadas a través de la primera dualidad. Usando el título de un libro recién publicado se puede hablar realmente del "desarrollo de un subdesarrollo" que tiene lugar durante todo el siglo XIX y que culmina con la paralización actual del Tercer Mundo. Este no es un mundo desarrollado ni tampoco un mundo tradicional y del cual, por otra parte, no se puede decir que se encuentre en vías de desarrollo. Vamos a rechazar, entonces, todas las teorías que interpretan el subdesarrollo como un *desarrollo atrasado*. El desarrollo atrasado se refiere a los desniveles existentes dentro de los países desarrollados mismos. Partiendo del hecho de que el subdesarrollo es una cualidad relativamente estable, el rompimiento del proceso de subdesarrollo y su *reversión* hacia un proceso de desarrollo, la transformación de una sociedad subdesarrollada en una sociedad en vías de desarrollo, es el objetivo principal del estudio que estamos realizando. La explicación de la reversión del proceso de subdesarrollo en un proceso de desarrollo hace imposible analizar el país desarrollado en términos de sociedad industrial o de sociedad moderna, como tampoco podemos hablar de desarrollo en términos de modernización. De hecho, el problema parece más complejo: el carácter capitalista de la sociedad desarrollada en su encuentro con la sociedad tradicional originaria, induce el proceso de subdesarrollo en esta última, con el efecto de que la misma estructura capitalista es la causa de sus dificultades para salir de ese proceso. El análisis entonces tiene que aclarar precisamente este punto y, por lo tanto, tiene que distinguir de antemano entre la forma capitalista y la forma socialista de la sociedad moderna e industrial.

Partiendo de esta aclaración previa hay que ver la factibilidad de un tránsito del subdesarrollo a la sociedad en vías de desarrollo dentro de las formas capitalistas o socialistas. Es evidente que este análisis tiene que ser *histórico*. Debe, por una parte, mostrar las razones por las cuales el desarrollo capitalista de un país subdesarrollado en el siglo XX es esencialmente diferente del desarrollo de Inglaterra a fines del siglo XVIII. Hay que recordar que los nuevos rasgos del sistema internacional de división del trabajo están impidiendo, como vimos, el desarrollo capitalista del Tercer Mundo. La situación

histórica actual difiere mucho de aquella en la cual se desarrollaron los países capitalistas céntricos. Por otra parte, es preciso destacar cuáles fueron los rasgos específicos de las sociedades socialistas del siglo XX que les permitieron alcanzar el desarrollo. Para ello hay que demostrar que las sociedades socialistas del mundo moderno son sociedades surgidas mientras se trata de solucionar el problema del subdesarrollo en países donde la forma capitalista de la sociedad parecía imposibilitar esa tarea.

Este ensayo no se debe entender como una opción ideológica sino como una *hipótesis* sobre la factibilidad del desarrollo de los países subdesarrollados. Pero, por otra parte, se trata de una hipótesis que, si resulta verdadera, tiene que convertirse en una *opción* teniendo en cuenta que en el mundo de hoy, el desarrollo es una *conditio sine qua non* de la existencia de los pueblos.

I. LA PRIMERA DUALIDAD: SOCIEDAD TRADICIONAL Y SOCIEDAD CAPITALISTA DESARROLLADA

La dualidad entre sociedad tradicional y sociedad capitalista desarrollada es el resultado de la primera aparición de una sociedad industrial moderna: la sociedad capitalista de Inglaterra. Tal fenómeno, ocurrido a fines del siglo XVIII, fue la primera vez en la historia en que una sociedad tradicional se transformó *espontáneamente* en una sociedad industrial moderna, dando origen a una polarización entre esta nueva sociedad y todas las otras sociedades existentes. Fue un cambio hacia el desarrollo llevado a cabo gracias a la fuerza conductora de la clase capitalista, que formó empresas y mercados de un tipo hasta entonces no conocido, con su correspondiente adelanto tecnológico. Se produjo un cambio global de la sociedad, con sus frustraciones específicas y sus crisis transitorias. Pero lo que distingue profundamente a la nueva sociedad capitalista de las sociedades tradicionales anteriores es su capacidad ilimitada para desarrollar fuerzas productivas basadas en la actividad espontánea de una clase.

La polarización consiguiente entre sociedad tradicional y sociedad capitalista desarrollada fue una de las preocupaciones principales de las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XIX y en el comienzo del siglo XX. Ya Marx utilizó como esquema teórico de su pensamiento esta dualidad, y autores como Werner Sombart, Max Weber, Schumpeter, etc., lo siguieron en ese punto adoptando un enfoque similar. Para éstos la sociedad tradicional no es el objetivo principal de sus análisis, sino el punto de referencia necesario para explicar el significado de la industrialización capitalista para la historia humana. Así también para nosotros el análisis de la sociedad tradicional nos parece de una importancia extraordinaria, pero no

solamente como punto de referencia para el estudio de la industrialización de los países desarrollados, sino más bien para descubrir el significado del subdesarrollo que tipifica una forma específica de sociedad, que ha sido tantas veces confundida con la sociedad tradicional.

A. LA SOCIEDAD TRADICIONAL [1]

La sociedad tradicional, en términos estrictos, es aquella que *existía antes de la primera industrialización en el mundo.* Es un tipo de sociedad que todavía no ha sufrido el impacto del encuentro socio-economico del mundo industrializado y que, por ello, se encuentra sumida y encerrada en sí misma. Incluso es difícil y hasta impropio hablar de un estancamiento de la sociedad tradicional, porque el término estancamiento incluye la idea de una sociedad no estancada, lo que contradice a su misma manera de existir *tradicionalmente.* La sociedad tradicional carece de progreso técnico *consciente* y, a la vez, considera esa carencia como algo normal.

Esto vale sobre todo en el plano *económico.* La sociedad tradicional no concibe la economía como un proceso dinámico, sino simplemente como su actividad material destinada a proveerla de los bienes de consumo necesarios para su existencia. La economía no es un sector que canalice la preocupación de la sociedad. El producto económico está predeterminado por la técnica tradicionalmente usada. Se repite hasta la eternidad. Esto explica también por qué la sociedad tradicional carece de algo que se asemeje a una teoría económica. Lo que hay en este campo son principios de buena administración y ciertas técnicas y valores en cuanto a la distribución del producto.

Si bien es verdad que también la economía tradicional conoce cambios en sus medios de producción y en su sistema productivo, éstos son sumamente lentos. Muchas veces tardan miles o centenares de

[1] Werner Sombart: *Der moderne Kapitalismus,* 1ª ed., 1902, Max Weber: *Die protestantische Ethik,* Munich-Hamburgo, 1965. Joseph A. Schumpeter: *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung,* Berlín, 1952.

El concepto de sociedad tradicional es claramente problemático. Su sentido es más bien analítico. Representa una sociedad que no tiene los rasgos específicos de la industrialización.

años, de manera que el sujeto económico puede percibirlos sólo de un modo muy superficial. Tienen un impacto marginal en la vida económica. Por lo tanto, los cambios no son metódicos, ni conscientes y no corresponden a ninguna actividad intencional orientada a buscar nuevas técnicas. Así se explica el hecho de que el arado de madera que aún hoy se usa en el Altiplano peruano sea igual al arado que se usó hace 2000 años cuando comenzaba a extenderse la producción agrícola. Lo mismo vale para los sistemas de riego en el Medio Oriente que funcionaron sin variaciones durante miles de años. Pero también se puede citar como ejemplo la Europa Medieval en la cual un invento como el molino de viento demoró siglos enteros para extenderse por todo el norte de Europa. Los cambios, entonces, no son sucesos que se realicen en meses o años. Tardan generaciones y si los sistemas técnicos son destruidos en guerras o por catástrofes naturales, son reconstruidos del mismo modo como lo eran anteriormente.

Se llega incluso a mistificar la estructura productiva mediante la santificación y veneración de los medios de producción conocidos, lo que se expresa en los mitos frecuentes en este tipo de sociedades. Así sucede, por ejemplo, con el mito de Prometeo que trae el fuego del Cielo a la Tierra, que refleja la actitud del hombre tradicional que se encuentra con el mundo y con sus técnicas productivas como una dádiva caída del Cielo que puede aprovechar sin comprender que él mismo es el inventor de esos medios. La figura de Prometeo no es más que el propio espíritu humano enajenado. Esta actitud de aprovechamiento pasivo del sistema productivo se refleja durante la Edad Media en la imposición de todo un cielo de santos sobre el mundo social y económico, que mistifica los sectores sociales y las actividades técnicas al unirlos con conceptos trascendentes que, para el sujeto económico, parecen encarnados definitivamente en la sociedad existente. De esta manera, el cambio técnico metódico y consciente es excluido por ser considerado una especie de blasfemia, fruto de la soberbia humana. No nos puede sorprender, por lo tanto, que durante el surgimiento del capitalismo inicial (mercantilista) hayan habido casos de persecución y hasta de condenación o muerte a los inventores de nuevas técnicas. Por otro lado, esto explica también que muchas veces los inventos técnicos hayan tenido para sus autores sólo un sentido de "juguetes" sin haber comprendido las posibilidades productivas que

ofrecían. Los sacerdotes egipcios usaban una máquina de vapor en el templo de Menfis para abrir y cerrar las puertas que iban al oráculo.

En ese sentido se puede decir que la actitud tradicional frente a la economía concibe la *técnica* como una parte de la naturaleza que es aprovechada pero no desarrollada. Falta totalmente la eficiencia como criterio orientador de la conducta. La técnica se encuentra rodeada por un complejo de costumbres y de creencias que impiden su evolución. La mejor prueba de ello se encuentra en la dedicación empleada en adornar y embellecer los medios de producción en vez de hacerlos cada vez más eficientes.

La actitud pasiva frente a la técnica se refleja en todas las *relaciones sociales*. Así como los medios de producción tienden a atrofiarse, también las profesiones son identificadas con determinadas técnicas. Esto ocurre en una estructura social que está hecha para asegurar una cierta distribución del producto económico según la diferente evaluación de las profesiones y de los estamentos. Ella no depende del aporte funcional al producto, sino más bien del status de la persona, que define su participación económica.

En el caso típico de la Edad Media esto llevó a la constitución de los gremios, que presentan una estructura social muy especificada, cuyo fin es la repartición justa del producto económico. Los gremios son organizaciones profesionales que defienden la participación de sus componentes en la producción conforme a alguna idea de ingreso justo o precio justo proveniente de la identificación casi completa de las profesiones con el uso de ciertas técnicas y la existencia de determinadas relaciones tradicionales de producción. Cuando comienza el capitalismo inicial en los siglos XVI y XVII, los gremios se convierten en defensores conscientes del orden anterior frente a los cambios técnicos y sociales que ese capitalismo traía consigo. Estos gremios, por lo tanto, no tienen ningún parecido con los sindicatos de las sociedades capitalistas modernas; más bien, presentan las características de un sistema corporativo de organización de la producción familiar. Si bien la economía de ese tiempo funcionaba basándose en mercados y en un intercambio monetario —lo que también es válido afirmar para casi todas las otras sociedades tradicionales—, esos mercados nunca abarcaron los factores de producción (capital y trabajo). La sociedad tradicional tiene mecanismos propios para evitar una ampliación de

los mercados en este sentido. Expresado en términos económicos, esos mecanismos restringen la movilidad del capital, de la técnica y del trabajo, y tienen su expresión más evidente en la servidumbre feudal y en la esclavitud.

En lo *político* también se nota la misma falta de movilidad. Como en el caso de la técnica, también el poder político fue considerado como una dádiva caída del cielo que el hombre tenía que aceptar. La legitimidad del poder político es externa al funcionamiento de la sociedad, frente a la cual el hombre se somete igual como lo hace ante las fuerzas externas de la naturaleza, dejando a algún poder trascendente el juicio sobre la autoridad política.

Este análisis de las estructuras básicas de la sociedad tradicional nos permite explicitar la conciencia tradicional respecto de ellas y las actitudes correspondientes que se traducen en la formulación de una ética que podemos llamar *ética de la buena voluntad*. Es esta una ética de sometimiento a las estructuras dadas. Circunscribe los deberes del hombre dentro de las estructuras existentes y da principios que delimitan los campos de la buena o de la mala conducta. Es, por lo tanto, una ética puramente moralista que separa totalmente el funcionamiento del mundo y el éxito de las empresas concretas del hombre del cumplimiento de sus normas. Entonces, las normas éticas son entendidas también como un deber impuesto desde el exterior de la humanidad, reemplazando el éxito en este mundo y las realizaciones concretas del hombre en la tierra por la esperanza de algún premio en el más allá, abstractamente desvinculado del más acá de la vida humana.

En el caso de la Edad Media europea esta contraposición de un más acá incompleto y de un más allá perfecto encuentra una expresión ejemplar. Solamente la "ética de la buena voluntad" y el acto de fe conectan esos dos mundos y la manera que el hombre tiene de acercarse al más allá perfecto se restringe al cumplimiento de deberes externos al funcionamiento mismo de la sociedad. Hay entonces dos mundos a la vez separados y superpuestos, y el hombre se siente en una especie de sala de espera en la cual hace méritos para ser recibido en el más allá.

Uno de los primeros efectos del capitalismo naciente es el rompimiento de la ética de la buena voluntad y de la contraposición abstracta entre el más acá y el más allá. Este es el punto que investigó

Max Weber en su análisis de la ética protestante. No hay duda de que la *ética puritana* representa un paso decisivo en el surgimiento de la ética capitalista y de todo el mundo ideológico de la sociedad capitalista. Pero, por otra parte, no se puede olvidar que la ética protestante no es más que un primer paso en la explicación de la transición acontecida. En último término, lo decisivo nos parece el reemplazo de la dualidad más acá-más allá por la idea de progreso y la nueva dualidad que trae consigo: lo presente y lo futuro. El más allá pierde el sentido de un mundo desvinculado del mundo real presente y se convierte en un futuro infinito al cual apunta el progreso técnico-económico. Con esta reinterpretación, todo el universo conceptual de la sociedad tradicional se destruye y surge la ética del trabajo, que pronto llega a ser la base ideológica de toda sociedad moderna, sea capitalista o socialista.

B. LA SOCIEDAD CAPITALISTA DESARROLLADA

Los cambios que ocurren en la transición de la sociedad tradicional a la sociedad capitalista desarrollada comprenden todos los planos de la sociedad e implican, por lo tanto, la destrucción de los rasgos principales de la primera. Pero es importante hacer notar que este cambio es *espontáneo* y no se inspira en una idea precisa sobre la nueva sociedad por construir. Se trata de un desarrollo que se realiza al margen de la conciencia de los hombres.

En lo *económico* la idea de progreso desencadena un proceso técnico-económico dinámico que la historia nunca antes había conocido. El nuevo espíritu de conquista del mundo por el hombre hace surgir una economía que metódicamente y sin cesar cambia sus técnicas y sus medios de producción, y que genera, por lo tanto, un proceso de crecimiento económico sin un límite preestablecido. Este proceso corresponde a una nueva apertura de la conciencia humana hacia el futuro. Para la mentalidad capitalista desarrollar nuevos medios de producción es la manera más adecuada de acercarse a su propio destino humano vinculado con la idea de un futuro mejor.

La fuerza conductora de este proceso es una nueva clase social —la *clase capitalista*— que destruye la sociedad tradicional hasta sus raíces más profundas. Es una clase que no acepta las limitaciones impuestas por las estructuras tradicionales a la movilidad de las técnicas,

de los capitales y del trabajo y que, fundamentada en sus ideas nuevas, se convierte en una clase revolucionaria: es antigremial, antimonopolista, antifeudal, es contraria al absolutismo y exige una sociedad formada según las necesidades de su propia acción. En este sentido interpreta los valores de igualdad y de libertad. Su libertad igualitaria consiste en que el hombre pueda ejercer la profesión que desee; es la libertad de poder aplicar técnicas según los criterios del beneficio económico y, por supuesto, la libertad de ganar más de lo que la sociedad tradicional estimaba justo. Pero el otro lado de la medalla es que esta clase también quiere tener la libertad de no pagar salarios justos. En suma, se trata de una libertad que concentra toda la estructura social alrededor de la prosecución capitalista de la ganancia en nombre del progreso y en nombre de la convicción de que ese ordenamiento de la sociedad va a servir de la mejor manera posible a los intereses de todos.

La consecuencia de esta nueva actitud es la destrucción de los gremios, la implantación de la libertad de trabajo para terminar con todos los tipos de esclavitud y servidumbre, y la destrucción de la intervención estatal a través de privilegios y monopolios públicos. Es el triunfo de la libertad plena para celebrar contratos de compra y venta de cosas y de arrendamiento de servicios personales. En lo jurídico impera el principio de autonomía de la voluntad. En la primera etapa de la sociedad capitalista se termina con todas las instituciones que no se derivan directamente de esta libertad de contratar. Es así como la clase capitalista, mediante su actuación en el mercado, se constituye como *clase dominante* y se impone a toda la sociedad. Es, por lo tanto, la primera clase dominante de la historia que tiene como principio de su legitimidad el *cumplimiento de una función social.* Desde ahora en adelante podemos hablar de clases funcionales en la sociedad moderna a diferencia de los estamentos y gremios de la sociedad anterior. El punto de partida de esta nueva sociedad de clases es la formación de una clase dominante capitalista como fuerza conductora del progreso. En esta primera etapa no surgen otras clases sociales diferentes. Las razones son diversas. Por una parte, la clase capitalista a través de su dominio ilimitado sobre el Estado logra suprimir eficazmente toda organización diferente o contraria a sus intereses y, por otra parte, los grupos sociales no capitalistas, después de la destrucción de la sociedad tradicional, quedaron confundidos y desorientados

frente al nuevo mundo naciente. Esto demoró mucho tiempo la toma de conciencia de estas clases no capitalistas para defender sus intereses. El mismo concepto de clases no surge antes de 1830 con las publicaciones de Lorenz von Stein y fue tomado después por Marx, quien ha sido el primero en formular una teoría de las clases en relación con la sociedad capitalista. La estructuración organizada y consciente de las clases no capitalistas solamente se puede notar en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el poder de la clase capitalista sobre la sociedad se encuentra definitivamente afirmado. Las nuevas clases sociales —si bien surgieron como clases revolucionarias en contra del carácter capitalista de la sociedad misma— no tenían otra salida que integrarse en la sociedad capitalista ya estabilizada. Esto tuvo como consecuencia que estas clases y sus organizaciones sindicales surgieran en forma funcional, respetando el mecanismo de ordenamiento básico de la sociedad capitalista. Por lo tanto, no tienen ninguna semejanza con los gremios de la sociedad tradicional, que son disfuncionales a la estructura capitalista. Surgen, pues, dentro de una estructura dada, contrapoderes que usan las posibilidades de autodefensa que esta misma sociedad ofrece.

En el plano estatal hay un desarrollo análogo. Durante la primera etapa de la sociedad capitalista el *Estado* se convierte en un mero poder de vigilancia, cuya tarea exclusiva es afirmar el predominio de la clase capitalista y la supresión de los intentos de organización de las clases no capitalistas. Pero con la agudización de las luchas de clases y la creciente afirmación del poder de la clase capitalista dominante, ésta se siente suficientemente fuerte como para integrar, paso a paso, las clases no capitalistas organizadas en la estructura capitalista básica. Con ello, el Estado cambia de funciones a pesar de que su tarea principal siga siendo la mantención de la estructura capitalista de la sociedad. Sus nuevas funciones tienen relación con la seguridad social y, más tarde, también con la planificación indicativa destinada a asegurar el equilibrio económico que el mercado capitalista no puede lograr por sí solo. El Estado de vigilancia se transforma en el Estado del bienestar, que sigue expresando su sometimiento a la clase capitalista dominante a través de la ideología de la iniciativa privada. Esta es entendida primordialmente como iniciativa dentro de una estructura capitalista de la sociedad y es, en último término, la iniciativa basada en la propiedad privada.

La división básica entre clases dominantes y clases dominadas se expresa, entonces, en la dicotomía entre portadores de la iniciativa privada (clase capitalista en su totalidad) y seguidores de esa misma iniciativa. Una vez lograda esta estratificación funcional de la sociedad capitalista, se produce una especie de *establishment* ideológicamente cimentado, en el cual paradójicamente las luchas de clases tienden a perder su impulso ideológico.

Hasta ahora hemos hablado sobre todo de los cambios estructurales que produjo la transformación de la sociedad tradicional en sociedad capitalista desarrollada. Hemos tratado del comienzo de un crecimiento económico continuo e ilimitado y de la formación de una estratificación social basada en clases funcionales. Pero todos estos cambios van acompañados de *cambios en las conciencias*. Estos son una parte esencial del proceso y sin la comprensión de sus causas y efectos, el cambio estructural no parece suficientemente explicado. La nueva conciencia ideológica es mucho más que un puro epifenómeno de la transformación estructural. Analizado el cambio estructural a partir de sus diferentes causas estructurales queda siempre un resto sin explicación. El análisis del mecanismo estructural como único antecedente determinante de los cambios de la estructura, fatalmente se pierde en la multiplicidad de las causas posibles. Pueden citarse, por ejemplo, la corriente de oro de los siglos XVI y XVII, la colonización de la India por parte de Inglaterra, las condiciones geográficas e históricas excepcionalmente propicias de Europa para alcanzar el crecimiento económico, como argumentos en favor de una explicación mecanicista del desarrollo; pero, en último término, ninguna de estas causas es suficiente para explicar el fenómeno producido. Siempre se pueden encontrar situaciones parecidas en otras épocas históricas —por ejemplo, en los tiempos del Imperio Romano— y que, sin embargo, no tuvieron efectos similares. La multiplicidad de las causas, entonces, conduce a la falta de explicación del desarrollo. Si las causas de un fenómeno tienden a ser infinitas, quiere decir que en verdad no hay ninguna causa. La infinidad de las causas estructurales termina necesariamente en la nada causal.

El fracaso de la explicación causal puede evitarse solamente concibiendo la estructura social en interrelación con la reflexión del hombre sobre ella. La forma y el grado de esta reflexión pasa a ser, entonces, la manera de evitar la evasión hacia la multiplicidad de las causas

estructurales en el estudio del cambio social. Lo afirmado no significa que, en último término, la causa de los cambios estructurales sea la alteración de la conciencia. Apunta más bien a resaltar la existencia de una dialéctica entre estructuras y conciencia humanas, la cual no permite concebir independientemente el cambio de los dos polos. Los factores estructurales provocan ajustes en el nivel de las conciencias y el desarrollo de la conciencia humana provoca ajustes estructurales. Hay una continua influencia de la estructura sobre la conciencia humana, la cual, por su parte, determina una de las varias alternativas estructurales posibles en cada coyuntura histórica. Este es un problema de primera importancia para el análisis del subdesarrollo, porque en él se produce justamente un desajuste entre estructura y conciencia.

La nueva *conciencia capitalista,* por lo tanto, no puede ser pasada por alto. Mencionamos ya el rasgo que nos parece central en esta conciencia y que posteriormente llegará a serlo también de la conciencia socialista. En la sociedad tradicional existía un desdoblamiento entre un más acá inmanente y un más allá trascendente, vinculados únicamente por la ética de la buena voluntad o de los méritos moralistas. En el mundo capitalista, por lo contrario, es superada esa dicotomía y substituida por un nuevo desdoblamiento entre un más acá presente y un más allá futuro relacionados con el progreso, entendido como el producto del trabajo humano. La trascendencia se convierte en una inmanencia futura. Como se ve, se trata de una concepción del mundo radicalmente diferente de la anterior. Toda la estructura social pasa a ser considerada súbitamente en función de ese progreso y éste es interpretado, en definitiva, como un avance técnico-económico. De ello se desprende una nueva ética que concibe los valores básicos de la sociedad como explicitación de las exigencias del progreso técnico-económico. Nos encontramos, entonces, frente a una ética del trabajo que valoriza el mundo como algo por conquistar y ve al hombre en una pugna continua con la naturaleza y con la escasez material que ésta le impone. La vida del hombre es, entonces, entendida fundamentalmente como una empresa destinada a superar la adversidad de este mundo. Se acaba la complacencia con lo que la economía productiva brinda y se termina el valor central de toda sociedad tradicional: la tradición que consiste en repetir lo que hicieron los antepasados. Al contrario, según los nuevos valores, hay que hacerlo todo mejor de lo que ha sido. Mientras la antigua ética frente a la

economía destacaba la alternativa entre flojera y diligencia, la nueva ética subraya más bien la alternativa entre repetición tradicional y sentido de conquista del mundo. Por consiguiente, hay una nueva evaluación de la técnica, que es el medio principal de conquista del mundo y del progreso. Se convierte así en una manera de acercarse a la verdad y de realizar el destino humano.

Estos principios existen en estado embrionario en la ética puritana, pero solamente llegan a desarrollarse explícitamente en la ideología liberal capitalista. Max Weber en su análisis del espíritu del capitalismo, tiende a olvidar que la ética puritana como tal, no es capaz de explicar la nueva visión del mundo y, por lo tanto, insiste unilateralmente en el ascetismo intramundano del puritano y en la sistematización del trabajo, sin ver que el capitalismo sólo puede surgir con la substitución del más allá trascendente por el más allá futuro. Weber insiste demasiado en el ascetismo intramundano como una forma de renuncia a la satisfacción inmediata de las necesidades, mientras que en realidad se trata de una regulación metódica y simultánea del trabajo y del consumo en nombre del menor esfuerzo, de un mayor consumo y una sociedad mejor para el futuro. El capitalista racionaliza el mundo para obtener una mejor satisfacción de las necesidades. Max Weber es un representante de la teoría económica del capital vigente a fines del siglo XIX, que se basa en una sobrevaloración de la ganancia del capital, haciendo aparecer la inversión capitalista como una renuncia al consumo. Sus estudios corresponden a un período histórico previo a la industrialización. Se explica, por lo tanto, que Weber escogiera la ética puritana como objeto de su análisis, la que se transforma con el surgimiento del capitalismo en una ética del progreso.

La sustitución del más allá trascendente por el más allá futuro es la base de la ética capitalista, pero a la vez, es el fundamento de toda conciencia moderna del mundo. Por eso sus efectos sobrepasan la estructura capitalista, alcanzando la raíz misma del pensamiento marxista. Quizá pueda decirse que el marxismo hizo más explícita la visión del mundo imperante a partir del racionalismo liberal capitalista de la Iluminación. El hecho de que la ética del progreso llegara a ser la base de toda la mentalidad moderna nos muestra también que ella da lugar por primera vez en la historia, al surgimiento de movi-

mientos ateos masivos. Al quebrarse toda la concepción religiosa tradicional, el más allá futuro aparece como una inmanencia al alcance de la actividad humana y el destino del hombre —con sus implicancias de absoluto— como plenamente realizable dentro de una organización adecuada de la humanidad en función del progreso técnico-económico.

La conciencia religiosa demoró siglos en recuperarse de este golpe crítico asestado por las ideologías del progreso. Sólo recientemente hay pensamientos religiosos elaborados a partir de una concepción moderna del mundo y en relación con una ética del trabajo. Forzosamente estos pensamientos tienen que aceptar la sustitución del más allá trascendente abstracto por un más allá futuro y ubicarse dentro de este esquema general. Se puede citar como ejemplo, la concepción teológica de Teilhard de Chardin, quien vincula el progreso de la humanidad hacia su más allá futuro con el acercamiento de la humanidad a la contemplación definitiva de Dios, con lo cual el progreso técnico-económico adquiere un carácter escatológico.

Esta nueva ética y su consecuente efecto dinamizador de la sociedad, ocupan un lugar fundamental en todo intento de explicar el surgimiento del capitalismo. Pero nuevamente debemos criticar la posición de Max Weber, que subsume el cambio de las conciencias entre las múltiples causas estructurales del origen del capitalismo. Según nuestro parecer, no se trata de una causa más, ni tampoco de la causa definitiva del cambio. La primera posición nos llevaría otra vez a la infinidad de las causas que termina en la nada causal, y la otra posición, a un mono-causalismo idealista y abstracto. El cambio en el nivel de la conciencia, por lo contrario, es la anticipación consciente de los posibles cambios de la estructura. Tal como la imagen que el arquitecto tiene de la casa antes de construirla no es la causa de su construcción, así también el cambio de las conciencias no es la causa del cambio de las estructuras. Pero éste no se lleva a efecto si no se desarrolla previamente en la conciencia de la humanidad, una imagen del futuro a la luz de la cual se juzga el presente. La casa tampoco se puede construir si el arquitecto no tiene de antemano una imagen de ella.

No es preciso traer a colación la famosa definición del hombre de Marx a través de su capacidad de *reflexión* que lo distingue de la hormiga que construye su habitación sin tener la capacidad suficiente

para representarse con anterioridad su forma futura. Lo que diferencia al hombre, según Marx, de la hormiga, es precisamente su facultad de reflexionar sobre las estructuras antes de realizarlas y, en esta reflexión, descansa la posibilidad que tiene *de cambiarlas*. Como lo demuestra el ejemplo citado, esta reflexión no es un reflejo del mundo estructural, sino parte integrante de ese mundo, y es el "constituens" de la separación entre hombre y animal.[2]

Una vez aceptada esta autonomía relativa existente entre la estructura y la conciencia que de ellas se posee, podemos imaginar una posibilidad de desajuste entre ambas, lo que nos lleva de inmediato a la discusión de los problemas que plantea el subdesarrollo: una estructura surgida en una parte del mundo se impone a las estructuras existentes en otras latitudes y que no están preparadas para el encuentro. Se produce, entonces, un *impasse* que exige medidas especiales para su solución. La nueva coyuntura histórica es profundamente diferente de la situación existente en la época del surgimiento de la sociedad capitalista desarrollada. Mientras el capitalismo surge de una dialéctica paulatina entre estructura y conciencia, en la actual situación de subdesarrollo impera una estructura frente a la cual la conciencia tradicional no puede reaccionar y se frustra.

[2] Max Weber: *op. cit.*, quien siempre basa su crítica del marxismo en los conceptos presentados por un "materialismo histórico ingenuo" (pág. 47), pero nunca se preocupa de una interpretación más justa del materialismo histórico de Marx. Sus críticas, por lo tanto, no van más allá del marxismo vulgar sin llegar a evaluar el método mismo de Marx. Así se explica también su opinión equivocada en cuanto a la existencia de una incompatibilidad entre su análisis de la ética protestante y el materialismo histórico. La incompatibilidad existe, pero en otro campo. Para Marx la reflexión es anticipación de una praxis, mientras que para Weber es una causa más de los cambios de la estructura. Para Marx es el medio dentro del cual se llevan a cabo los cambios estructurales con sus causas propias: lo específicamente humano. Pero no es causa.

II. LA SEGUNDA DUALIDAD: SOCIEDAD SUBDESARROLLADA Y SOCIEDAD EN VIAS DE DESARROLLO

Hasta ahora hemos hablado solamente de la dualidad existente entre sociedad tradicional y sociedad capitalista desarrollada, evitando introducir en la argumentación el subdesarrollo como un tipo de sociedad diferente a las anteriores. *Subdesarrollo*, por lo tanto, no es ni desarrollo ni sociedad tradicional.

Concebimos el subdesarrollo como un tipo de sociedad que es inconsistente en sí misma. Sociedad tradicional y sociedad capitalista desarrollada, los dos polos de la primera dualidad, tienen su propia estabilidad interna y, por lo tanto, no llevan necesariamente en sí los gérmenes de su destrucción. Eso es precisamente lo que no sucede en la sociedad subdesarrollada, pues tiene una estabilidad prestada y una estructura que claramente no cumple con lo que los individuos esperan y exigen de ella. Es, en este sentido, una sociedad contradictoria que no quiere ser lo que es y que no puede ser lo que quiere. Vive en una frustración permanente frente a sus propias estructuras y no posee una visión clara de cómo poder salir de ellas. Al contrario, los pasos que la sociedad subdesarrollada da para superar sus deficiencias parecen empeorar su situación desesperada.

La sociedad subdesarrollada se contrapone no solamente a la sociedad desarrollada, ya que no es posible concebir el subdesarrollo como un simple atraso respecto del desarrollo de los países capitalistas; no sucede así en el plano estructural ni en el plano de las conciencias. El desajuste que sufre la sociedad subdesarrollada es *cualitativamente* diferente de los atrasos estructurales y culturales que puedan haber, por ejemplo, entre países capitalistas desarrollados o entre sociedades

tradicionales de diferente status socioeconómico. En el mundo subdesarrollado hay una especie de aplastamiento de la propia iniciativa, que es preciso investigar y cuya razón no podemos encontrar en la comparación directa con la sociedad capitalista desarrollada, como se hace cuando se cotejan los niveles de ingreso de los países subdesarrollados con los de países desarrollados. Al contrario, parece que el subdesarrollo se agrava cuando aumenta el nivel de ingreso *per càpita* del país subdesarrollado. Tenemos que contraponer, por lo tanto, la sociedad subdesarrollada a un cuarto tipo de *sociedad que podemos llamar sociedad en vías de desarrollo* y que se distingue de la anterior no por el nivel económico, sino por el hecho de haber encontrado una manera eficaz de revertir el proceso de subdesarrollo a partir de una especie de catalizador que permite orientar la sociedad en un camino de desarrollo factible. Sociedad en vías de desarrollo sería, pues, una sociedad que ha hallado las herramientas adecuadas para superar su subdesarrollo. Según esta definición, Inglaterra, a comienzos del siglo XIX no era una sociedad en vías de desarrollo, sino una sociedad desarrollada, mientras que Yugoslavia en la actualidad sería una sociedad en vías de desarrollo, a pesar de que tiene un ingreso *per capita* menos elevado que, por ejemplo, Argentina, que sigue siendo un país subdesarrollado. Citamos estos ejemplos para evitar casos extremos, como Japón a fines del siglo XIX por una parte, y Kuwait, actualmente, por otra. Japón nunca sufrió un período de subdesarrollo, sino que pasó directamente de la sociedad tradicional al desarrollo capitalista —como lo demuestra André Gunder Frank— mientras que Kuwait es un caso en el cual el alto nivel estadístico del ingreso *per càpita* se debe a la casual existencia de petróleo.

Pero esta dualidad entre sociedad subdesarrollada y sociedad en vías de desarrollo, pese a su especificidad no puede ser analizada sin usar como marco de referencia la otra dualidad existente entre sociedad tradicional y sociedad capitalista desarrollada. El subdesarrollo solamente puede comprenderse como una alteración de la sociedad tradicional anterior, producida por la influencia de la sociedad capitalista desarrollada. La sociedad en vías de desarrollo no puede ser comprendida sino como una estructura que puede lograr en el momento histórico presente lo que alcanzó la estructura capitalista durante el siglo XIX.

Para entender este problema será quizá conveniente entrar en un breve análisis de la difusión del desarrollo capitalista de Inglaterra

hacia los países occidentales, hoy en día altamente desarrollados. El desarrollo de Inglaterra se encontró con las sociedades de Francia y Alemania que todavía vivían como sociedades tradicionales (afirmación válida sobre todo para Alemania a fines del siglo XVIII). El encuentro sociocultural entre los países se inclina en favor de Inglaterra debido a la presión de su superioridad industrial. Pero Francia y Alemania y después también Estados Unidos, reaccionaron frente a este desafío mediante su propio desarrollo. El encuentro sociocultural entre el país desarrollado capitalista y los otros países tradicionales europeos, por lo tanto, no ocasionó problemas específicos. Había por parte de Alemania, Francia y Estados Unidos un puro desarrollo atrasado que desapareció durante el siglo XIX. En la segunda mitad de ese siglo estos países ya se encontraban a la misma altura de Inglaterra o la habían superado.

En el fondo, se puede decir que Inglaterra, por razones casuales, fue la primera en desarrollarse de las naciones recién mencionadas. También las otras habían madurado dentro de sus estructuras tradicionales para pasar a la fase de industrialización, y no puede caber ninguna duda de que, en el caso de no haberse realizado ella primeramente en Inglaterra, cualquiera de estos países habría ocupado su lugar. Ideológicamente todos estaban preparados para dar el paso: Estados Unidos por su Revolución de Independencia, Francia por la Revolución Francesa y Alemania por la filosofía idealista y su participación más pasiva en los movimientos que tuvieron lugar en los otros países nombrados. Si bien mantenían estructuras sociales tradicionales, ellas estaban socavadas por el desarrollo espontáneo de clases capitalistas nacionales propias y de sus ideologías correspondientes. Ya existía la metafísica del progreso técnico con su correspondiente ética del trabajo, como también existían los grupos organizados capaces de aportar la conciencia moderna. El encuentro sociocultural con la superioridad industrial de Inglaterra tuvo como único efecto apurar un desarrollo que ya existía en estado embrionario, como germen. Por eso, no tendría ningún sentido usar la categoría de subdesarrollo para describir el fenómeno de la difusión de la industrialización inglesa a través de los países de cultura occidental y liberal-capitalista. Ni Inglaterra antes de su industrialización, ni tampoco Francia, Alemania o Estados Unidos pasaron por un período de subdesarrollo, y por eso,

por ejemplo, cuando Samuelson o Rostow usan[3] el término subdesarrollo en este sentido, necesariamente fracasan en la explicación del fenómeno del subdesarrollo contemporáneo que surge durante el siglo XIX y que sale a la luz en pleno siglo XX con rasgos totalmente diferentes de los que tuvo el encuentro sociocultural entre la industria inglesa y las sociedades tradicionales de su mismo ámbito cultural.

La experiencia de la difusión de la industria a través de Europa y hacia Estados Unidos es la base del concepto de desarrollo existente durante todo el siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial: se concibe el desarrollo capitalista como un proceso lineal e ininterrumpido que parte desde Europa y se amplía paulatinamente por los otros continentes. Se puede hablar de *un concepto* de desarrollo propio del siglo XIX que fue compartido por los grupos más adversos. Es el concepto tanto de los liberal-capitalistas como igualmente de Marx y Engels y de los movimientos que se definen a través de ellos. Todos conciben a los países no desarrollados como países de desarrollo atrasado, en los cuales casi automáticamente se va a producir el desarrollo industrial. Solamente a fines del siglo XIX hay pensadores marxistas —la teoría del imperialismo de Rosa Luxemburgo, Bujarin y Lenin— que limitan en cierto grado el optimismo inicial sobre el desarrollo. Pero tampoco ellos llegan a comprender que la estructura capitalista como tal, frente a sociedades tradicionales diferentes a las europeas y

[3] Paul A. Samuelson: *Curso de economía moderna,* Madrid, 1965 (págs. 817, 818) "...todo país está subdesarrollado en el sentido de que no es aún perfecto y, por lo tanto, es susceptible de mejorar aun más; e incluso los países llamados avanzados estuvieron en otro tiempo subdesarrollados, según nuestra definición y fueron desarrollándose gradualmente". Y su definición: "Una nación subdesarrollada es simplemente aquella cuya renta real por habitante es baja con relación a la renta por cabeza en naciones como Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Europa Occidental en general" (pág. 817). Claro, hay libertad de definición, pero es una ingenuidad creer que se puede explicar los problemas del mundo subdesarrollado a partir de una definición como la propuesta. Igual definición usa W. W. Rostow: *The stages of Economic Growth,* Cambridge, 1960. Con este tipo de definición se evita de antemano hablar de la especificidad del subdesarrollo. Por definición no hay especificidad. Todo el mundo va hacia donde Estados Unidos ya se encuentra y existen solamente diferencias cuantitativas. Hay que insistir que este enfoque es el resultado de una definición previa que impide ver los fenómenos no concordantes con ella. Esta definición, por lo tanto, es una tesis o un prejuicio que se presenta como neutral.

los Estados Unidos de Norteamérica podría ser una barrera para el desarrollo de esos países. El hecho ocurrido con posterioridad a que las mismas estructuras capitalistas produjeran el subdesarrollo, fue inconcebible para ellos.

Es interesante en este contexto observar que la falla del pensamiento marxista para concebir la categoría del subdesarrollo en los países ubicados fuera del ámbito cultural occidental, duró más allá de Lenin y de la experiencia de la industrialización soviética. No puede haber ninguna duda de que la Revolución de Octubre está directamente vinculada con la incapacidad del sistema capitalista para lograr el desarrollo de Rusia, que en aquel entonces ya mostraba muchos de los efectos típicos de una sociedad subdesarrollada. Pero el marxismo soviético nunca entendió su propia situación. Su autointerpretación siempre se realizó dentro de la teoría leninista del eslabón más débil de la cadena capitalista internacional, conservando hasta hoy en día el concepto lineal de la difusión automática de la industrialización a través del mundo. Esto nos puede explicar también la contradicción fundamental entre el sistema económico-social soviético y la autointerpretación que los soviéticos hacen de esa realidad. No cabe duda de que el sistema soviético está construido para solucionar el problema de la industrialización en un país subdesarrollado, en el cual la estructura capitalista tendía a producir y mantener el subdesarrollo. La autointerpretación soviética, al contrario, no coincide con esta realidad. Según ella, la industrialización soviética es una sustitución de la industrialización capitalista por razones de supervivencia del nuevo sistema socialista en el país. Hasta hoy en día los soviéticos siguen esta interpretación, según la cual los países subdesarrollados escogen entre una vía capitalista y una vía socialista de desarrollo sin darse cuenta de que la factibilidad de la vía capitalista de desarrollo, bajo las condiciones de un subdesarrollo cada vez más articulado, está desapareciendo.

A. LA CATEGORIA DEL SUBDESARROLLO

Siguiendo el análisis anterior, llegamos a concebir el subdesarrollo como un producto del encuentro sociocultural entre la sociedad capitalista desarrollada y la sociedad tradicional preindustrial ocurrido en un ámbito sociocultural no occidental. Las sociedades tradicionales no te-

nían un desarrollo interno preparatorio que les posibilitara reaccionar positivamente ante el encuentro con los países desarrollados capitalistas.

Partiendo de esta descripción del problema podemos proseguir el análisis específico de las formas que tuvo ese encuentro, con el fin de ubicar el imperialismo y determinar el papel que desempeñó en el surgimiento del subdesarrollo. Hay una tendencia generalizada a simplificar su importancia y a no ver que el surgimiento del subdesarrollo ocurre dentro de un marco que rebasa la actuación consciente del imperialismo capitalista. El primer paso para explicar el subdesarrollo, por lo tanto, debe enfocar la relación entre desarrollo capitalista y sociedad tradicional precapitalista como un encuentro sociocultural, para luego analizar la situación en la cual actúa el imperialismo de los países capitalistas desarrollados.

a) *El encuentro sociocultural entre sociedad capitalista desarrollada y sociedad tradicional precapitalista*

Prescindiendo primeramente del análisis de la dependencia político-militar de tipo colonial, debemos estudiar el hecho de que el desarrollo capacita a los países capitalistas para penetrar en el mundo tradicional precapitalista. Esta penetración tiene diferentes niveles, los que en cierto grado son independientes entre sí. Podemos hablar de niveles cultural, técnico, comercial, social, político, militar, etc. Esta penetración, en el caso de Latinoamérica, es claramente diferente de la dependencia imperialista directa por lo menos en sus primeros pasos. El encuentro cultural en América latina se lleva a cabo alrededor de las guerras de independencia y resulta de una yuxtaposición de ideas liberal-capitalistas sobre la cultura hispano-colonial. Esta yuxtaposición se debe en un comienzo a la penetración cultural de la ideología de la revolución de EE.UU. a fines del siglo XVIII, la cual es sustituida por las influencias culturales provenientes principalmente del iluminismo francés y de los pensamientos socialistas utópicos de la primera mitad del siglo XIX. La yuxtaposición cultural es fruto del encuentro del continente con las ideologías que prepararon la industrialización europea y, por lo tanto, es bien distinta de la yuxtaposición de la cultura ibérica sobre la aborigen llevada a cabo 300 años antes, la cual no logró crear una cultura hispanoamericana homogénea. Al contrario, la yuxtaposición ibérica creó en el continente un desequilibrio

cultural interno que, más tarde, durante el tiempo del encuentro con la cultura liberal capitalista, se convierte en un obstáculo adicional para la percepción y asimilación de la mentalidad moderna. Por lo tanto, la yuxtaposición cultural decisiva para el continente parece haber sido la liberal-capitalista y no la yuxtaposición ibérica anterior. Si bien la cultura ibérica está más cerca de la cultura liberal-capitalista que las culturas indígenas latinoamericanas, ni España ni Portugal lograron su propio desarrollo cuando se encontraron con la superioridad industrial de Inglaterra. La cultura ibérica es típicamente tradicional: en los siglos decisivos de la evolución del espíritu moderno, conscientemente suprimió todas las tendencias que podían favorecer su propia renovación.

Pero sea acertada o falsa la afirmación anterior, lo que para nosotros cuenta es el hecho de que la penetración liberal-capitalista desembocó en una yuxtaposición cultural en vez de crear una conciencia cultural homogénea nueva y acorde con la mentalidad moderna. Se produce en Latinoamérica a comienzos del siglo XIX una especie de esquizofrenia cultural: el nuevo sistema cultural es aceptado sólo parcialmente y lo que se adopta de él es mezclado con elementos culturales anteriores. De ello no resulta una cultura latinoamericana propia, sino un eclecticismo cultural.

Pero el encuentro con el mundo capitalista desarrollado no es solamente cultural, sino que, a la vez es comercial y, por lo tanto, expone la producción latinoamericana a la competencia con los productos de los países céntricos desarrollados. Este contacto tiene muchos efectos sobre los países latinoamericanos: produce la formación de mercados capitalistas internos y la penetración de técnicas modernas en las naciones recién emancipadas. Todo lo cual acarrea la existencia y expansión de la propiedad extranjera y del intercambio comercial de las materias primas de los países precapitalistas con los productos industriales fabricados por los países desarrollados capitalistas. El sistema capitalista se convierte de esta manera en un sistema que, paso a paso, llega a abarcar el mundo entero.

Este encuentro sociocultural básico tiene ciertos efectos específicos que nos pueden ayudar a definir mejor el subdesarrollo. Ellos surgen en dos planos fundamentalmente diferentes. En el primero podríamos hablar de efectos *intencionales* del encuentro sociocul-

tural: éstos son deseados y aceptados en forma relativamente voluntaria. A primera vista, estos efectos no pueden dejar de parecer útiles y provechosos para los países tradicionales precapitalistas, pues parecen llevarlos lineal y evolutivamente hacia el desarrollo. Los llamamos efectos primarios porque el análisis superficial los toma como indicios de que estas sociedades se encuentran solamente en una situación de desarrollo atrasado. Como consecuencia de ese análisis se busca el progreso de los países latinoamericanos mediante el reforzamiento de los efectos primarios, aparentemente positivos. Específicamente, se trata de los efectos indicados anteriormente y que proceden de la penetración cultural liberal y de la inclusión de los países latinoamericanos en el mercado capitalista internacional. Pero junto con estos efectos primarios, el encuentro sociocultural produce efectos no *intencionales* negativos, que convierten la aparente utilidad de los efectos primarios en factor de descomposición del sistema social tradicional y de paralización de sus mecanismos de evolución y progreso, lo cual produce la frustración de las aspiraciones de la población, fenómeno característico del subdesarrollo. Son, pues, estos efectos secundarios los que definen el subdesarrollo y los que le confieren su peculiar forma de ser, diferenciándolo del simple desarrollo atrasado.

Estos efectos secundarios son bien conocidos y han sido analizados con frecuencia. Entre ellos los más importantes serían: la explosión demográfica, la destrucción de las industrias tradicionales y el llamado efecto de demostración. La explosión demográfica es una reacción espontánea de la sociedad tradicional ante la introducción de las técnicas higiénicas y médicas modernas; la destrucción de la industria tradicional es una consecuencia de la orientación de la economía hacia el intercambio basado principalmente en la producción de materias primas; y el efecto de demostración es un cortocircuito que ocurre en la conciencia tradicional frente a la demostración de las posibilidades que ofrece el progreso técnico. Todos estos efectos destruyen la estabilidad de la sociedad tradicional. Su ocurrencia demuestra la incapacidad de la sociedad tradicional no europea para reaccionar frente al encuentro con el mundo capitalista, y la consecuente iniciación del proceso de subdesarrollo.

Si se tratara simplemente de un problema de desarrollo atrasado, la sociedad se movilizaría para palear los perjuicios que producen los

efectos secundarios señalados: frente a la introducción de nuevas técnicas higiénicas y médicas adoptaría actitudes tendientes a racionalizar la procreación humana; frente al intercambio comercial, se esforzaría por obtener la sustitución de la producción tradicional por una industria moderna; y frente al efecto de demostración, reaccionaría mediante la confianza en la capacidad de las estructuras propias para alcanzar y superar los niveles de producción de los países desarrollados. Racionalización de la procreación humana, industrialización e ideología favorable al desarrollo, serían las reacciones adecuadas de la sociedad tradicional que nos indicarían que el país se encuentra en vías de desarrollo. El subdesarrollo surge precisamente por la incapacidad de la sociedad para defenderse de los efectos secundarios del encuentro sociocultural con el mundo liberal-capitalista: podríamos definir la sociedad subdesarrollada por su incapacidad para anticipar los efectos secundarios de ese encuentro sociocultural.

La distinción entre efectos primarios y efectos secundarios es, por lo tanto, esencial. El encuentro en el plano de los efectos primarios es provechoso, en el plano de los efectos secundarios resulta nefasto. Pero los dos tipos de efectos no subsisten independientemente. Al contrario, los primarios producen los secundarios en una escala cada vez mayor. A medida que aumenta el encuentro sociocultural aumentan los resultados nefastos de los efectos secundarios. La incapacidad de la sociedad subdesarrollada para contrarrestarlos no desaparece gradualmente con la intensificación del contacto con el mundo desarrollado, sino que se mantiene y tiende a hacerse crónica.

El problema es explicar la razón por la cual se producen los efectos secundarios negativos y la consiguiente incapacidad de la sociedad subdesarrollada para defenderse. El análisis de este fenómeno tiene que liberarse de los juicios simplistas y prescindir de la aplicación esquemática de modelos elaborados a partir de la experiencia del desarrollo capitalista de los países occidentales. La pura descripción del fenómeno nos indica que la situación histórica de los países subdesarrollados es totalmente diferente de la situación histórica del mundo europeo a comienzos del siglo XIX.

Las posiciones esquemáticas que se enfrentan para explicar el subdesarrollo en términos simplistas son, principalmente, dos. En pri-

mer lugar, la ideología de los países capitalistas desarrollados que se apoya en el análisis de los efectos primarios del encuentro sociocultural. Esta ideología insiste en que el encuentro sociocultural no va acompañado por una relación de poder y de dominación, y que los fenómenos imperialistas son excepcionales y terminan definitivamente con la descolonización del mundo. El análisis de los efectos primarios lleva al mundo liberal-capitalista a una visión fundamentalmente optimista del problema al concebir el subdesarrollo como un simple atraso económico, social, político y cultural. El plano de argumentación es, por lo tanto, el de las intenciones aparentes. No se puede negar que hay un grano de verdad en esta posición simplista. El hombre que trajo la medicina a los países precapitalistas era evidentemente un filántropo y no tenía intención alguna de desatar la explosión demográfica. El capitalista que vino a extraer materias primas no pretendía siempre impedir deliberadamente la industrialización de los países en que invertía su capital, aunque hayan en la historia importantes excepciones como, por ejemplo, la supresión consciente de la industrialización de la India a fines del siglo XIX por parte de Inglaterra. Pero no hay duda de que hoy en día una supresión consciente de la industrialización del Tercer Mundo por parte de los países capitalistas desarrollados tiene poca importancia. Más evidente todavía es que el capitalista extranjero y las oligarquías de los países subdesarrollados no quieren desencadenar la revolución de las aspiraciones del pueblo. Pero no es suficiente demostrar que no hay intención de suprimir el desarrollo para comprobar que, de hecho, no se lo suprima. No hay duda de que el contacto entre los dos tipos de sociedades produce efectos primarios positivos, sin los cuales los países hoy subdesarrollados estarían en la condición de países precapitalistas tradicionales. Pero una ideología que insista unilateralmente en estos efectos primarios deja traslucir una intención tergiversada. Si este fuera el aspecto principal, no habría necesidad de mayores cambios en los países subdesarrollados y se podría seguir con lo que existe. Desarrollo atrasado y atraso cultural serían fenómenos normales. Habría que esperar que gradualmente fueran siendo superados. Más aún, podría usarse una nueva variante de las ideologías racistas para explicar estos hechos por una inferioridad de los pueblos subdesarrollados, la cual no puede ser superada rápidamente. (Ejemplos: la apatía del

indio latinoamericano, la inferioridad del negro, la pereza del oriental, etcétera . . .)

El otro esquema simplista parte más bien de los efectos secundarios negativos del encuentro, tantas veces aludido, declarando que el subdesarrollo es un producto lineal y directo del imperialismo de los países capitalistas desarrollados. Esta ideología tiende a ridiculizar los resultados positivos de los efectos primarios, renunciando a analizar seriamente las razones debido a las cuales los efectos primarios dan origen o consolidan los secundarios. Al dejar de lado dicho análisis, se atribuye al imperialismo el origen de todos los males de los países subdesarrollados. El imperialismo se convierte, entonces, en un culpable exterior que hace olvidar todas las contradicciones internas del mundo subdesarrollado. Se sustituye el análisis concreto del subdesarrollo y su relación con la intromisión imperialista por el *slogan* antiimperialista, que como explica todo no aclara nada.

Lo que debe hacerse es analizar los mecanismos mediante los cuales el encuentro sociocultural genera subdesarrollo y la conexión del imperialismo con aquél. Para poder realizar ese estudio hay que vincular el encuentro sociocultural con el imperialismo y con el surgimiento de los efectos secundarios que definen el subdesarrollo. Es preciso excluir la interpretación del imperialismo como un puro fenómeno de explotación, lo que exige una mayor dedicación al tratamiento de dicho problema.

1. EL IMPERIALISMO DE EXTRACCION

Hasta ahora hemos hablado de la relación entre subdesarrollo y desarrollo capitalista solamente en términos de encuentro sociocultural. Pero en cuanto nos acercamos al fenómeno del imperialismo, nos damos cuenta de que la denominación "encuentro sociocultural" es un eufemismo. Evoca la imagen de grandes filántropos, de médicos dedicados a la salud de los pueblos abandonados, de misioneros que llevan el buen mensaje y de científicos que enseñan un saber que esos pueblos necesitan. Pero se olvidan, por una parte, los efectos secundarios destructores ya mencionados y, por otra, el poder de explotación que está detrás de esta filantropía gloriosa, y que viene con una crueldad y un terror comparables con los que han existido en las peores

etapas de la historia humana. Tenemos que bajar del nivel neutral del encuentro sociocultural a la realidad brutal de la invasión entendiéndola, por el momento, como un imperialismo de extracción.

No hay duda de que este imperialismo de extracción es la forma real que tuvo el encuentro sociocultural de los países capitalistas con el mundo tradicional no europeo. Aquellos tienen detrás de sí la fuerza político-militar que les da la seguridad absoluta de salir triunfando del choque. Esta fuerza imperialista —subdividida en una multiplicidad de imperialismos nacionales— hace que el encuentro sociocultural pierda más y más su carácter voluntario y llegue a ser una imposición político-militar, que incluye la transformación de los países tradicionales en colonias de los países céntricos. Estos países persiguen dos intereses directos a través de la dominación colonial: la extracción de materias primas para su industria y la conquista de nuevos mercados para la venta de sus productos elaborados. El imperialismo de extracción y de explotación se basa en la propiedad capitalista extranjera de los medios de producción de los países dependientes y en la existencia del mercado capitalista de la potencia imperialista. Ambas circunstancias no acarrean una inmediata integración de la colonia en el mercado capitalista mundial, porque ella es vinculada solamente con el mercado capitalista interno del país colonizador y, a través de éste, con el mercado capitalista mundial.

Pero el imperialismo de extracción no reviste únicamente la forma colonial. El choque de los países capitalistas con las sociedades tradicionales no europeas, en ciertos casos, no redunda en una dominación colonial, sino en una dependencia de tipo indirecto. Esto sucede, por ejemplo, en gran medida, en los países latinoamericanos, en Rusia y en China. Esta forma diferente de imperialismo se explica, en algunos casos, por el poder relativo de los países sometidos y, en otros, por los conflictos existentes entre los diferentes imperialismos, los que impiden el sojuzgamiento de ciertos países a un solo imperialismo nacional. Esta última razón es válida especialmente para China, que nunca llegó a ser una colonia, pero que tampoco fue independiente. Estaba expuesta a la influencia y dominación de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, los que con frecuencia se aliaron para evitar cualquier intento de actuación independiente en China (por ejemplo, los boxers y la cuestión de las embajadas).

Tampoco en este último caso el encuentro sociocultural fue voluntario, como lo demuestra el caso de China que trató de cerrarse a cualquier intento de comunicación con los países céntricos europeos y que fue obligada por la guerra del opio a abrir sus fronteras a la influencia extranjera y a entrar en una vía de subdesarrollo que sólo habría podido evitar si hubiera mantenido su aislamiento. Solamente en algunos casos aislados esta política de cerrarse tuvo éxito porque los países que la pusieron en práctica tenían poco interés para el imperialismo. Así sucedió con Tibet y Nepal y también con el Japón que logró evitar el contacto sociocultural gracias a su ubicación insular y a la pobreza de su territorio. Cuando Japón abrió por decisión propia sus fronteras, lo hizo siguiendo una política consciente de desarrollo y evitando lo más posible la influencia de capitales extranjeros. Solamente en épocas posteriores [4] a la industrialización misma, Japón recurre a los capitales extranjeros.

El período del imperialismo de extracción se extiende, más o menos, hasta la Segunda Guerra Mundial y la consiguiente descolonización del Tercer Mundo. Su posición frente al desarrollo de los países dependientes es ambigua: persigue principalmente la obtención de materias primas a bajo precio y asegurar mercados para sus productos; lo que le obliga en muchos casos a adoptar medidas tendientes a evitar y suprimir el desarrollo de los países colonizados. Sobre los países semicoloniales de independencia relativa, como Rusia antes de la revolución o la mayoría de las naciones latinoamericanas, el imperialismo de extracción no tiene el poder directo suficiente para impedir los esfuerzos intentados para alcanzar el desarrollo. En las colonias el país imperialista tiene la plena soberanía sobre todos los actos políticos mientras que en los países semicoloniales la influencia podía ejercerla sólo de una manera indirecta. Frente a estos países semicoloniales el imperialismo desarrolla, por lo tanto, métodos de dominación diferentes que después de la Segunda Guerra Mundial llegan a definir una segunda etapa del imperialismo capitalista en la

[4] André Gunder Frank, con mucha razón destacó este hecho: "Chile: el desarrollo del subdesarrollo", en *Monthly Review*, Santiago (enero-febrero 1968). Véase también Shigeto Tsuru en: *Planeación del desarrollo económico*, compilación de Everett E. Hagen, México-Buenos Aires, 1964 (págs. 147-188).

cual los países céntricos no pueden usar la dominación directa sobre los asuntos internos de los países dependientes.

Es claro que durante el imperialismo colonial es más fácil detectar los mecanismos por los cuales las potencias occidentales buscaron deliberadamente suprimir el desarrollo de los países colonizados. Pero la verdadera esencia del imperialismo capitalista sale a la luz cuando desaparece la dependencia colonial directa. Se ve, entonces, que la falta de desarrollo o, mejor dicho, el proceso de subdesarrollo no depende únicamente de la intervención consciente y directa de las potencias colonizadoras. El imperialismo colonial es solamente un tipo de un género mucho más amplio: el imperialismo capitalista como tal.

Este otro imperialismo que es más amplio que el colonial y que, a la vez, constituye su verdadera esencia, lo vamos a llamar imperialismo estructural.

2. EL IMPERIALISMO ESTRUCTURAL

Observado desde el punto de vista de los países capitalistas desarrollados, el imperialismo estructural tiene otro nombre. Se llama estabilidad del mercado capitalista mundial e incluye tres elementos básicos: la participación en el mercado capitalista internacional, la existencia de un mercado interno capitalista dentro de cada uno de los países del mundo capitalista y la garantía internacional de la propiedad privada. El esfuerzo de estabilización se dirige a reforzar estos tres puntos básicos, usando la democracia y la libertad como valores ideológicos. Aparentemente, entonces, no se trata de un imperialismo, sino de garantizar y defender determinados valores humanos universalistas, y una estructura social que permite vivir según esos valores. Los países capitalistas desarrollados tienen sinceramente la convicción de estar luchando por ciertos ideales. No se trata de un *engaño consciente*, como en el caso del imperialismo colonial. La conciencia ideológica liberal capitalista está acostumbrada a juzgar según estas apariencias y por eso a los representantes del mundo capitalista desarrollado les parece absurdo hablar de imperialismo. Los países capitalistas niegan la existencia del imperialismo estructural, reduciendo la definición de imperialismo a la pura dependencia po-

lítico-militar de tipo colonial. Huelga recordar que el imperialismo estructural ha renunciado definitivamente a la dominación político-militar de tipo colonial. El problema les parece resuelto. Según sus criterios, actualmente el imperialismo existe solamente en las relaciones entre la Unión Soviética y sus satélites. El "mundo libre" —dicen— ha logrado relaciones de intercambio más o menos igualitarias, que exigen algunos ajustes, pero que en el fondo responden a la dignidad de las diferentes naciones. Hasta la intervención militar para ellos no presenta problemas. Según esta interpretación, la libertad —que no es más que la supervivencia del sistema capitalista— tiene derecho a defenderse con las armas cuando sea necesario. La intervención en Santo Domingo y la guerra de Vietnam son consideradas como actos en defensa de la humanidad y de sus valores más dignos frente a la amenaza destructora de fuerzas negativas. La convicción sincera del representante del país desarrollado se convierte en cinismo sin que él lo advierta.

El fenómeno de la estabilización del sistema capitalista mundial hay que indagarlo desde el punto de vista de los países subdesarrollados, y averiguar cuáles son las razones que permiten hablar de un imperialismo capitalista estructural. La pregunta clave incide, entonces, en el grado de dificultad que representa la estructura capitalista del país subdesarrollado para que éste pueda entrar en una vía de desarrollo o, en otras palabras ¿hay realmente una vía capitalista de desarrollo en el momento histórico presente? El análisis del imperialismo estructural depende de la contestación que se dé a estas preguntas. La hipótesis con que comenzamos estas reflexiones es que en el momento actual, la vía capitalista de desarrollo solamente puede tener lugar en casos extremadamente excepcionales. En los capítulos finales vamos a intentar comprobarlo. Primeramente es preciso aclarar el carácter imperialista en relación con la estabilización del sistema capitalista mundial.

El concepto de imperialismo es ambiguo y abarca un gran número de fenómenos. Se deriva de la noción de imperio y denomina la relación que se traba entre un centro-imperial y los países dominados por él. Comprende, primariamente, una dependencia político-militar a la cual corresponde en forma paralela una relación de explotación económica. La explotación económica es un pago de tributos en favor del centro-imperial.

Una definición como la expuesta es ahistórica y es aplicable, por lo tanto, a todos los fenómenos imperialistas de la historia humana: tanto al Imperio Romano como al Imperio Mongólico, al Imperio Británico como también al bloque soviético. Si nos mantenemos en un grado tan alto de generalidad se nos escapa la especificidad de cada tipo de imperialismo. Llamar sin más imperialismo a todos los casos históricos de dominación y explotación internacional significa, de hecho, hacer abstracción de las diferencias que presentan. Hay que indagar, entonces, cuál es la especificidad del imperialismo capitalista y si es posible y suficiente describirlo como una relación de explotación económica, estabilizada por un cierto poder político-militar. Tenemos que analizar, por lo tanto, hasta qué grado esta definición del imperialismo incluye la estabilización del sistema capitalista mundial, y hasta qué grado los efectos de este tipo de imperialismo sobrepasan los marcos de la explotación económica y de la intervención político-militar en favor de la estabilidad de dicho sistema y de los valores centrales que lo rigen. Estos son los dos problemas centrales que hay que analizar para poder saber si la estabilización del mercado capitalista mundial es una nueva forma específica de imperialismo o si, por lo contrario, escapa a esta afirmación.

1. a) La estabilización del mercado capitalista mundial y el imperialismo de explotación

Tenemos primeramente que averiguar en qué grado las deformaciones del mercado capitalista mundial y de las relaciones de intercambio comercial y de capital entre países capitalistas desarrollados y subdesarrollados constituyen un imperialismo de explotación análogo al imperialismo colonial. Este constituye el punto de vista más común de las teorías actuales sobre el imperialismo. Una vez producidas ciertas deformaciones o imperfecciones del mercado capitalista internacional, la estabilización de este mercado implica también la estabilización de sus imperfecciones y, por lo tanto, la estabilización de la explotación. A este tipo de teorías pertenecen todas aquellas que tratan el intercambio comercial mundial basadas en el esquema centro-periferia. Sus defensores provienen de las corrientes políticas más diversas. Por una parte, se podría citar a la CEPAL y, por otra, por ejemplo, a Gunder Frank, quien desarrolla en términos nuevos la antigua teoría

marxista del imperialismo tal como fue elaborada por Rosa Luxemburgo, Bujarin y Lenin.

El eje de este tipo de teorías consiste en demostrar las irregularidades del mercado capitalista mundial que favorecen a los países céntricos desarrollados. El presente estudio no pretende, desde luego, analizar en detalle las diferentes opiniones al respecto ni sus contradicciones internas. Basta indicar los puntos claves, que enfocan las teorías del tipo centro-periferia.

La evaluación de la relación centro-periferia es el punto de partida de cualquier análisis sobre el efecto explotador del sistema capitalista mundial. Pero tenemos que cuidarnos de ver en la relación centro-periferia, en cuanto tal, una causa de explotación de la periferia por el centro. Toda industrialización moderna crea concentraciones industriales, lo que significa por otra parte, que origina simultáneamente periferias no industriales. Este hecho se hace más evidente debido al proceso de urbanización que acompaña a la concentración industrial, el cual necesita abastecerse de productos agrarios y materias primas del sector primario provenientes de regiones rurales. Ello ocurre debido a las ventajas económicas de la concentración urbano-industrial que impide una distribución equitativa de la industria en el espacio geográfico. Tal fenómeno tiene lugar también en los países desarrollados mismos: las grandes concentraciones industriales de la cuenca del Ruhr en Alemania, los grandes complejos industriales del norte de EE. UU., la cuenca del Donetz en la Unión Soviética, etc. Todos ellos son centros de aglutinamiento de la actividad económico-industrial rodeados por periferias de producción primaria, que viven del intercambio de productos primarios por productos manufacturados, lo cual no significa de ninguna manera una explotación del campo por la ciudad. Se trata más bien del intercambio normal de bienes y servicios dentro de una región industrializada, en la cual los dos polos pueden desarrollarse paralelamente. La introducción del uso de la técnica en la producción primaria se produce simultáneamente con el desarrollo de la producción secundaria industrial sin mayores desajustes. La relación normal entre centro y periferia existe en todos los países desarrollados y en los lugares donde coexisten países altamente industrializados con países de una elevada producción primaria. Países como Dinamarca, Holanda y Noruega son en este sentido periféricos, sin verse afectados

por problemas de subdesarrollo. Lo mismo vale, por ejemplo, para las relaciones internas de EE. UU. entre las regiones de producción agraria del oeste y los centros fabriles de las grandes ciudades. Por lo tanto —juzgado en el plano teórico— no existe ninguna superioridad determinante del centro industrial sobre la periferia, sino que ambos se complementan recíprocamente. La producción industrial no puede existir sin la producción primaria de la periferia y viceversa.

Pero el reconocimiento de este hecho no es sino el punto de partida del análisis y no una teoría que sirva para juzgar la realidad en toda su variedad. Al lado de los ejemplos citados hay otras relaciones centro-periféricas que son completamente distintas. Nos referimos a las que existen entre los centros industriales del mundo capitalista y sus correspondientes periferias exteriores en el mundo del subdesarrollo. Para poder explicar esta realidad nueva es necesario ampliar la teoría anteriormente citada para considerar los tamaños relativos posibles de los núcleos industriales en relación con los de sus periferias respectivas.

Para argumentar con rigor, suponemos por el momento que existe una distinción clara entre núcleos industriales de producción secundaria y áreas periféricas de pura producción primaria. Nos damos cuenta entonces, de que el núcleo industrial —con un determinado número de habitantes y una cierta técnica de producción— determina la magnitud de su periferia. La producción primaria en relación con un núcleo industrial dado, está en función directa de estas tres variables de la producción secundaria: mano de obra en la producción secundaria, técnica aplicada y consumo de productos primarios agrícolas. Ellas establecen un tope cuantitativo fijo para el tamaño de la periferia. Podemos decir que existe un equilibrio entre periferia y núcleo industrial cuando la producción primaria corresponde exactamente a las necesidades de la producción secundaria, de tal forma que todos los factores de la producción tengan rendimientos y pagos equitativos. La periferia puede crecer más allá de este tope solamente si crece a la vez el centro y viceversa.

Incluyendo en nuestra argumentación el hecho de los gastos de transporte de materias primas y otros productos primarios, se puede deducir que en cuanto al surgimiento de nuevos núcleos industriales

existe otro tipo de equilibrio. Cuando aumenta la extensión geográfica de la periferia, se hace cada vez más ventajoso fundar nuevos núcleos industriales de producción secundaria al lado de los antiguos, con lo cual se reparte la periferia en expansión. El proceso de formación de nuevos núcleos industriales tuvo lugar en Europa durante el siglo XIX cuando se constituyó el complejo industrial de la cuenca del Ruhr al lado de la industria inglesa y, después el núcleo industrial de Silesia. Este proceso se produjo en forma más clara en la industrialización de la Unión Soviética que tuvo como punto de partida el núcleo industrial de la cuenca del Donetz y como periferia todo el país hasta el océano Pacífico. La dinámica del proceso trajo consigo la fundación de otro núcleo industrial en la región de Kusnetz y de Siberia Central, y actualmente se está configurando un nuevo centro industrial en la región oriental extrema de la Unión Soviética.

Podemos decir, por lo tanto, que existen dos condiciones fundamentales para el equilibrio dinámico entre centro y periferia durante el proceso de crecimiento económico. La primera condición se refiere a los volúmenes relativos de la producción primaria y de la producción secundaria, que corresponden en cierto grado a los tamaños relativos de los núcleos industriales y de sus periferias de abastecimiento. La segunda condición tiene relación con la cantidad de centros industriales que deben existir para que haya entre ellos una distribución geográfica equilibrada, según las tasas de substitución de los gastos de transporte de productos y factores de producción entre las periferias y los centros. Para aclarar este argumento podríamos imaginar un ejemplo extremo. Supongamos que toda la industria del mundo estuviese concentrada en los países de Europa y EE. UU. Para lograr un equilibrio centro-periférico habría un tope máximo para la producción primaria del resto del mundo. Pagando a todos los factores de producción en términos iguales solamente se podría tener un equilibrio bajo la condición de que la mayoría de la población de la periferia emigrara hacia los centros industrializados. Por otra parte, esta migración gigantesca crearía automáticamente tantas ventajas relativas para la instalación de nuevos núcleos industriales fuera del ámbito de Europa y EE. UU. que nunca podría cumplir las condiciones de una maximización del producto económico mundial.

Volviendo al análisis del equilibrio centro-periférico, podemos modificar lo dicho anteriormente sobre la igualdad de condiciones entre producción industrial secundaria y producción primaria. En la relación entre ellas, la igualdad es relativa porque, de hecho, el desarrollo industrial secundario da las pautas para el tamaño equilibrado de la producción primaria. La producción secundaria es la fuerza conductora para obtener el equilibrio. La situación de la periferia es mucho más vulnerable y dependiente que la del núcleo industrial. Esto da lugar a que se originen tendencias de explotación de la periferia por el centro, aun en los casos en que existe un tamaño equilibrado de la periferia respecto del centro, lo cual explica que en los países capitalistas desarrollados existan sistemas especiales de protección de la periferia agraria.

De las reflexiones anteriores podemos sacar algunas conclusiones relativas al análisis del mundo subdesarrollado actual. Hay una falla del sistema capitalista de intercambio entre centro y periferia en los dos planos mencionados. Por una parte, el mundo subdesarrollado no industrializado tiene un tamaño que sobrepasa las necesidades de la industria céntrica del mundo capitalista. Al contrario, el desarrollo y la intensificación de la producción primaria dentro de los países capitalistas céntricos tiende a disminuir la necesidad de una periferia exterior (en ciertos rubros). Este hecho se nota en diferentes mercados agrícolas; por ejemplo, en el caso de la compra de carne por parte de Europa. La producción europea tiende a aumentar tanto, que dentro de algunos años Europa se autoabastecerá de carne. Como este no es un caso aislado, podemos afirmar que el mundo subdesarrollado cada día puede aguantar menos su situación periférica. Por otra parte, hay una falta de nuevos núcleos industriales, a pesar de que el mundo periférico no tiene otra solución que estimular su creación y expansión para que sea posible un equilibrio centro-periférico a escala planetaria.

Entrando más en el análisis del intercambio internacional, podemos destacar algunas consecuencias de la desproporción existente entre la periferia y el centro mundial, siguiendo los argumentos principales de la CEPAL. Una de ellos es el continuo deterioro de los términos de intercambio, producido por el esfuerzo de los países subdesarrollados para aumentar la oferta de los productos primarios en

una situación que tiene un tope máximo de venta posible de dichos productos en los mercados de los países céntricos. Este esfuerzo se ve, por lo tanto, continuamente frustrado y redunda en el deterioro de los precios debido a la competencia de los mismos países subdesarrollados entre sí. Este fenómeno presiona continuamente sobre la balanza de pagos de esos países haciendo que ellos dependan de los créditos y de la ayuda exterior para enfrentar sus problemas que continuamente aumentan de proporción.

Ante esta situación, se afirma que es preciso, como primer paso, evitar la competencia interna entre los países subdesarrollados para estabilizar y aumentar los precios de venta de los productos primarios. El segundo paso sería conseguir, a partir de una relativa estabilidad de los ingresos del mundo subdesarrollado, una industrialización que no se limite a la pura substitución de importaciones, sino que dé origen a nuevos centros urbanos industriales.

Dejando de lado, por el momento, el segundo paso propuesto —la industrialización de los países subdesarrollados— podríamos analizar los efectos que tendría en los centros industriales del mundo capitalista la estabilización de los precios de intercambio. De hecho, este tipo de reforma del mercado capitalista internacional lesiona escasamente los intereses de los países capitalistas céntricos porque no exige, por parte de ellos, ningún cambio en sus estructuras de producción. Las consecuencias incidirían en una redistribución financiera entre centro y periferia sin influir sobre el tamaño mismo de ésta.

Pero a pesar de que estos cambios en las relaciones centro-periféricas son bastante superficiales, resultan sumamente difíciles de realizar. Hay una resistencia profunda por parte del mundo desarrollado que argumenta con racionalizaciones referentes a la estabilidad del mercado capitalista internacional, usando teorías económicas que arbitrariamente se basan en un análisis de las relaciones entre producción industrial secundaria y producción primaria. Esta resistencia es mucho mayor cuando se aborda el segundo problema mencionado: la necesidad de introducir cambios que favorecen el surgimiento de nuevos núcleos industriales en el mundo subdesarrollado. Es este un problema específico que se puede enfocar desde el ángulo de la redistribución de la materia prima del mundo en el curso de una industrialización de los países subdesarrollados.

Como ya habíamos mencionado, la estabilización del mercado capitalista mundial trae apareada la estabilización de las relaciones capitalistas internas dentro de todos los países participantes en dicho mercado y de la propiedad privada internacional. La propiedad internacional es una herencia del período del imperialismo de extracción y refleja la orientación de todo el mundo subdesarrollado, en cuanto productor de materias primas, hacia la industria céntrica. Existe en ellos una distribución dada de las materias primas, basada en la cual se repite la misma estructura de producción industrial de los países céntricos. Esta estructura necesita para sobrevivir la estabilización de la propiedad y un acceso seguro a las materias primas de su periferia correspondiente. Así, por ejemplo, la industria petroquímica de Europa no existe sin el acceso al petróleo del Cercano Oriente y la industria metalúrgica de EE. UU. difícilmente puede prescindir de las minas de hierro de Venezuela, etc. ... Pero hay que hacer notar que la industrialización del mundo subdesarrollado pone en peligro la estructura misma de la industria céntrica en cuanto limita en forma creciente su acceso a las materias primas de su periferia. Es necesario insistir en que, para el surgimiento de nuevos núcleos industriales en el mundo subdesarrollado, las materias primas que hoy se venden en los centros capitalistas mundiales, presentan las ventajas relativas de una posible nueva división internacional del trabajo.

Otra vez algunos ejemplos "imaginarios" podrán aclarar las consecuencias que se derivan del aprovechamiento por parte de los países subdesarrollados de sus ventajas económicas comparadas, en favor de una nueva división internacional del trabajo. Las regiones que hoy exportan el petróleo tendrían que formar centros industriales especializados en la producción petroquímica; los países que hoy exportan el hierro tendrían que crear los futuros núcleos industriales especializados que lo utilizaran como insumo y así con todas las otras materias primas. Lo dicho no excluye, por cierto, el intercambio mundial de materias primas; pero él se produciría exactamente al revés que en la actualidad. Hoy en día, el país subdesarrollado productor de una cierta materia prima, puede aprovecharla para su propia industrialización sólo en el grado en que lo acepten los países céntricos desarrollados. Como éstos, mediante la garantía internacional de la propiedad privada, pueden fijar los términos de intercambio no solamente en cuanto a los precios de las mercancías, sino también en

lo referente a la posibilidad de elaborar industrialmente la materia prima, obligan a los países subdesarrollados a basar su economía en las materias primas y a evolucionar en ciertas direcciones, que corresponden a sus desventajas comparadas. Así se explica por qué la industrialización deficiente de los países subdesarrollados ha tendido a la sustitución de importaciones como meta y pauta, en vez de haber procurado la sustitución de las exportaciones de materias primas por productos elaborados a partir de ellas. Esta segunda alternativa exige la industrialización a través del desarrollo de la industria pesada de una región.

Esta tesis puede ser fácilmente mal interpretada en el sentido de que se exigiría a cada país que tuviera su propia industria pesada. Pero no se trata de eso, sino más bien de llegar a formar núcleos industriales con el fin de lograr un equilibrio entre centros y periferias que cubra el mundo entero. No obstante, siempre será preciso insistir en que estos nuevos núcleos solamente pueden surgir partiendo de la industria pesada y de la fabricación de medios de producción. Se desencadenaría, entonces, un proceso de industrialización a partir de las materias primas existentes en cada región, lo que produciría una cierta especialización de la producción. Se alteraría el esquema hoy vigente: la exportación de materias primas de una región a otra sería admisible solamente en el grado en que el desarrollo de estos nuevos núcleos no las agotaran en su propio proceso de producción. Antes, el país subdesarrollado tenía que agradecer al país desarrollado que le compraba la materia prima que producía: ahora, en cambio, el país desarrollado tendría que agradecer la posibilidad de poder comprarla, porque la materia prima que una región equilibradamente desarrollada vende es el excedente que no utiliza en su propia industria. En la actualidad el país subdesarrollado productor de materias primas —debido a la garantía de la propiedad internacional— tiene acceso a sus propias materias primas solamente en la medida en que existe un excedente que el país capitalista desarrollado no necesita.

Hemos distinguido hasta el momento dos planos en que incide el efecto explotador originado por la estabilización del actual sistema capitalista mundial. Resumiendo podemos decir que se trata, por una parte, del problema del deterioro de los precios de intercambio y, por otra, del acceso del mundo subdesarrollado a sus propias materias

primas y la consiguiente industrialización basada en la fabricación de medios de producción.

Las reformas y los cambios que son consecuencias de este análisis, provocan reacciones de diferentes grados por parte de los países capitalistas desarrollados. En cuanto al primer conjunto de problemas, una posible resistencia es menos grande que en cuanto al segundo, porque en el primer caso las soluciones que se adopten no afectan directamente la estructura interna de los países capitalistas céntricos: se limitan a una mera redistribución de ingresos. En el segundo caso, cualquier solución adecuada producirá cambios radicales en la estructura económica interna de esos países a fin de establecer una nueva división del trabajo internacional. Estas transformaciones se producirían porque los nuevos núcleos industriales no surgirían al lado de los antiguos sino destruyendo el orden existente que polariza el mundo entre un centro y una periferia. La resistencia a los cambios tiende a aumentar a medida que ciertas regiones del mundo logran escapar a la dominación unilateral, y empiezan a constituirse como países desarrollados. Después de terminada la distribución del mundo entre los países capitalistas, es evidente que, por ejemplo, la exclusión de Rusia no importaba gran cosa, pues todavía el resto del mundo permanecía disponible a las influencias del centro capitalista. Con la independencia de China, esta situación se agravó. Tiende a agudizarse siempre más en cuanto el movimiento de liberación toca algún punto del Lejano Oriente, de Africa, del resto de Asia o de América latina.

Por otra parte, es efectivo que el análisis que hemos hecho hasta ahora trata exclusivamente las deformaciones del mercado capitalista mundial. No pone aún en tela de juicio los efectos de la estabilidad misma de dicho sistema. Si bien nos ha llevado a detectar la existencia de imperfecciones profundas en el mercado capitalista mundial, con su efecto de explotación correspondiente, no puede conducirnos a afirmar sin más que las imperfecciones mencionadas no logren encontrar solución dentro del sistema capitalista.

Pero también es efectivo que el tránsito a una nueva división internacional del trabajo estremecería al sistema capitalista hasta sus raíces. Es comprensible, por lo tanto, que investigadores e instituciones que se dedican a buscar la solución de los problemas del subdesarrollo, sin poner en tela de juicio la supervivencia del sistema capitalista mundial, argumenten sobre todo en torno del primer complejo de problemas

mencionado, referente al deterioro de los términos de intercambio y de una posible redistribución de ingresos al nivel mundial. Como las medidas propuestas para superar ese nudo de problemas no exigen cambios profundos en las estructuras de los países capitalistas céntricos, la supervivencia del sistema capitalista parece asegurada.

En cambio el segundo complejo de problemas, referente a una nueva división internacional del trabajo, se encuentra analizado en estudios de investigadores como Rosa Luxemburgo, etcétera..., y en las teorías sobre el imperialismo que forman una tradición del pensamiento socialista desde fines del siglo XIX.

Lo que nos interesa es que la crítica en los dos planos indicados no va más allá de la supervivencia del sistema capitalista como tal, mientras que se puede dudar de la factibilidad política de las reformas necesarias para que pueda subsistir.

Tenemos que averiguar ahora cuál es la verdadera significación de la estabilización del mercado capitalista mundial y su relación con el subdesarrollo del mundo periférico. El paso del imperialismo de extracción a la nueva etapa del imperialismo estructural de estabilización, no significó más que el reemplazo de los lazos directos entre los diferentes poderes imperialistas y sus respectivas colonias por una relación centro-periférica, en la cual los países capitalistas desarrollados tienen bajo su poder todo el mundo subdesarrollado como si fuera una sola gran colonia común. Desaparecen los diferentes imperialismos parciales contradictorios entre sí y se convierten en un solo sistema imperialista a cuya cabeza se encuentra un poder conductor con sus diversos sub-imperialismos. Este fue el resultado de la Segunda Guerra Mundial, en la cual los EE. UU. surgieron como potencia imperialista conductora, ante el cual los imperialismos inglés, francés, alemán, japonés, etc., se doblegaron convirtiéndose en "sucursales" suyas.

1. b) La estabilización del sistema capitalista mundial y el subdesarrollo

Los dos efectos de explotación producidos por la estabilización del mercado capitalista mundial deben ser investigados con más profundidad para saber cuál es su relación con la aparición del subdesarrollo. Nos parece claro que, en cuanto tales, esos efectos de explotación no pueden ser considerados como las causas que originaron el subdes-

arrollo. En efecto, su existencia presupone el subdesarrollo. El deterioro de los términos de intercambio exige la existencia de una situación centro-periferia, en la cual ésta es relativamente más grande de lo que debiera ser en un sistema equilibrado de intercambio internacional. En cuanto al problema de las materias primas y al de la nueva división internacional del trabajo, es más difícil demostrar que el efecto explotador proveniente de una estabilización de la propiedad privada internacional presupone la existencia del subdesarrollo y no lo explica. Pero también en este caso existe un hecho explicativo: el subdesarrollo en el contexto del mercado capitalista mundial actual, determina que la actividad capitalista extraiga materias primas y ganancias de los países subdesarrollados en vez de desarrollarlos. Si nuestra tesis de que las ventajas de una industrialización del mundo subdesarrollado descansan sobre la elaboración de sus materias primas es verdadera, hace falta entonces explicar por qué el capital extranjero no aprovecha esas ventajas en vez de manufacturar las materias primas en los centros desarrollados del mundo. Al problema del acceso a las materias primas tampoco puede darse una explicación causal del subdesarrollo, sino un análisis de los efectos explotadores secundarios de la estabilización del mercado capitalista mundial, que presupone el subdesarrollo. A estas dos series de problemas se podrían añadir fácilmente otros que muestran las mismas deformaciones del sistema capitalista. Hablando, por ejemplo, del imperialismo estructural posterior a la Segunda Guerra Mundial, se puede notar una creciente participación de capital extranjero en la industria manufacturera que surge en los países subdesarrollados. Estas inversiones extranjeras no pueden considerarse como motores del desarrollo, pues dan origen a sucursales de las empresas centrales, que manteniendo toda la actividad destinada a impulsar el progreso tecnológico en el centro mundial, trasplantan al país subdesarrollado solamente ciertos tipos de producción acordes con la tecnología creada en el extranjero.

Estos son casos de dependencias dentro del mercado capitalista mundial, cuya estabilización empeora la situación sin que pueda ser considerada como causa del subdesarrollo. El análisis de la dependencia y de sus efectos explotadores nos lleva de nuevo a la existencia previa del subdesarrollo, sin permitirnos explicar suficientemente sus causas. Por lo tanto, el intento de explicar el fenómeno por la mera dependencia nos hace regresar al mismo punto: la explotación impe-

rialista presupone el subdesarrollo y éste provoca la dependencia. Este es el círculo vicioso fundamental que debe abordar cualquier explicación del subdesarrollo que parta de la investigación de la dependencia creada por el sistema capitalista mundial. Todas las demás teorías de los círculos viciosos aparentemente existentes en las regiones subdesarrolladas pueden reducirse a este círculo vicioso fundamental. Pero, a nuestro entender, no se trata tanto de círculos viciosos existentes en la realidad, como de un círculo vicioso que afecta al mismo hecho de realizar un análisis explicativo de las causas del subdesarrollo basado en sus manifestaciones fenoménicas.

Podemos retomar el análisis sobre el encuentro sociocultural entre países capitalistas desarrollados y las sociedades tradicionales fuera del ámbito cultural occidental. Destacamos en su oportunidad el hecho de que los efectos primarios de dicho encuentro se convirtieron durante el proceso de subdesarrollo, que generó efectos secundarios destructores de la sociedad. Nos referimos también a los principales efectos secundarios: la explosión demográfica, la falta de industrialización y, en general, la carencia de actitudes de tipo anticipativo favorables al desarrollo. Podemos ahora añadir a ese análisis todos los efectos secundarios que están vinculados más directamente con la dependencia extranjera, descriptos al estudiar el imperialismo de extracción y el imperialismo estructural. Se abre así mucho más la gama de efectos secundarios y nos vemos obligados a inquirir en términos más generales cuáles son las causas del subdesarrollo. Se nos plantea nuevamente, aunque en un contexto más amplio, el interrogante acerca de los motivos por los cuales los efectos primarios del encuentro entre capitalismo desarrollado y sociedades tradicionales producen los efectos secundarios que definen el subdesarrollo como una situación de dependencia, frustración continua y estabilizada de las aspiraciones populares.

Solamente en estos términos se puede esperar salir del círculo vicioso de la explicación causal del subdesarrollo por sus efectos, que implica la tautología de ver la causa del subdesarrollo en el subdesarrollo y de "la pobreza en la pobreza". La pregunta pertinente se puede formular de la siguiente manera: ¿hasta qué punto la estructura *capitalista* del mercado mundial es la causa del subdesarrollo? y ¿en qué grado la forma capitalista del encuentro sociocultural entre países

desarrollados y países tradicionales lleva inevitablemente al subdesarrollo?

Una manera de aclarar bien el problema sería examinar si puede obtenerse una superación del subdesarrollo y el consiguiente tránsito a una vía de desarrollo mediante la mera corrección del deterioro de los precios de intercambio y mediante un acuerdo sobre un nuevo reparto de las materias primas en el mundo. Tendríamos en este caso un sistema capitalista mundial puro, sin mayores imperfecciones en el funcionamiento de su mercado. Pero tampoco podemos deducir que en tal situación sea posible realmente el logro de una solución al problema del subdesarrollo. Tenemos que aceptar una vez más que la estabilización del mercado capitalista mundial mantiene los principales efectos secundarios internos del subdesarrollo, sin abrir la posibilidad inmediata de pasar a una vía de desarrollo.

El problema principal no lo constituyen los efectos secundarios de explotación del imperialismo estructural, sino la estabilización del sistema capitalista mundial en cuanto tal, sea dentro de marcos de explotación o fuera de ellos. Llegamos con esto —retomando el resultado del análisis general del encuentro sociocultural— a la conclusión de que la estructura capitalista *como tal* tiene una relación determinante con el surgimiento del subdesarrollo. No hace falta aducir los muchos intentos por parte de los países capitalistas para suprimir el desarrollo de sus colonias o de las naciones dependientes para comprender las causas del subdesarrollo. El subdesarrollo no es un fenómeno intencional, sino el producto inconsciente de la introducción del sistema capitalista en un país tradicional fuera del ámbito cultural occidental.

La imposibilidad del sistema capitalista para asegurar el desarrollo de los países tradicionales llega a ser cada vez más visible a medida que se desarrolla el sistema capitalista mundial durante los últimos 150 años. Pero no siempre fue un fenómeno tan evidente como lo es hoy en día. Durante el siglo XIX, los países tradicionales no coloniales o semicoloniales realizan una serie de intentos para lograr su desarrollo en términos capitalistas. Es esta la época de las industrializaciones fracasadas, impulsadas por las políticas desarrollistas, por ejemplo, en Chile, primero durante el gobierno de Manuel Montt y después, más conscientemente, durante el de Balmaceda. Pero, al mismo tiempo, se perciben fenómenos parecidos en Brasil y también en

Rusia, donde culminan con las reformas de Stolypin. Solamente hay un caso en aquella época en el cual la industrialización tuvo éxito: Japón. Una política consciente de las clases dominantes logró aprovechar la introducción de la estructura capitalista en el país para lograr su desarrollo. Pero lo hizo gracias a la existencia de condiciones excepcionales. El Japón se defendió conscientemente del imperialismo externo apoyándose durante el primer período decisivo solamente en capitales internos. La fuerza de su política desarrollista se basó en el propio imperialismo japonés. Y lo que es tan importante como lo anterior, el Japón nunca pasó por un período de subdesarrollo; se abrió al encuentro sociocultural con los países occidentales desarrollados bajo un gobierno que estaba decidido a canalizar ese encuentro a través de una política de desarrollo y fue capaz de realizar su propósito.

En todos los otros países los intentos de llevar a cabo una política de desarrollo fracasaron. Tal fracaso no se debió únicamente a las intervenciones extranjeras, sino que principalmente a la descomposición interna que las sociedades habían sufrido al entrar en contacto con el mundo capitalista desarrollado. El caso de Chile es típico: el uso del salitre por parte del imperialismo de extracción inglés se realizó con el beneplácito del país por pura corrupción interna. Incluso se le prestaron fondos mediante créditos que los propios bancos chilenos otorgaron al capital inglés para que pudiera comprar la riqueza nacional.

Solamente después de que estos primeros intentos por lograr un desarrollo consciente y dirigido no tuvieron el éxito esperado, aparecieron los rasgos más característicos del subdesarrollo. A fines del siglo XIX el subdesarrollo todavía es un fenómeno poco visible y los efectos secundarios y destructores del encuentro sociocultural todavía no salen a luz. En las décadas posteriores, durante la primera mitad del siglo XX, el subdesarrollo llega a su cúspide. A medida que aparece en toda su magnitud, las posibilidades de superarlo dentro de la estructura capitalista parecen cada vez más remotas. El imperialismo estructural empieza a mostrar su verdadera cara: no es un imperialismo de tipo colonial que suprima conscientemente el desarrollo. Sucede con él lo contrario. Los programas que en las industrializaciones fracasadas del siglo XIX fueron considerados contrarios a la existencia del sistema capitalista, se ponen de moda y cuentan con el apoyo

directo de los países capitalistas desarrollados. Es sorprendente, en este sentido, la similitud entre el concepto de desarrollo del gobierno chileno actual y del gobierno de Balmaceda. Surge en el mundo capitalista la conciencia de que la estabilidad del sistema capitalista mundial está directamente vinculada con la superación del subdesarrollo. Se concibe y se pone en práctica una política de desarrollo, ayuda financiera y técnica, propiciación de una planificación de la economía, etc., medidas que 50 años antes parecían incompatibles con la estabilidad del mercado capitalista mundial. Se puede afirmar, por lo tanto, que el imperialismo estructural busca deliberadamente expandir su desarrollo hacia el mundo dependiente a fin de eliminar el subdesarrollo. No obstante, los resultados de esta nueva política eran previsibles si se considera que la estructura capitalista es el principal obstáculo al desarrollo del mundo periférico, a pesar de las buenas intenciones que sus representantes puedan tener.

Para entender el fracaso de esa política hay que demostrar en forma más explícita, la tesis de que actualmente la estructura capitalista es incompatible con la superación del subdesarrollo.

La definición general de imperialismo que usamos anteriormente y que lo caracteriza por la dominación político-militar acompañada del consiguiente pago de tributos al centro imperial, no es suficiente para describir el imperialismo estructural. Este, sin ninguna duda, presenta esos rasgos de explotación, pero ellos no forman su esencia verdadera ni indican cuál es su modalidad, su especificidad. Hay algo nuevo en el imperialismo estructural referente a los efectos que produce la estabilización del sistema capitalista: no se trata únicamente del pago de un tributo hacia el centro o de la explotación entendida como un traspaso de ingresos por parte del país dominado al país dominante, sino del hecho de que este tributo se pague a través de un mecanismo que contribuye a mantener, estabilizar y agravar el subdesarrollo. El problema principal que presenta el imperialismo estructural no es el de pagar o no pagar un tributo, sino de acabar con una estructura económico-social que impide poner en práctica medidas eficaces para salir del subdesarrollo.

Es evidente que esos dos efectos —la explotación y la obstaculización del desarrollo— se dan siempre entrelazados en una misma estructura. Pero la conciencia capitalista no se da cuenta de esta im-

plicación recíproca; el imperialismo estructural es analizado en forma superficial. En la actualidad los países capitalistas desarrollados están de acuerdo en moderar la explotación y hasta apoyar deliberadamente el desarrollo. Pero ese propósito es falso. Su ayuda al desarrollo parte de la premisa indiscutible de la supervivencia del sistema capitalista mundial, lo cual impide una eliminación efectiva del subdesarrollo y, por lo contrario, contribuye a agravarlo.

Esta es también la distinción fundamental entre el imperialismo estructural del sistema capitalista mundial y los fenómenos de explotación dentro del bloque soviético. Las noticias sobre la manera de manejar las relaciones entre la Unión Soviética y los otros países del bloque socialista se hicieron públicas con el conflicto entre Yugoslavia y la Unión Soviética. Los yugoslavos hablaron entonces de la existencia de una explotación imperialista por parte de la Unión Soviética e hicieron mención del hecho de que esa nación había aprovechado su poder dominante dentro del bloque para fijar los términos de intercambio. Pagaba precios más bajos que los del mercado mundial y exigía para sus productos precios más altos que aquéllos. Según la definición de imperialismo que hemos dado, tal hecho es un pago de tributo correspondiente a una dependencia político-militar. Pero lo significativo es que una vez desaparecida la dependencia político-militar, también desaparece la explotación. En cuanto a las posibilidades de alcanzar el desarrollo, la explotación en ningún momento fue un impedimento del mismo, sino que incidió en una relación de distribución desigual de ingresos. En sus efectos económicos, tal explotación equivalía para Yugoslavia a los fondos necesarios para un presupuesto militar elevado.

El imperialismo estructural de tipo capitalista es diferente. Como percibe los tributos a través de mecanismos que, a la vez, impiden el desarrollo de los países subdesarrollados, no configura un mero problema de traspaso de ingresos, sino más bien determina la imposibilidad de que los países subdesarrollados logren un desarrollo autosustentado debido a la estabilidad de la estructura capitalista internacional. Fenómeno por el cual la estabilidad capitalista llega a ser crítica. Junto con el problema de lograr un desarrollo autosustentado existe —para el mundo capitalista— el de la estabilidad social autosustentada. Si bien el primero no asegura necesariamente la estabilidad

social autosustentada, no puede existir ésta sin desarrollo autosustentado. Debido a la falta de desarrollo autosustentado de los países subdesarrollados y a su incapacidad para entrar en una vía capitalista de desarrollo, el problema de la estabilidad del sistema capitalista en esos países se agudiza. Entonces, el imperialismo estructural suple esa carencia de estabilidad usando la intervención militar o simplemente la amenaza de realizarla. También llega, por otra parte, a ideologizar sus relaciones con el mundo subdesarrollado, lo que le permite aprovechar la dependencia en los diversos planos para estabilizar el sistema. Como los países subdesarrollados necesitan con urgencia ayuda externa para subsistir económicamente, el imperialismo crea una red de mecanismos a través de los cuales fomenta la estabilidad del sistema capitalista nacional o internacional. Entre esos mecanismos tiene especial importancia la difusión de ciertas ideologías que justifican el statu quo. La necesidad que tienen los países subdesarrollados de ayuda externa se debe en gran parte al deterioro de los términos de intercambio. No obstante, los países capitalistas desarrollados se resisten en forma pertinaz a organizar el mercado internacional para que asegure a los países subdesarrollados un ingreso correspondiente a su esfuerzo productivo. Para mantener la estabilidad del sistema capitalista y la dependencia internacional directa, aquéllos prefieren proporcionar ayudas y créditos, los cuales siempre deben ser renegociados. A través de ellos los países capitalistas desarrollados estimulan su propia industria y mantienen a los países subdesarrollados dentro de los marcos que a ellos les son económica y políticamente favorables. Si bien no se resisten a ir en socorro de los países subdesarrollados, solamente entregan su ayuda a través de ciertos canales y bajo determinadas condiciones, lo cual redunda en el fortalecimiento de la estructura capitalista. Es comprensible, entonces, que la ayuda incluya el financiamiento de organizaciones sociales, políticas y culturales: se pretende que ellas formen las *élites* políticas e intelectuales de los países subdesarrollados de manera que no conciban el desarrollo sino dentro de las estructuras capitalistas.

La crítica del imperialismo estructural no puede centrarse exclusivamente en la denuncia de sus esfuerzos por estabilizar el sistema capitalista mundial. Todos los sistemas sociales del mundo tratan de ejercer influencias de este tipo. Lo típico del capitalismo es que busca estabilizar una estructura económico-social que imposibilita

lograr una solución al principal problema del mundo en el momento histórico presente: el subdesarrollo. Nuestro análisis se dirige ahora a investigar en términos explícitos la incompatibilidad existente entre estructura capitalista y desarrollo de los países subdesarrollados.

b) *La estructura subdesarrollada y su funcionalización: el salto al desarrollo*

Tenemos que estudiar cómo y por qué fracasa la estructura capitalista al despertar, sostener y alentar una actitud positiva frente al desarrollo en los países subdesarrollados. Propuesto en otros términos, el problema se plantea en cómo lograr que los efectos primarios del encuentro de los países capitalistas desarrollados con la sociedad tradicional no occidental puedan primar sobre la fuerza destructiva de los efectos secundarios de ese mismo encuentro. Recordemos que estos efectos negativos que hemos denominado secundarios, tienen relación con la explosión demográfica, el efecto de demostración y la difusión de la técnica moderna y que trastornan de tal manera el sistema tradicional que lo hacen vulnerable a la explotación imperialista. Para evitar esos hechos y, por ende, para no entrar en vías de subdesarrollo, el país tradicional tiene que prever esos efectos nocivos y canalizarlos hacia la funcionalización de la sociedad. La estructura capitalista tendría que favorecer tales actitudes para poder sobrevivir. La cuestión se vuelve problemática porque a cada momento parece menos capaz de conseguir esa meta.

El análisis de las estructuras del país subdesarrollado podemos hacerlo en tres planos distintos: el plano estatal, el plano social y el plano económico. Nos interesa descubrir en ellos el grado en que reflejan la descomposición de la sociedad subdesarrollada y las tendencias internas que obstaculizan un posible desarrollo.

En el *plano estatal* lo primero que se evidencia es el fenómeno de la burocracia, que está presente en toda Latinoamérica. El Estado se encuentra burocratizado. La opinión pública manifiesta un fuerte sentimiento antiburocrático y con frecuencia se identifica burocracia con ineficacia.

Para evaluar el fenómeno de la burocracia hay que aclarar previamente cuáles son las tareas que ella debe cumplir. Las podemos

resumir diciendo que el aparato burocrático es una herramienta del Estado que debe estar organizado en forma eficiente con el fin de que éste pueda cumplir sus funciones. La eficacia de la burocracia se mide, en último término, en relación con el cumplimiento de los fines del Estado. Pero ¿cuáles son esos fines? La función del Estado en la sociedad moderna industrial consiste en hacerse responsable de su funcionamiento. El Estado como tal no tiene una función propia, separada de la función económica o de la social, sino que su tarea es hacer funcionar la sociedad. En este sentido podemos decir que es subsidiario. Tiene que hacer funcionar la economía, tiene que canalizar los conflictos internos de la sociedad, debe preocuparse de su política exterior y del rumbo que ella adopte. El Estado no puede cumplir este conjunto de tareas sin un aparato judicial para dirimir los conflictos y aplicar el derecho; un aparato asegurador para dar seguridad social, etc.... Un Estado eficaz organiza su aparato burocrático en función del cumplimiento de sus tareas.

Pero la burocracia estatal tiene otra manera típica de surgir y expandirse. No aparece para permitir que el Estado cumpla sus funciones, sino que nace justamente por los motivos opuestos. El Estado que fracasa en el cumplimiento de sus funciones se enfrenta con tantos problemas que para aliviar las tensiones internas del país, expande su aparato burocrático. No pudiendo desarrollar una política capaz de dinamizar la economía y obtener el pleno empleo de la mano de obra, el Estado da ocupación a la población aumentando su aparato burocrático, el cual pierde toda conexión con el cumplimiento de las funciones estatales.

Este fenómeno comienza con el surgimiento de las clases medias en los centros urbanos a fines del siglo XIX. Dichos grupos reivindican sus derechos políticos y presionan sobre la estructura ocupacional. Como hay un estancamiento económico, las clases medias exigen que el Estado solucione sus problemas de cesantía, los que aumentan con el crecimiento de la migración rural urbana y éste responde abriéndoles las puertas de la burocracia. Y hasta el presente, el Estado no ha sido capaz de convertir la burocracia en un instrumento eficaz para hacer funcionar la sociedad.

No obstante la burocracia no surge totalmente al margen de las funciones públicas. Pero las tareas que se pretende que cumpla no

las puede realizar debido a las presiones económicas y sociales que las traban. Algunos ejemplos podrán ilustrar lo afirmado. En primer lugar podemos mencionar la Oficina Nacional de Reforma Agraria del Perú, que se formó después de promulgarse la Ley de Reforma Agraria en mayo de 1964. Esta oficina se estructuró para llevar a cabo la Reforma Agraria y para ello era evidente que necesitaba mucho personal. Una vez que empezó su trabajo, la mayoría anti-gobiernista no aprobó los planes de financiamiento de esta oficina. Lograba así detener la reforma agraria. Simultáneamente, por razones populistas y electorales, se aprobó el presupuesto de sueldos del personal de esa Oficina, lo cual determinó la creación de un nuevo aparato burocrático casi sin funciones que realizar, pero que tiene asegurada una larga supervivencia.

Pero esta es solamente una de las formas en que puede nacer una burocracia inoperante. En el caso expuesto ningún partido político se atreve a disolver una burocracia ya instalada, pues teme las repercusiones que esa medida puede tener en el electorado. La economía no es capaz de absorber la fuerza de trabajo que el Estado puede deshauciar. Por ello, la burocracia origina una reacción en cadena en la mente de todos los que dependen de ella: saben que su única posibilidad de ocupación es la burocracia.

La burocracia también surge debido a la presión por el aumento de los puestos de trabajo disponibles, aunque se creen muchos que no son necesarios. Un caso típico es lo ocurrido en las minas nacionalizadas de estaño en Bolivia, donde entre 1952 y 1954 se triplicó la cantidad de personas empleadas, lo que produjo un drástico descenso de las utilidades de la empresa. En una empresa, los comportamientos de este tipo tienen un límite absoluto en el cálculo de costos y precios, salvo que el Estado mantenga la empresa en funcionamiento mediante subsidios. Tratándose de la burocracia estatal, no hay forma de medir cuantitativamente la eficacia en el cumplimiento de sus funciones y una inflación de empleos encuentra mucho menor resistencia.

Las dos formas de burocratización estéril reflejan una falla estatal, que no reside tanto en el tamaño de la burocracia, como en la orientación de su actuación hacia el cumplimiento de determinadas funciones, o sea, hacia el buen funcionamiento de la sociedad. Las estadísticas muestran que la participación de la burocracia latinoame-

ricana en el producto nacional no es mayor que la de los países capitalistas desarrollados.

El problema es que el Estado es ineficaz. La paralización del Estado nos remite a otro plano de análisis pues ella no tiene sus causas en la actuación burocrática, sino que más bien es el reflejo de lo que ocurre en los sectores no estatales de la sociedad. Debemos pasar, por lo tanto, al análisis de las estructuras de la sociedad subdesarrollada.

La estructura social sufre una paralización análoga a la de la burocracia estatal. Esta paralización se puede percibir en la defensa estática de los derechos adquiridos. En la estructura de una sociedad subdesarrollada todo tiende a convertirse en derecho adquirido. Cada derecho adquirido forma un enclave dentro de la estructura que es considerado inamovible, desde el momento de su adquisición. En el campo jurídico se utiliza la teoría clásica de los derechos adquiridos para defenderlos de cualquier posible acción del Estado. El Código Civil chileno llega a decir que sobre los derechos existe "una especie de propiedad", la que por encontrarse garantizada en la Constitución Política, no puede ser desconocida por el Estado, sino mediante un acto de expropiación por causa legal y pagando la correspondiente indemnización. Esta teoría comprende tanto a los derechos reales, como a los personales e incluso se extiende a ciertas situaciones jurídicas nuevas. Un fenómeno similar como las franquicias tributarias, ha ocurrido con la inamovilidad del cargo, que impide una división funcional del trabajo. Pero la teoría de los derechos adquiridos abarca incluso los privilegios de ciertos grupos organizados, que de esta manera defienden sus intereses (por ejemplo, jubilados), impidiendo cualquier reordenamiento funcional de la estructura total.

Algo parecido acontece con los sindicatos más importantes de los países subdesarrollados, los que logran una fuerza tal que pueden presionar a la sociedad global sin tomar en cuenta para nada la situación de sus compañeros de clase. Hay muchos ejemplos de maffias y sindicatos organizados que hacen prevalecer sus intereses sobre los de la sociedad. Podríamos citar un caso que presencié personalmente. Arribé a la Guayana un sábado cualquiera en la mañana. El vuelo que me llevaría a mi destino definitivo despegaba el domingo. Pero debido a que el sindicato de la Aduana había logrado el beneficio

de no trabajar los fines de semana, no tuve más remedio que instalarme en un hotel, dejar que mi avión partiera tranquilamente el domingo. Recién el lunes pude sacar mis valijas de la Aduana y esperar hasta el jueves para reemprender el viaje, único día —excepto el domingo— en que tal Compañía de aviación hacía escala.

Los derechos adquiridos, que forman enclaves en la estructura social, se refieren también a los sistemas de seguridad y de previsión social, etc.... Las organizaciones más poderosas logran derechos que debido al nivel de la renta nacional, nunca pueden extenderse a la mayoría del pueblo, originando un sistema de privilegios crecientes. Igual cosa acontece con las franquicias tributarias. Cualquier reforma de estructuras que pretenda racionalizar el sistema impositivo o de previsión y, en general, una participación más igualitaria del pueblo en los beneficios sociales, se enfrenta con la oposición de los grupos privilegiados que defienden sus derechos adquiridos con una mentalidad muy parecida a la del propietario privado.

Tenemos, pues, que la estructura social de un país subdesarrollado presenta dos rasgos típicos: por una parte, el surgimiento disfuncional de derechos adquiridos y, por otra, el hecho de que esas situaciones de privilegio crean en los grupos mejor organizados una mentalidad contraria al cambio. Los dos rasgos surgen siempre simultáneamente y se refuerzan mutuamente.

No se trata aquí de buscar a los culpables de tal situación. Nos interesa, en cambio, demostrar el efecto perjudicial que ella tiene para el desarrollo. Una estructura con enclaves reacios a cualquier transformación constituye un obstáculo sumamente importante para cualquier esfuerzo que procure funcionalizar el sistema social. Pero, por otra parte, es evidente que la presión por obtener situaciones de privilegio es una reacción lógica de las organizaciones sociales en un país subdesarrollado. Si el puesto de trabajo como tal es un privilegio, resulta completamente racional defenderlo por todos los medios. Si la seguridad social se encuentra muy poco extendida, es lógico que las organizaciones presionen por lograr un sistema de seguridad propio y especial. Como la catástrofe se precipita día a día en forma fatal, sólo queda por decir: "Después de mí el diluvio."

Como ya lo hemos afirmado, no se trata de señalar culpables. Valdría la pena, sin embargo, destacar en términos muy generales las

características de una estructura social realmente funcional. Ella presupone una actuación reivindicatoria por parte de los grupos sociales, los que aceptan mediante un acuerdo común tácito que sus reivindicaciones sociales son secundarias frente a la necesaria fluidez del proceso económico. Para lograrlo es preciso que el proceso económico sea organizado en forma racional, de tal manera que se asegure su fluidez. Los grupos confían, entonces, en que la renuncia a la defensa estática de sus derechos adquiridos se verá paliada realmente por la dinamización acelerada del proceso económico. Si no existe tal confianza, cada uno defiende lo que tiene. Se divide radicalmente la sociedad entre los que tienen propiedad privada o derechos adquiridos y la gran masa de los desposeidos marginales.

Esto nos remite nuevamente a analizar otro plano: aquel en que todas las paralizaciones y desajustes anteriormente mencionados tienen su base, o sea, el *plano económico.* Debido al estancamiento económico se configura una estructura social caracterizada por la presencia de derechos adquiridos estáticos, y debido a la defensa del poder económico frente a la intervención estatal el Estado se burocratiza. Es preciso, entonces, mostrar cómo se origina el estancamiento económico para poder encontrar las verdaderas causas de la paralización estatal y de la estructura social.

El eje del problema económico se encuentra en la empresa capitalista que funciona en un mercado "libre" de un país subdesarrollado. A primera vista pareciera que este tipo de empresas actúa de manera muy parecida a las organizaciones sociales que reivindican sus intereses en forma de derechos adquiridos. Cada unidad empresarial se comporta como un enclave dentro del sistema económico que, aprovechando una técnica, defiende su posición respecto de la producción y del mercado como si se tratara de un derecho adquirido estático. Los métodos de monopolización, la intervención estatal, los privilegios aduaneros, la orientación de los créditos, se realizan en función de empresas ya instaladas. El empresario trata, entonces, de mantener su situación y de sacar el máximo de lucro posible, defendiendo su posición por todos los medios a su alcance. En realidad este tipo de empresa no se aviene con el funcionamiento fluido de un mercado capitalista. En los países subdesarrollados el mercado conserva muchos rasgos del intercambio comercial de la sociedad tradicional. Se permutan las mercancías producidas conforme a técnicas preestablecidas,

aprovechando esta situación —y esa es la diferencia con el mercado tradicional gremial— hasta el máximo, sin aceptar ninguna reglamentación. Lo que esta empresa tiene de capitalista es que produce el desencadenamiento en amplia escala de la explotación ilimitada. Pero carece de la eficacia necesaria para lograr el crecimiento económico. El empresario de los países subdesarrollados tiene en común con el capitalista de la industrialización europea, el espíritu de explotación; pero no posee su actitud desarrollista. Es el empresario del lucro inmediato y fácil, tal como existió en forma marginal en las sociedades tradicionales. Se parece a lo que Max Weber llamó el capitalista especulativo o aventurero que busca su beneficio a través del aprovechamiento de las oportunidades que ofrece el ambiente desplegando el menor esfuerzo posible.

Sólo aparentemente existe en los países subdesarrollados un mercado capitalista. El mercado capitalista real es fluido y se basa en la movilidad constante de capital y trabajo, con miras a lograr un progreso técnico-económico creciente. El progreso técnico-económico es el eje central alrededor del cual se estructuran las diferentes clases, bajo la conducción de la clase capitalista que señala las pautas de la economía dinámica. Los criterios de inversión son primordialmente técnicos y no de especulación.

Se aprecia claramente que no fue el lucro ni su búsqueda lo que capacitó al empresario capitalista del siglo XVIII para desencadenar el desarrollo económico. La explicación de la industrialización capitalista por el lucro es una errónea interpretación de los hechos que conduce a formular una falsa ideología del capitalismo desarrollado. El fin de lucro, en su forma pura, se orienta a la especulación. La teoría económica clásica de Adam Smith y de Ricardo veía este fenómeno con suma claridad al dintinguir entre lucro productivo y lucro no productivo, dándose cuenta de que la sustitución del primero por el segundo es esencial para el surgimiento del capitalismo. Lo mismo destaca Max Weber —cuando analiza la actitud del empresario puritano— quien diferencia claramente las dos formas de lucro al hacer el paralelo entre el empresario tradicional que busca el lucro especulativo y el empresario nuevo que trabaja metódicamente para obtener beneficios. No es, entonces, la libertad de conseguir lucro lo que desencadena el crecimiento económico. Incluso la sociedad tradicional

presenta ciertos tipos de organización que permiten una completa libertad de comercio impulsada por el afán del lucro y, sin embargo, no dan señales que indiquen el nacimiento de un proceso de desarrollo moderno. De hecho, el afán de lucro es un fenómeno que acompaña a toda la historia humana y, por eso, no sirve sin más para explicar el origen del crecimiento económico. El lucro no es la fuerza dinámica que produce el desarrollo capitalista; este es más bien el resultado de la actuación desarrollista de un tipo de empresario.

El problema del desarrollo capitalista consiste en lograr que el lucro surja como resultado de actitudes desarrollistas, para lo cual es preciso formar una estructura social que las favorezca, asegurándoles un mayor beneficio que a las actuaciones especulativas. El paso del lucro especulativo al lucro metódico y productivo es la etapa que presenta mayores dificultades. En el desarrollo inglés y en el de los otros países occidentales, este tránsito fue espontáneo. Los grupos capitalistas se formaron como resultado de la historia anterior y se transformaron espontáneamente en una *vanguardia del desarrollo capitalista* con su propia *ideología,* su propia *ética* de trabajo y creando las estructuras adecuadas para alcanzar el crecimiento económico autosustentado. El proceso se llevó a cabo mediante una estrecha unidad entre estructura y conciencia, lo que produjo la adopción de actitudes desarrollistas. Racionalizando la estructura se racionalizaron la ideología y las actitudes, de manera que es difícil distinguirlas: existe una interdependencia total entre los distintos planos. Por eso fue que no surgieron los efectos secundarios destructores del contacto con la industrialización y que, más tarde, originan el subdesarrollo. La previsión de los efectos secundarios y las reacciones racionales correspondientes se desarrollaron simultáneamente con las nuevas estructuras. Así, por ejemplo, la medicina y la higiene modernas fueron acompañadas espontáneamente por la racionalización de la procreación humana, contrarrestando en forma casi automática los desequilibrios de población que tuvieron lugar.

Durante la industrialización occidental las estructuras, las actitudes y las ideologías surgen simultánea e indisolublemente ligadas; en cambio, al entrar ella en contacto con los países subdesarrollados resulta que algunos de esos elementos son fácilmente transferidos, mientras que otros se desplazan con gran dificultad de un ámbito cultural a otro. La ampliación del mercado capitalista mundial

acarrea la difusión de las estructuras técnicas y económicas y, a la vez, de las ideologías; el traspaso de las actitudes correspondientes se realiza a un ritmo mucho más lento. Las estructuras modernas se imponen por su superioridad instrumental al mundo tradicional no europeo, sin que se encuentren preparadas para desarrollar las actitudes correspondientes. Se produce así la descomposición interna de la sociedad tradicional y su consiguiente subdesarrollo. Falla, en todos los planos, la previsión de los efectos secundarios, lo que da origen a que se transforme el contenido original de las nuevas estructuras. La máquina, por ejemplo, inventada en Inglaterra no es un simple aparato mecánico, sino el producto de una cultura y refleja sus valores básicos. Pero en cuanto penetra en un ámbito cultural diferente no preparado para recibirla, la máquina produce un fuerte desajuste en el ambiente sin favorecer la aparición de un ambiente nuevo adecuado a su utilización.

El rechazo espontáneo de la sociedad tradicional a la máquina y los problemas de adaptación a la nueva forma de producción aumentan a medida que progresa el subdesarrollo. Como el adelanto tecnológico del mundo desarrollado continúa ininterrumpidamente, se produce un abismo creciente entre la estructura subdesarrollada estancada y la estructura desarrollada, frente al cual se hace cada vez más difícil reaccionar. La sociedad subdesarrollada, entonces, sigue cerrándose en sí misma al no poder desarrollar actitudes racionales frente a la técnica superior impuesta y en continua transformación.

Pero la sociedad subdesarrollada forzosamente tiene que saltar al abismo existente. Y las estructuras capitalistas no le permiten dar ese salto de un golpe o en un tiempo relativamente breve. La estructura capitalista sólo permite un desarrollo paulatino, gradual e interdependiente de técnicas, estructuras sociales, actitudes de trabajo y convicciones ideológicas. Una vez perdido el momento histórico en que existía una diferencia pequeña entre la estructura desarrollada y la estructura tradicional, el progreso técnico de los países desarrollados dificulta el tránsito de los países subdesarrollados hacia el desarrollo conservando la estructura capitalista. La estabilización del sistema capitalista mundial acarreó la reproducción continua del subdesarrollo. Cada vez se hace más difícil la solución capitalista del subdesarrollo, ya que el imperialismo estructural, pese a lo que conscientemente cree, contribuye a perpetuarlo.

Es, por lo tanto, imposible en los países subdesarrollados formar una clase capitalista capaz de conducir el proceso de desarrollo y de funcionalizar real y efectivamente a la sociedad. La clase capitalista de estos países busca solamente estabilizar su situación privilegiada, para lo cual se alía fielmente con el imperialismo estructural.

Debemos indagar ahora en qué consiste esta funcionalización de la sociedad, sin la cual en ningún caso puede haber desarrollo. La funcionalización no es, simplemente, una actitud racional frente a la vida social. Hemos visto al analizar la estructura del país subdesarrollado cómo posee una cierta racionalidad interna: la burocratización estatal es racional frente al subdesarrollo; también lo es la defensa de los derechos adquiridos estáticos; tampoco el capitalista del lucro especulativo es irracional, sino que sigue las pautas de la racionalidad de la estructura subdesarrollada. Lo que sucede es que la racionalidad de la persecución del interés propio no conduce al desarrollo. En general, podemos afirmar que la funcionalización de la sociedad hacia el desarrollo no significa reemplazar una sociedad no racional por una sociedad racional, sino reemplazar un tipo de racionalidad por otro. Hablando en forma estricta la sociedad desarrollada no es más racional que la sociedad subdesarrollada o que la sociedad tradicional. Cualquier tipo de sociedad tiene sus propios principios de orientación (valores, normas y pautas) que hacen que sus diferentes planos, económicos, social, cultural, etc., funcionen en estrecha interdependencia. Estos principios de racionalidad varían de una sociedad a otra y las diferencian entre sí. Pero lo que define la racionalidad de la estructura subdesarrollada es que ella no es consistente, sino que, por lo contrario, la actuación racional produce la descomposición de la sociedad.

Hace falta, entonces, realizar una inversión total de las estructuras, que no pueden seguir funcionando sin destruirse. Este es el drama del subdesarrollo. Pero ¿cuál es, entonces, el principio de racionalidad que define a la sociedad desarrollada, sea capitalista o no? En ella la racionalidad orienta a toda la sociedad hacia el progreso técnico-económico continuo. Solamente en el grado en que se dé tal hecho, puede hablarse de desarrollo. La noción del desarrollo niega, por ende, la autonomía estática de cualquier actividad social o cultural frente a las exigencias del adelanto técnico-económico. En último término, éste decide. Todo se subordina a él: la economía, las estructuras sociales, políticas e incluso los fenómenos aparentemente

más distantes de lo económico, como la cultura, la religión, etc. La autonomía de esos diferentes sectores no se encuentra aniquilada por el desarrollo, pero no pueden existir prescindiendo de la funcionalización hacia el progreso técnico-económico. Existe, entonces, una interdependencia de todos los diversos planos y, a la vez, una relativa autonomía: éstos se hallan limitados e interconectados por la funcionalización, que es una relación fundamental y unilateral (infraestructural). La funcionalización de la sociedad hacia el progreso es el verdadero secreto del desarrollo y su condición *sine qua non.*

Tal como lo hemos descripto, la funcionalización de la sociedad hacia el progreso técnico-económico no coincide automática y necesariamente con la orientación de la sociedad por los intereses capitalistas. También en la sociedad socialista desarrollada es necesaria la funcionalización. En ella juega un papel tan importante como en la sociedad capitalista. En cualquier tipo de sociedad desarrollada se presenta el mismo problema: cómo crear una ideología que interprete el progreso técnico-económico en el sentido de un paso hacia un más allá histórico, cómo despertar una actitud de trabajo metódico y funcional y cómo vincular la ideología y el trabajo con una estructura institucional adecuada.

En la sociedad capitalista la tarea de funcionalizar toda la sociedad hacia el progreso técnico-económico es llevada a cabo por la *clase capitalista* que se transforma, por lo mismo, en *vanguardia* del desarrollo y en *clase dominante.* Para poder cumplir esa función ella debe constituirse en fuerza social rectora bajo el influjo del progreso. El afán de lucro no es suficiente para despertar esta capacidad y, por lo tanto, una clase capitalista que se deja guiar sólo por él no es capaz de conducir el desarrollo. La suerte del capitalismo depende de la posibilidad que tenga de formar una clase capitalista idónea para realizar la funcionalización de la sociedad hacia el progreso técnico-económico.

Una vez que se ha profundizado el subdesarrollo, la transformación de la sociedad para que se funcionalice hacia el progreso va en contra de los intereses *inmediatos* de la clase capitalista nacional aliada del imperialismo estructural. Ella rechaza la tarea de llevar a cabo el proceso de desarrollo e impide también que otros tomen ese papel en sus manos.

El *impasse* del subdesarrollo es, pues, completo. Por una parte, el abismo que separa la estructura desarrollada y el nivel productivo de la sociedad subdesarrollada hace cada vez más difícil que una vía capitalista de desarrollo sea factible en los países subdesarrollados; y, por otra, la consolidación de intereses capitalistas nacionales dificulta que la actual clase capitalista se transforme en una vanguardia capaz de conducir el proceso de desarrollo. La paralización afecta a toda la sociedad y el imperialismo estructural impide que tengan éxito los intentos por lograr el desarrollo en alianza con la clase dominante de los países subdesarrollados, la cual —con sus guardaespaldas detrás— puede casi indefinidamente prolongar su situación privilegiada.

Llegamos, entonces, a la conclusión de que la estructura capitalista tiende a imposibilitar el desarrollo del mundo subdesarrollado. Ello no se debe a una inferioridad de los países subdesarrollados. Hay que evitar las teorías que destacan la diferencia que existe entre valores modernos y valores tradicionales para explicar el subdesarrollo, refiriéndolo a un atraso cultural o a un *cultural lag*. Estas teorías no son más que nuevas ideologías creadas para convencer a los países subdesarrollados de que deben seguir aguantando su situación. El sometimiento a este tipo de ideologías redunda en una eterna espera de Godot, que nunca viene.

Los países subdesarrollados poseen desde ya los valores modernos, pues su subdesarrollo se debe al impacto que esos valores tuvieron sobre la sociedad tradicional. El problema consiste más bien en la incapacidad de los países subdesarrollados para actuar conforme a los valores modernos dentro de su estructura capitalista. Destruyendo esa estructura y reemplazándola por otra nueva no capitalista pueden enseguida convertirse en sociedades desarrolladas. El principal obstáculo del desarrollo es la supervivencia de una estructura social caduca pero resistente a cualquier cambio radical debido al apoyo internacional —consciente o no— que recibe. [5]

[5] André Gunder Frank, en su libro ya citado ha insistido marcadamente en la imposibilidad estructural de la vía capitalista de desarrollo. Aceptando el resultado de su análisis no lo podemos seguir enteramente en su argumentación. Lo que Frank rechaza es la explicitación del subdesarrollo como un simple atraso de desarrollo, por el aislamiento de los países respectivos y por

B. LA SOCIEDAD EN VIAS DE DESARROLLO

Antes de seguir adelante, es necesario aclarar el concepto de factibilidad histórica que estamos usando. Hemos hablado de la creciente improbabilidad de que una vía capitalista de desarrollo tenga éxito

---

sus instituciones precapitalistas. Toda esta crítica nos parece obvia y convincente. Pero tampoco nos convence la explicación del subdesarrollo que Frank propone.

Frank ve la causa principal del subdesarrollo en la polarización entre metrópoli y satélites dentro del mercado capitalista mundial que lleva a la expropiación-apropiación del superávit económico. Por lo tanto, interpreta el subdesarrollo como algo intrínseco a la sociedad capitalista en todas sus etapas. Hasta llega a concebir la existencia del subdesarrollo antes de la Revolución Industrial, como consecuencia del colonialismo español en Latinoamérica. Es éste el punto donde toda su concepción llega a ser problemática. El subdesarrollo de repente vuelve a ser un simple efecto de la dependencia y de la explotación y pierde su especificidad histórica, que se encuentra precisamente en el hecho de que es producido por el encuentro y el choque entre una sociedad tradicional no desarrollada y una sociedad capitalista desarrollada. En la definición de Frank el subdesarrollo llega a ser otra vez un fenómeno que acompaña a toda la historia humana y no solamente a una de sus épocas. Pero como vimos, la explotación-apropiación de un superávit económico no puede explicar sino un atraso en el desarrollo. La categoría del subdesarrollo únicamente puede surgir después de la Revolución Industrial, que origina un continuo progreso técnico-económico creando un abismo entre sociedad capitalista desarrollada y sociedad subdesarrollada, abismo que ésta no puede franquear dentro de estructuras capitalistas.

La falla de Frank parece radicar, por lo tanto, en su definición de subdesarrollo a partir de la explotación económica, en vez de concebirlo a partir del sistema capitalista mundial como mecanismo de coordinación del trabajo en un contexto de progreso técnico-económico. Solamente esta segunda definición permite vincular el subdesarrollo directamente con la estructura capitalista dentro de la cual nace. La primera definición se queda en la pura apariencia y lleva implícitamente a proponer políticas internacionales análogas a las de ordenamiento del mercado agrario dentro de los países capitalistas desarrollados. Si no hubiera explotación, según Frank, no podría haber subdesarrollo. Pero eso no es convincente. El subdesarrollo más bien parece ser la causa de la explotación que se efectúa a través del mercado capitalista internacional. Por eso, a nuestro juicio, es más convincente concebir el subdesarrollo a partir del abismo existente entre países capitalistas desarrollados y países subdesarrollados: el problema de la explotación pasa a segundo plano y la forma en que se coordina la división del trabajo al primero.

en América latina y de la imposibilidad de adoptar un camino semejante. Las dos expresiones tomadas en su sentido estricto parecen excluirse mutuamente. Pero cuando se habla de factibilidad histórica no se hace referencia a algo parecido a la factibilidad física. La factibilidad histórica debe ser entendida siempre como una tendencia previsible, como una probabilidad. Lo que históricamente es factible puede ser que no suceda y aquello que históricamente no es factible puede acontecer. En física, por ejemplo, no es factible que una piedra en vez de caer se eleve. Así también, por ejemplo, es imposible extirpar las relaciones de poder entre los hombres. Hay que distinguir bien esta factibilidad principal que no admite excepciones, de la factibilidad histórica que es un concepto de probabilidad proveniente de la evaluación racional de una determinada situación histórica y que, por lo tanto, es siempre ambigua.

La razón de esa ambigüedad es que la factibilidad histórica depende de elementos voluntarios: la toma de conciencia de los grupos sociales, su espíritu de sacrificio y su grado de cohesión interna, etc. Aquélla es siempre obra de los hombres, los que a su vez se encuentran condicionados por la situación histórica en que viven. El hombre no sólo sufre la historia sino que también la hace.

La factibilidad de la vía de desarrollo capitalista y la de una vía no capitalista de desarrollo son de carácter histórico. Los elementos voluntarios juegan un papel primordial en su determinación. No quiere ello decir, sin embargo, que en cada momento histórico pueda ocurrir cualquier suceso. A lo largo del tiempo caducan ciertas formas de organización social, reaparecen algunas antiguas, surgen otras nuevas. Cualquier cambio produce una alteración de las factibilidades históricas del mantenimiento o la instauración de una forma determinada de organizar la sociedad. Tal cosa ocurre hoy en las relaciones entre desarrollo y subdesarrollo. Puede decirse que en la actualidad no es factible que un país renuncie a su desarrollo. Este juicio expresa una factibilidad histórica, en la cual los elementos voluntarios son casi inexistentes. Difícilmente se puede imaginar una excepción a este juicio, porque la renuncia al desarrollo significa optar por el subdesarrollo, es decir, por una descomposición creciente de la sociedad.

Por lo tanto, es legítimo hablar de leyes de la historia que expresan los marcos de factibilidad existentes en cada época y coyuntura.

El elemento voluntario de ambigüedad varía según sea el grado de abstracción en que se formula la ley. El principio mencionado de la necesidad de desarrollo de todos los países, está expresado en forma tan abstracta y general que los elementos voluntarios no influyen en él. Pero en cuanto entramos en la discusión de las vías de desarrollo, nos encontramos en un plano menos abstracto y, por lo tanto, más ambiguo y voluntarista. Decir que la vía capitalista en el actual momento histórico no tiene posibilidad de éxito, es un juicio que admite excepciones. Pero ellas tampoco son totalmente arbitrarias: sólo pueden surgir en situaciones muy especiales y bajo condiciones *sui generis*.

Estas leyes no implican una determinación a priori de la voluntad humana. Su significación consiste en que sirven de pautas a la acción de los hombres. Esto quiere decir que una actuación consciente realizada conforme a una ley histórica tiene más posibilidades de éxito que otra contraria a ésta. La ley histórica, por lo tanto, no expresa algo que de todas maneras va a acontecer, sino que es una pauta útil para solucionar los problemas que surgen de la realidad misma.

Por eso es necesario vincular el concepto de ley histórica con el de factibilidad histórica. El primero expresa aquello que tiene más factibilidad en un momento histórico dado. El concepto de ley histórica se vincula con el de fin. La ley histórica al señalar una factibilidad, expresa a la vez la relación existente entre una situación presente y un fin histórico. Los fines históricos subyacentes en las leyes históricas tampoco son arbitrarios y totalmente voluntarios; son más bien un producto del mismo proceso histórico. Surgen de las disfunciones existentes en la coordinación de la sociedad y se imponen —como las leyes históricas— sin ser arbitrariamente elegidos. Volviendo al ejemplo de la relación entre subdesarrollo y desarrollo, nos damos cuenta de que este no es un fin voluntariamente escogido; se impone debido a las disfunciones de la sociedad subdesarrollada. En términos similares podemos referirnos a la otra ley histórica mencionada, diciendo que la vía no capitalista de desarrollo no es una elección arbitraria de los grupos políticos fundada en valores irracionales, sino que la sociedad no capitalista es el fin lógico del desarrollo del llamado Tercer Mundo debido a las disfunciones que presenta.

En cuanto a la elección de los fines de la actuación política también vale lo dicho sobre las leyes históricas. Mientras más abstracta

sea la forma en que se expresa el fin, menos importancia tienen los elementos arbitrarios y voluntarios en su determinación. Cuando la acción persigue fines muy específicos, aparentemente desaparece todo condicionamiento histórico.

Estas reflexiones deben ser tenidas en cuenta para la comprensión del siguiente análisis sobre la factibilidad de los diferentes tipos de vías de desarrollo. Intentaremos estudiar los criterios básicos conforme a los cuales se puede decir que una sociedad subdesarrollada ha pasado a ser una *sociedad en vías de desarrollo*. Esta última la hemos definido como aquel tipo de sociedad que ha tomado las medidas necesarias y suficientes para seguir un proceso continuo de desarrollo. Por lo tanto, el país en vías de desarrollo no es ni un país desarrollado ni uno subdesarrollado. Ha destruido los mecanismos estructurales del subdesarrollo mediante la adopción de medidas eficaces de desarrollo. La necesidad de concebir la sociedad en vías de desarrollo como una categoría especial, se desprende del análisis del *impasse* del subdesarrollo. Para llegar al desarrollo hay que dar un salto que solamente es factible si se toman las medidas adecuadas. Vimos las dificultades que presenta la estructura capitalista para que ese salto se produzca, originadas en el hecho de que sólo admite un desarrollo gradual, interdependiente y simultáneo de la técnica, de las actitudes y de la conciencia ideológica.

Tenemos que ver ahora cómo se intenta solucionar el problema del subdesarrollo manteniendo la estructura capitalista. Al respecto se presentan diferentes alternativas, entre las cuales vamos a destacar dos. La primera alternativa está constituida por el *populismo* y la *social-democracia*, los que debido a sus fuertes contradicciones internas vienen a ser sólo una forma más en que se expresa el *impasse* del subdesarrollo. La segunda alternativa se refiere a una *reacción violenta* en contra de los intentos democráticos por lograr el desarrollo capitalista, fruto del fracaso de esos intentos en todo el continente latinoamericano. Esta segunda alternativa está representada por las *dictaduras militares* de tipo neofacista, que ven en el poder autoritario y antipopular y en la presión militar sobre la clase capitalista, las últimas posibilidades de éxito de una vía capitalista de desarrollo. Una vez terminado el análisis de los diferentes tipos que

presenta la vía capitalista de desarrollo, pasaremos a analizar la vía no capitalista de desarrollo.

a) *El* impasse *del subdesarrollo: marginalidad y populismo*

Analizando el *impasse* del subdesarrollo, hemos llegado a concluir que éste es consecuencia de la no funcionalización de una sociedad —sus estructuras, valores y la autointerpretación ideológica correspondiente—, hacia el progreso técnico-económico, debida a su estructura capitalista dependiente. Esta falla repercute en todos los planos de la estructura social. En este acápite nos interesa estudiar la relación de clases que se da en una situación de subdesarrollo como la latinoamericana.

Lo característico de un país subdesarrollado es que su división en clases no refleja una estratificación funcional de la sociedad como ocurre en los países desarrollados, sean capitalistas o socialistas. Toda estratificación funcional se basa en la existencia de un grupo social dotado del poder suficiente para orientar la actividad de la sociedad en sus diversos planos —praxis y pensamiento— hacia el progreso técnico autosustentado y acumulativo. El grupo capaz de llevar a cabo tal tarea es el conductor de cualquier sociedad moderna. En la sociedad capitalista desarrollada esa función es cumplida por la clase capitalista, que funda su poder en la propiedad privada, la que legitima una especie de poder aristocrático, democráticamente no responsable. Tal tipo de poder domina no solamente porque subordina y explota al resto de la sociedad, sino principalmente porque funcionaliza a la sociedad entera —con todos sus conflictos— hacia el progreso. En el socialismo burocrático el poder dominante está en manos de la burocracia socialista, cuyo poder es legitimado mediante el principio del centralismo democrático, el cual le permite tomar las decisiones fundamentales autoritariamente sustrayéndolas del consenso popular. Usar también para el socialismo burocrático el concepto de clases, es sólo una cuestión de conveniencia. La teoría marxista de las clases reservó este término a la estratificación funcional del sistema capitalista caracterizado por la apropiación individual de la ganancia empresarial. Pero, por otra parte, la teoría marxista tiene sus deficiencias y limitaciones: dio demasiada importancia a la función opre-

siva y explotadora de la clase capitalista, sin considerar suficientemente su tarea de orientar la sociedad hacia el progreso técnico-económico; también tomó muy poco en cuenta el problema de la legitimación externa y no democrática del poder de la clase capitalista. Estas flaquezas de la teoría marxista de las clases existen tendencialmente en el mismo Marx, pero solamente se consolidaron en tiempos posteriores llegando a ser los instrumentos típicos de la argumentación marxista. La dogmática soviética actual, basada en esta orientación, puede dar un salto mortal en la lógica de su autodefensa ideológica: niega la aplicación del término clase a la burocracia socialista que desempeña una función análoga a la realizada por la clase capitalista que, al igual que ella, prescinde del consenso popular para legitimar su poder. Tal era el ideal que Marx abrigaba sobre la sociedad socialista.

La estratificación funcional parte de la constitución de un grupo social que tiene a su cargo funcionalizar la sociedad hacia el progreso técnico-económico. Alrededor de este grupo —al que podemos llamar clase funcional dominante— en todos los casos en que la legitimación de su poder sea externa y no democrática, se forman los otros grupos funcionales de la sociedad. En la sociedad de clases, sea de tipo capitalista o de tipo socialista-burocrático, esos grupos forman las clases funcionales dominadas, que pueden expresar sus reivindicaciones exclusivamente dentro de los límites que la clase dominante fija: existe un verdadero marco institucional-funcional de los conflictos sociales.

La sociedad capitalista desarrollada refleja en sus estructuras la estratificación funcional. Su historia se inicia con la dominación clara y directa de la clase burguesa sobre toda la sociedad. Usando su poder suprime cualquier expresión de algún interés contrario a los suyos. Posteriormente, el Estado se independizó de esta dominación directa de la clase capitalista y, a la vez, surgieron las organizaciones netamente autónomas de las clases dominadas, todo lo cual se realizó siguiendo los mecanismos sociales básicos impuestos por la clase capitalista. El Estado, a pesar de su autonomía, sigue teniendo su fundamento en la función de estabilizar la "iniciativa privada", lo que no es sino un eufemismo para señalar el reconocimiento de la clase capitalista como clase dominante de la sociedad. En un sentido similar, las clases dominadas continúan sometidas a la clase capitalista a través de la institucionalización de los conflictos industriales, que

presupone la aceptación por parte de aquéllas de la función conductora de la clase capitalista y las correspondientes concesiones de ésta para mejorar la situación económica y social de las clases dominadas. De esta manera, y mediante un hábil manejo de la opinión pública, la clase capitalista logra una especie de consenso respecto del sistema mismo y de su propio papel dominante. Ese consenso es en el fondo, contradictorio: el pueblo está de acuerdo con ser dominado por grupos democráticamente no legitimados, y al mismo tiempo acepta la democracia política como forma de gobierno. De hecho, la democracia sigue existiendo parcialmente, sometida constantemente a la supervigilancia de la clase dominante no democrática. Se está en presencia de una "voluntad general" enajenada o, como se llegó a decir en EE. UU., del fin de las ideologías, que no es otra cosa que la ideologización total de la sociedad.

Nos parece fundamental destacar que en el desarrollo capitalista del siglo XIX, la clase dominante siempre tuvo la fuerza suficiente para orientar a la sociedad hacia el progreso técnico-económico, pudiendo, en cada momento, defenderse eficazmente de las tendencias revolucionarias que amenazaban su dominación. Precisamente en este punto esencial falla el capitalismo de los países subdesarrollados. La estructura de clases de un país subdesarrollado no refleja una estratificación funcional de la sociedad, sino que muestra una pura relación de subordinación y explotación. Existe una clase dominante capitalista sin la vocación ni la fuerza necesarias para conducir un proceso de desarrollo; al contrario, ella impide ese proceso. Faltando, entonces, un poder capaz de funcionalizar la sociedad hacia el progreso técnico-económico, las clases dominadas y el mismo Estado tampoco juegan papeles funcionales. El resultado de ello es ese fenómeno de atrofia que analizamos en el capítulo anterior: el *impasse* del subdesarrollo.

La estratificación en clases resultante de esta situación, podríamos llamarla *estratificación nominal*: hay clases, pero no en el verdadero sentido de la palabra; hay lucha de clases, pero no es un motor del progreso técnico-económico.

La sociedad capitalista subdesarrollada tampoco es capaz de dar ocupación a las masas populares en el proceso productivo, lo cual origina un fenómeno que se ha dado en llamar la *marginalidad*. Para

aclarar este fenómeno hace falta exponer con más detalles la estratificación nominal de clases existente en cualquier país subdesarrollado. Por una parte está la clase dominante, que se compone de tres tipos de elementos: a) los capitalistas tradicionales reclutados sobre todo entre los grupos terratenientes; b) los capitalistas urbanos ligados con el comercio internacional, que se hallan estrechamente vinculados con los anteriores y que controlan las exportaciones e importaciones; c) los capitalistas industriales surgidos después de la gran crisis mundial de 1929 junto con los primeros esfuerzos masivos de industrialización realizados en América latina. Los dos primeros grupos constituyen la clase dominante tradicional, que existe en Latinoamérica desde el tiempo de la colonización. Hasta la independencia de América latina esta clase es el exponente típico del imperialismo ibérico de explotación. Durante el siglo XIX se transforma en la principal cabeza de puente de las influencias del mundo capitalista desarrollado que produjeron el subdesarrollo de los países latinoamericanos. Solamente en el último medio siglo se constituye el tercer grupo de la clase dominante basado en el capital industrial. Los primeros esfuerzos de industrialización de Latinoamérica son muy superficiales y no alteran la situación anterior de dependencia. Esta nueva clase capitalista no logra imponerse a las otras y acepta compartir su posición de dominación. La clase dominante resultante no es homogénea, pues no se preocupa por resolver sus conflictos internos, sino por estabilizar sus privilegios.

La composición de las clases dominadas corresponde a las principales subdivisiones de la clase dominante. Existe, primeramente, el grupo de los *incorporados* al sistema, compuesto por los empleados públicos de planta (que son inamovibles) y por el proletariado sindicalmente organizado. Este grupo es el que se encuentra más comprometido con la sociedad existente. Su posición social se acerca, por lo tanto, a la del proletariado de los países capitalistas desarrollados, pero sin que exista un acuerdo incondicional de ellos con la clase dominante. Dentro de este grupo se pueden distinguir los grupos *integrados* y los grupos *rebeldes*. En segundo lugar, puede señalarse la existencia del *subproletariado urbano*, que se define por su desempleo disfrazado y que se expresa en las formas más diversas. La condición del subproletariado se encuentra más cerca de la del incorporado, aunque llega frecuentemente hasta la miseria absoluta. No

es un grupo estructurado. Junto a los grupos urbanos incorporados y al subproletariado, se distingue una tercera subdivisión de la clase dominada: el *campesinado* que vive en una estructura agraria tradicional. La existencia mayoritaria del campesinado y la supervivencia de una estructura agraria semifeudal son muestras palpables de cómo la estructura capitalista no ha podido transformar la economía subdesarrollada en una economía dinámica.

El análisis de la estratificación nominal de clases nos proporciona las herramientas necesarias para enfocar el problema de la *marginalidad.*[6] Podemos hablar de grupos marginales refiriéndonos a los dos subgrupos de la clase dominada, que no están incorporados en la sociedad capitalista. La incorporación se define —principalmente— por el empleo estable, la representación organizada y la vinculación con el sector capitalista de la sociedad. En último término, la forma de trabajar o el modo de producción determinan el modo de participación y el grado de incorporación de los diversos grupos a la sociedad.

Esta última comprobación debe ser profundizada. El concepto de marginalidad contrapone la dicotomía existente entre clase dominante y clase dominada, la nueva dicotomía entre sociedad participante y marginados. La sociedad participante se compone de la clase dominante y de los grupos incorporados de la clase dominada y representa, por lo tanto, un núcleo pluriclasista contrapuesto a las capas no incorporadas de la clase dominada, o sea, al subproletariado y al

[6] El término marginalidad se ha venido empleando cada vez más frecuentemente en América latina. Primero se lo utilizó para designar a los grupos de "pobladores" surgidos en la periferia de las grandes ciudades latinoamericanas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. El término marginal se refería directamente a la calidad de "poblador", cuyo rasgo definitorio es su capacidad de poblar y cuyo problema vital consiste en lograr una ubicación en la metrópoli. Después se empleó el término en un sentido más amplio, que lo acercaba al concepto de clase, al destacar que la marginalidad se caracteriza por la falta de participación tanto en la recepción de los bienes y beneficios de la sociedad, como en la determinación de las decisiones fundamentales que afectan a ésta. Este es el sentido en que DESAL usa el término marginalidad, abarcando no sólo al poblador sino también al campesino tradicional —inquilino y minifundista—. Pero el concepto "desaliano" de marginalidad no destaca suficientemente que la base de toda participación es el trabajo.

campesinado tradicional. Pero, para el uso acertado del concepto de marginalidad en el sentido expuesto, es decisivo comprender que ella es un producto de la estratificación nominal de clases del país subdesarrollado, concomitante con la falta de funcionalización de la sociedad hacia el progreso. Solamente así evitaremos caer en el simplismo de concebir el subdesarrollo como una contraposición entre sociedad moderna y sociedad tradicional, que es considerada análoga a la dicotomía entre centro-capitalista mundial y países subdesarrollados periféricos.

Un enfoque simplista de la marginalidad nos conduciría a propiciar su solución mediante un puro esfuerzo por incorporar los marginales a la sociedad participante, sin ver que la estructura misma de esa sociedad es la que produce la marginalidad. La tarea de simple incorporación de los sectores marginados sería, por lo tanto, un trabajo de Sísifo. La estructura capitalista de la sociedad participante rechaza continuamente dicho esfuerzo, con lo cual el subdesarrollo y la marginalidad aumentan. No se logra, entonces, ni integración social ni desarrollo; en el mejor de los casos —bajo condiciones muy especiales— podría alcanzarse la incorporación de la mayoría de la población a la sociedad del país subdesarrollado, es decir, una eventual "argentinización" de la sociedad: una sociedad subdesarrollada y a la vez, sin marginalidad. El logro de tal meta traería la consolidación atrofiante de una sociedad estéril. Disminuirían, pues, las posibilidades de realizar los cambios profundos que el desarrollo exige, pues se reforzaría la estructura capitalista de la sociedad.

El punto de partida para analizar la marginalidad es concebir la estructura capitalista como su causa determinante, tal como ella es también la causa del subdesarrollo. La estructura capitalista, al imposibilitar la transformación de una estratificación nominal de clases en una estratificación funcional, produce el subdesarrollo y, a la vez, la dicotomía fatal entre sociedad participante y mayorías populares marginales. En el afán por salvar su situación amenazada, la clase dominante, carente de todo apoyo interno, busca el sostén en el imperialismo estructural de los países capitalistas desarrollados. Estos suplen la ineficencia de las clases dominantes del país subdesarrollado con la amenaza de una posible intervención militar y con la adopción de una serie de medidas destinadas a estabilizar una estructura que por sí sola no podría seguir existiendo.

Esta situación lleva a que se entable una especie de *lucha de liberación* contra la clase capitalista nacional y el imperialismo externo.

Este cuadro parece en la actualidad ser común a todo el mundo subdesarrollado. Si bien el término marginalidad solamente suele ser usado en Latinoamérica, otros países presentan fenómenos análogos. Podríamos citar como ejemplo el cuadro dicotómico en que se realizó la Revolución China, configurado fundamentalmente por la tensión entre el campo y la ciudad. Durante esa revolución se mantienen algunos restos del concepto soviético ortodoxo de que siempre el proletariado es la vanguardia del proceso revolucionario, pero de hecho ese papel es desempeñado por el campesinado, que protagoniza una guerra de liberación en contra de las ciudades. Más cerca de la realidad latinoamericana se encuentra el concepto argelino de guerra de liberación. La sociedad dicotómica argelina enfrenta a un campesinado tradicional y a un subproletariado con la parte de la sociedad que representaba la dominación colonial. La parte extranjera de la sociedad se parecía mucho a la sociedad participante latinoamericana: también era pluriclasista, pues incluía a la clase dominante, formada principalmente por franceses, y a los trabajadores argelinos de los grandes centros urbanos. Mientras en China se contraponen campo y ciudad —lo que se explica por la dominación férrea de las ciudades por parte del régimen terrorista de Chang Kai Chek— en Argelia la lucha de liberación penetra en el ámbito urbano apoyándose en el subproletariado. La diferencia entre el concepto latinoamericano y el concepto argelino se encuentra, entonces, en el hecho de que en Latinoamérica la clase dominante no es colonial ni extranjera, sino que se recluta dentro de los nacionales del país, pero con una clara orientación extranjerizante.

Partiendo de la dicotomía que presenta la marginalidad y teniendo presente a la vez la estratificación nominal de clases, tenemos que abordar ahora el problema de los agentes de cambio necesarios para que la sociedad subdesarrollada pase a ser una sociedad en vías de desarrollo, lo cual implica que sea también una sociedad en proceso de integración.

Si pasamos revista a las diferentes clases mencionadas, podemos verificar que ellas presentan grandes diferencias en cuanto a su posición frente al cambio social. Si nos fijamos en la clase dominante, la

única facción de ella que posiblemente podría favorecer un proceso de cambio es la clase capitalista industrial. Pero la disposición al cambio de esta clase tiene una limitación muy rígida: la estabilidad del sistema capitalista. Si bien esta clase tiene cierta dinámica propia, nunca se adherirá a concepciones y adoptará actitudes económicas y sociales que vayan más allá de una racionalización del sistema económico y social imperante.

La clase dominada no tiene esta limitación. Ella puede ser movilizada tanto en favor de una racionalización del sistema social existente, como también puede serlo para romper con la estructura capitalista y reemplazarla por otra. No tiene razones intrínsecas para oponerse a un cambio radical, como la clase capitalista. Pero también hay que tener en cuenta los diferentes grados posibles de inclinación al cambio de estas clases. En general, podemos suponer que la disposición a la radicalización crece en proporción con el grado de marginalidad. Por lo tanto, es más grande en el campesinado que vive dentro de estructuras tradicionales, y en el subproletariado. Esto explica por qué todas las revoluciones latinoamericanas tienen como principal protagonista el campesinado, aunque no haya sido el único... Por otra parte, tanto como crece el grado de incorporación de un grupo al sistema, así aumenta su tendencia a llevar la lucha de clases en forma reivindicatoria, lo que explica por qué muchos de los sindicatos más fuertemente organizados en Latinoamérica actúan presuponiendo la mantención del sistema social existente: los trabajadores representados por esos sindicatos se encuentran en una situación de privilegio relativo parecida a la de las clases obreras de los países capitalistas desarrollados.

La inclinación de las clases dominadas al cambio resulta de la combinación de dos factores variables. Por una parte, la tendencia de la sociedad participante a incorporar a los marginados para evitar su inclinación al cambio radical de la estructura capitalista. Se concibe —siguiendo esta tendencia— la incorporación de los marginados a la sociedad como una tarea que requiere una simple apertura de ésta y un trasplante de la cultura vigente a los grupos marginados. Se trata pues, de un proceso en el cual la sociedad participante manda sus agentes de promoción hacia los grupos marginados. Los agentes "externos" organizan a los grupos y canalizan su actividad hacia el com-

promiso con la sociedad participante mediante la aceptación de sus valores básicos. Pero como esos valores no corresponden a estructuras realmente eficaces para superar la marginalidad, este intento fracasa y redunda en una domesticación de los marginados gracias a la neutralización de su disposición al cambio radical. El agente externo se convierte en el realizador de una nueva yuxtaposición cultural sobre las masas populares.

Existe otra forma de determinar la inclinación de las clases dominadas al cambio, que se basa en la detectación en el sector popular de los valores contrarios a los de la sociedad participante. Son también valores modernos, pero se orientan hacia estructuras no capitalistas, dando origen a una tendencia "revolucionaria". Esta tendencia propende también a la organización de los marginados y busca que toda la clase dominada reconozca sus valores propios. Para que esta segunda tendencia tenga éxito en la organización de la clase popular, sus agentes —pese a que muchas veces pertenecen a las clases incorporadas— deben lograr el aglutinamiento y difusión de los valores populares en su forma no capitalista. Así se concreta el rechazo del pueblo a incorporarse a la sociedad participante, y se canaliza su energía hacia la unificación de toda la clase dominada para alcanzar un proyecto histórico de una nueva sociedad, radicalmente distinta de la existente en el país subdesarrollado. Este proceso constituye una verdadera concientización popular —que corresponde también a la organización popular— fundada en una concepción del cambio social necesario para superar la marginalidad radicalmente distinta de aquellas que propician una simple apertura de la sociedad participante, mediante la racionalización de sus estructuras básicas.

El análisis de estas dos tendencias nos indica claramente cómo se relacionan las dos dicotomías que caracterizan a la sociedad subdesarrollada: la dicotomía de las clases y la que existe entre sociedad participante y marginalidad. La dicotomía de la marginalidad se debe al hecho de que la de las clases sea puramente nominal y, a la vez, es la causa de que la sociedad subdesarrollada no logre y no pueda convertir la dicotomía nominal de las clases en una dicotomía funcional manteniendo el sistema capitalista. La dicotomía de la marginalidad es un subproducto de la de las clases y desaparecerá en el proceso de desarrollo, que exige necesariamente una transformación de

la dicotomía nominal de clases en algún tipo de estratificación funcional de la sociedad.

Volviendo al tema de los posibles agentes de cambio, tenemos que profundizar todavía más el estudio de una posible vía de desarrollo basada en la apertura de la sociedad participante mediante la racionalización de sus estructuras básicas. Esta solución presupone que la fuerza conductora del proceso de desarrollo sea la clase capitalista industrial. Si excluímos por el momento el establecimiento de una dictadura unilateral de la clase capitalista, el camino en análisis sería viable solamente a partir de una coalición entre la clase capitalista industrial y las clases populares. Los diferentes populismos, los frentes populares, los gobiernos de la social-democracia y los gobiernos de promoción popular son diversas formas de coalición pluriclasistas de este tipo.

La necesidad de una coalición pluriclasista para llevar adelante una vía capitalista de desarrollo en condiciones democráticas, es un hecho nuevo en la historia, característico de los modelos de desarrollo capitalista del siglo XX. Todos los casos anteriores de desarrollo capitalista se llevaron a cabo sin ninguna participación de los movimientos populares o de sus representantes. En aquel entonces el pueblo estaba prácticamente ausente de la toma de decisiones. No tenía capacidad ni posibilidad de expresarse, lo que dio a la clase capitalista la posibilidad de dirigir libremente a sus países. El hecho de que las naciones capitalistas occidentales se desarrollaran adoptando la forma democrática de gobierno, parece contradecir lo afirmado. Pero, de hecho, la democracia sirvió de fachada para ocultar las dictaduras antipopulares, que recién a fines del siglo XIX se convirtieron en democracias representativas y de masas. En el Japón hubo también una ausencia de representación y de conciencia popular, que permitió al régimen autoritario encabezado por la naciente clase capitalista, gozar de un largo período de tranquilidad.

Pero una vez producido el despertar de la conciencia de las masas populares, éste se difundió rápidamente por todo el mundo y penetró también en los países subdesarrollados. La aparición del pueblo en la historia es un hecho definitivo e irreversible. Ninguna estrategia de desarrollo puede contar en la actualidad con la ausencia del pueblo en el acontecer político; éste no se contenta con ser un simple

objeto en manos de la clase capitalista, pese a que se le asegure el logro del desarrollo. El mantenimiento de las formas democráticas durante el proceso capitalista de desarrollo obliga siempre al establecimiento de una coalición entre la clase capitalista industrial y las clases dominadas populares.

Esta coalición pluriclasista puede presentar las apariencias más diversas. Su etapa más primitiva es el *populismo,* en el cual alguna facción de la clase dominante logra a través de la demagogia de un caudillo, un acuerdo espontáneo con las masas populares. El populismo se realiza mediante una transacción: las masas populares aceptan el mantenimiento de las estructuras básicas del sistema capitalista a cambio de ciertas concesiones materiales. Es una forma de régimen que quiere dar todo a todos y que fatalmente llega a un *impasse* cuyas contradicciones sólo pueden solucionarse en favor de una clase, lesionando los intereses de las otras. Por ejemplo, el crecimiento industrial llega a poner al régimen populista en la necesidad de favorecer los intereses de la clase capitalista industrial en desmedro de los de las clases capitalistas tradicionales. Surgen, entonces, conflictos internos dentro de la clase dominante, que no pueden solucionarse por concesiones recíprocas. Esta situación se hace más evidente en las relaciones entre la clase capitalista tradicional y el campesinado: cuando el conflicto desemboca en la necesidad de la reforma agraria, la transacción se hace imposible.

Una vez hecha la experiencia del populismo, los que propician la vía capitalista de desarrollo cambian sus métodos: terminan por reconocer que el desarrollo implica conflictos internos y cambios en el poder relativo de las clases y de las facciones de clases. Surge, entonces, en la ideología de la vía capitalista de desarrollo, la idea del *cambio de las estructuras.* Este cambio no se refiere por supuesto a la alteración de las estructuras capitalistas básicas de la sociedad, sino a la racionalización de esas estructuras y a la variación del poder relativo de las clases necesaria para su supervivencia. Por eso cuando la idea del cambio estructural tiene el sentido señalado no es revolucionaria; expresa más bien la necesidad de introducir unilateralmente ciertas reformas en favor de algunos grupos y en contra de otros. Esta concepción del cambio estructural constituye en la actualidad la espina dorsal de la vía capitalista de desarrollo, que reviste o la forma de la promoción popular o la de social-democracia.

Estos dos tipos de vía capitalista de desarrollo afirman que el fracaso del populismo estriba principalmente en que el poder popular no ejerce la presión suficiente sobre el poder político o económico del país para que éste reforme las estructuras con el fin de hacerlas más propicias para el desarrollo capitalista. Al fallar la clase capitalista como fuerza conductora del desarrollo, quieren obligarla a asumir ese papel protagónico mediante la presión organizada y articulada del pueblo.

Las dos formas que pueden revestir la vía capitalista —promoción popular y social-democracia— se distinguen en el fondo únicamente por la diferente manera en que ponderan las posibilidades de la presión popular. La promoción popular subraya sobre todo la organización del pueblo a nivel vecinal, sindical y cooperativo, haciendo especial hincapié en la dimensión social de dicha organización y soslayando la importancia que tiene la presión política a través de partidos propiamente populares. La social-democracia, en cambio, pone más énfasis en la presión sobre el gobierno a través de un partido social-demócrata, para inducirlo a realizar reformas que contribuyan al debilitamiento de las clases tradicionales y al reforzamiento de una nueva clase capitalista industrial. Ambas buscan, pues, reformar las estructuras capitalistas del país subdesarrollado con el fin de racionalizar su funcionamiento y, de este modo, alcanzar el desarrollo.

Pero el mantenimiento de la idea de que una coalición pluriclasista es el instrumento clave para superar el desarrollo y lograr un capitalismo popular, acarrea nuevamente la aparición de una contradicción profunda. La clase capitalista acepta el apoyo popular pero no se convierte en fuerza conductora del desarrollo: resiste por todos los medios la realización de las reformas indispensables y simultáneamente se muestra incapaz de realizar una actividad empresarial racional con una ideología propia. Esta "vía mixta" se enfrenta a un *impasse*. El movimiento popular que ha renunciado a convertirse en fuerza conductora de desarrollo, no tiene ninguna posibilidad de obligar a la clase capitalista a desempeñar ese papel.

Se podría resumir esta contradicción diciendo que proviene de querer en el fondo una sociedad capitalista sin clase capitalista dominante. Se espera que la clase capitalista sea el motor del desarrollo sin darle, al mismo tiempo, la conducción total del proceso.

Todas las contradicciones de la coalición pluriclasista y de la vía mixta se pueden notar en los análisis de Celso Furtado, que quizá sea el autor que más ha tratado de elaborar un concepto racional de desarrollo basado en una coalición pluriclasista. Celso Furtado basa en el fondo toda su argumentación en la tesis de que la dinámica de la sociedad capitalista tiene sus raíces en la lucha de clases. Partiendo de ello, explica el subdesarrollo por la falta de una auténtica lucha de clases en la sociedad latinoamericana, la cual hasta el presente no ha dado lugar al surgimiento de antagonismos de intereses a partir de los cuales pueda formarse una conciencia de clase madura. Así, ni los empresarios ni la clase obrera han llegado a constituirse en clase: carecen de conciencia y de organización.

En cuanto a la falta de una clase empresarial en Latinoamérica, Furtado subraya el hecho de que los capitalistas industriales nunca se confrontaron con los otros grupos de la clase dominante latinoamericana, o sea, con los terratenientes y el capitalismo de comercialización de las materias primas. Furtado no explica este hecho, sino que lo comprueba. "Como el proceso de industrialización se hizo sin un claro antagonismo con los intereses de los grupos vinculados a la vieja agricultura de exportación, no se formó en el país una ideología industrialista capaz de proyectarse significativamente en el plano político... No existían, por consiguiente, condiciones históricas que favoreciesen el surgimiento de una actitud propia de los industriales, en contraste con otros grupos dominantes. Al contrario del modelo clásico del desarrollo capitalista, en el Brasil la industria creció, sin entrar en conflicto con la agricultura en el plano ideológico." [7]

En la clase obrera Furtado nota un fenómeno parecido. Según él la alta elasticidad de la oferta de mano de obra impide el surgimiento de un sindicalismo obrero fuerte y hace fracasar los intentos de las clases populares por organizarse desarrollando una conciencia de clase. "Las circunstancias en que se desarrolló el movimiento obrero contribuyeron también a que no se formara un liderazgo industrial con proyecciones políticas." [8] Los dos fenómenos en conjunto explican según Furtado las fallas principales del desarrollo latinoamericano. "De esta forma, la ausencia de un antagonismo consciente en-

[7] C. Furtado: *Dialéctica del desarrollo*, México, F.C.E., pág. 16.

[8] C. Furtado: *op. cit.*, pág. 16.

tre la clase trabajadora y la clase patronal permitió que los empresarios se habituaran a un clima social análogo al que prevalecía en la agricultura. Las circunstancias no favorecieron la formación de un comportamiento específico en esos empresarios, que contribuyese a diferenciarlos de la vieja clase de los señores de la tierra."[9] Celso Furtado explica todos los problemas del populismo a partir de este fenómeno. Habla del populismo como de una especie de socialismo utópico que solamente desorienta a la clase obrera.[10] El mismo efecto según él tienen los gobiernos fuertes del tipo peronista. "La clase trabajadora deja de tener conquistas para recibir de arriba, a modo de dádiva, todo aquello que le corresponde por el propio interés de la sociedad en su conjunto. Por otra parte, la mayor rigidez de la estructura social reduce la posibilidad de que los conflictos sociales endógenos de una economía capitalista puedan ejercer su fuerza renovadora, lo cual repercute negativamente sobre el desarrollo."[11]

A nuestro parecer la lógica de este análisis debería concluir en negarle a la estructura capitalista la posibilidad de servir como sostén del desarrollo. Pero Furtado no llega a esta conclusión, porque presupone que el desarrollo es un problema de conflictos racionalmente institucionalizados. Esta concepción lo lleva a entender la vía de desarrollo como una tarea de racionalización de los conflictos dentro de la estructura capitalista subdesarrollada. En su libro *Subdesarrollo y estancamiento en América latina* expresa esta posición con toda claridad: "Al contrario del populismo, el socialismo latinoamericano tendrá que partir de grandes movimientos de masas heterogéneas, para introducir modificaciones en la propia estructura del poder político, que deben ser estratégicamente orientadas para provocar procesos acumulativos de irreversibilidad creciente. Dicha irreversibilidad sólo puede ser conseguida mediante modificaciones de la estructura económica que debe ser entendida como un sistema de decisiones controladoras de la organización de la producción y de la utilización de la renta nacional...

Una acción política apoyada en la movilización de masas heterogéneas y capaz de orientarse en función de objetivos a largo plazo,

[9] C. Furtado: *op. cit.*, pág. 17.
[10] C. Furtado: *op. cit.*, pág. 82.
[11] C. Furtado: *op. cit.*, pág. 83.

requiere una sólida preparación ideológica... Es la combinación del contenido ideológico con la solidez de organización lo que permite a un movimiento de masas crecer sin perder su unidad y conservarla al mismo tiempo, sin transformarse en juguete en las manos de ocasionales líderes personalistas. La falta de contenido ideológico ha sido la principal característica de los movimientos de masas heterogéneas surgidas en América Latina, lo que explica su rápida degeneración en populismo.

La sustancia ideológica del socialismo latinoamericano será seguramente extraída de la conciencia crítica formada en la lucha por superar el subdesarrollo." [12]

Lo problemático de esta concepción consiste en proponer la construcción de una sociedad capitalista latinoamericana a partir de una ideología de las masas. Es el ideal de una sociedad capitalista no construida por la clase capitalista dominante. En este sentido, se trata de un concepto contradictorio, que de hecho adolece de todos los problemas del mismo populismo. Detrás del raciocinio de Furtado está latente el caso de la social-democracia de Europa occidental.

La comprobación de esta contradicción en Furtado se puede hacer también a partir de su propio análisis del proceso de industrialización de Europa occidental. Allí él se da perfectamente cuenta de que las fuentes de la dinámica capitalista no se encuentran en el conflicto de clases: "En las primeras fases del desarrollo del capitalismo industrial, caracterizadas por la formación y escenas de una nueva clase dirigente que lucha para afirmarse en el poder contra la influencia de grupos dirigentes apoyados en las estructuras precapitalistas, el impulso acumulativo constituye la fuerza predominante. Esas etapas se caracterizan por una oferta de mano de obra totalmente elástica, cuyo origen se encuentra en la desorganización de la economía artesanal preexistente. Los salarios reales no se benefician de la elevación de la productividad, pero la desorganización del sistema de producción artesanal da lugar a la colocación de una producción creciente de tipo capitalista. Las masas trabajadoras desempeñan un papel relativamente secundario en esta fase del desarrollo, cuyo impulso dinámico emana principalmente de la lucha de la nueva clase dirigente para

[12] C. Furtado: *Subdesarrollo y estancamiento en América latina*, Buenos Aires, Eudeba, pág. 26.

ampliar las bases económicas en que asientan su capacidad de conminación."[13]

Si este análisis es correcto, no se ve por qué Furtado sigue insistiendo en explicar el subdesarrollo por la falta de un conflicto de clases. En Europa la agresividad de la clase popular se desarrolló después de que la clase capitalista echó las bases de la industria que permitieron el consumo de masas. Furtado lo comprueba también: "En las etapas más avanzadas del desarrollo capitalista el polo dinámico tiende a desplazarse hacia el lado de la clase trabajadora."[14] "En su etapa más avanzada, el desarrollo del capitalismo deriva su principal impulso dinámico de la agresividad de la masa trabajadora, que lucha para aumentar su participación en el producto social. Esa agresividad que pone en peligro la tasa de ganancia de la clase capitalista, suscita como reacción el interés por las innovaciones tecnológicas que tienden a reducir la demanda de mano de obra por unidad de producto."[15]

Este análisis de Furtado muestra claramente lo que ocurre en la sociedad subdesarrollada. Las masas se movilizan en un momento en el cual la industrialización capitalista carece todavía de las fuerzas productivas necesarias para integrarlas en la estructura capitalista. La movilización popular impide la formación y consolidación tranquila del poder de la clase capitalista: se produce un verdadero *impasse*. Y no se ve por qué una agudización en la movilización de las masas podría subsanar esta falla de la estructura capitalista. Parece que en tal hipótesis sucedería precisamente al revés. Una vez movilizada la masa popular, la dinámica del desarrollo ya no se puede esperar de ninguna manera de la clase capitalista. La movilización popular en la estructura capitalista no se puede hacer sino en función de reivindicaciones económicas. Pero en el desarrollo se trata más bien de la formación de una nueva actitud de trabajo y una nueva relación con los medios de producción. Una vez movilizado el pueblo, no se ve otra salida para alcanzar el desarrollo que la implantación de estructuras no capitalistas, o sea, socialistas. Esa sería también la lógica del análisis del mismo Celso Furtado.

[13] C. Furtado: *op. cit.*, pág. 66.

[14] *Op. cit.*, pág. 66.

[15] *Op. cit.*, pág. 67.

Esta vía mixta de desarrollo tiene otra variante muy parecida que destaca el problema de la dependencia y del imperialismo: es la variante del *frente popular* propiciado por los partidos comunistas que siguen la línea Moscú. El frente popular cree también en la factibilidad de la vía capitalista de desarrollo y de la coalición pluriclasista propia del capitalismo popular. Busca el aglutinamiento de las clases alrededor del antiimperialismo afirmando que la dependencia es un problema que afecta por igual a la clase capitalista industrial y a las clases populares. Al propiciar la estrategia del frente popular, el partido comunista renuncia temporalmente al cambio de la estructura capitalista y colabora en su racionalización subrayando especialmente el carácter antiimperialista de las medidas reformistas. La alteración profunda de la estructura capitalista debe ser realizada una vez que ésta haya dado de sí todo lo posible: el socialismo pasa por el capitalismo. La revolución no puede ser independiente de las condiciones objetivas de la infraestructura. Pero en el frente popular la debilidad de la coalición pluriclasista se hace más patente. Si bien la clase capitalista nacional también ve afectados en cierta medida sus intereses por el imperialismo, ella sabe que la estabilidad interna del país es una estabilidad prestada desde afuera, cuyo futuro depende del apoyo que le preste el imperialismo estructural internacional. En relación con el frente popular, entonces, reacciona igualmente en forma negativa: no adopta actitudes desarrollistas.

El fracaso de las coaliciones pluriclasistas nos coloca una vez más frente al *impasse* del subdesarrollo, analizado anteriormente en relación con las estructuras del país subdesarrollado. Se produce también cuando el país subdesarrollado trata de pasar a ser una nación en vías de desarrollo. Pero las sociedades en las cuales la coalición pluriclasista alcanza el poder no salen del subdesarrollo y, por lo tanto, no son sociedades en vías de desarrollo; son sociedades que conscientemente buscan un camino que les permita alcanzar el desarrollo. En esto último se distinguen claramente de las sociedades tradicionales, que no perciben la necesidad de poner en práctica una política consciente de desarrollo. El *impasse* que no pueden superar las coaliciones pluriclasistas nos indica que ellas no son capaces de realizar una política eficaz de desarrollo.

Las dos clases opuestas —la clase capitalista dominante y la clase popular dominada— se ven obligadas a redefinir su papel ante el fracaso de los intentos realizados para superar un subdesarrollo que se hace crónico. Surge, entonces, la conciencia de que hay que buscar el desarrollo o a través de una vía puramente capitalista o mediante una vía claramente popular y no capitalista. *Tertium non datur.*

La clase capitalista empieza a orientar su esfuerzo para iniciar no una vía mixta de desarrollo, sino una decididamente capitalista y, por lo tanto, francamente antipopular. Se da cuenta de que la organización popular durante el proceso de desarrollo es incompatible con la estructura capitalista: la vía capitalista necesita el sometimiento incondicional del pueblo. Cualquier organización popular fuerte siempre es ambigua frente a la estructura social debido a la doble tendencia ya analizada, lo que provoca un espíritu de vacilación y duda dentro de la clase capitalista. Su incertidumbre le impide ser una fuerza conductora del desarrollo. Este fenómeno es común a todos los intentos de desarrollo capitalista a través de las coaliciones pluriclasistas. Después de un tiempo, ella siempre termina por descubrir su esencia: ser profundamente antipopular. Las coaliciones pluriclasistas han concluido fatalmente en algún tipo de dictadura antipopular.

En el momento histórico actual no parece factible continuar por el mismo camino que siguieron en el siglo XIX las democracias occidentales. Detrás de las formas democráticas existía de hecho un régimen antipopular dominado por la clase capitalista. Como hoy esta forma de democracia es imposible, la vía capitalista —a pesar suyo— desemboca en regímenes abiertamente antipopulares. El reino de las apariencias cede el paso ante la cruda realidad. La clase capitalista de los países subdesarrollados se une, por lo tanto, con los grupos militares y establecen una dictadura capaz de asegurar el carácter antipopular de la estructura capitalista. Surgen, entonces, las dictaduras militares desarrollistas que procuran realizar una política capitalista de desarrollo, la cual, en la actualidad, no es concebible fuera de los marcos de una dictadura militar. El establecimiento de un tipo de régimen autoritario y castrense es la única posibilidad —aunque insegura— de que pueda tener éxito una vía

capitalista de desarrollo. La dictadura militar permite poner en práctica una política de desarrollo que requiere la supresión de las organizaciones populares o la canalización del despertar popular hacia organizaciones poco combativas y poco politizadas. Los conflictos que se entablan entonces con los movimientos populares que no están dispuestos a someterse, originan automáticamente o acentúan la tendencia "fascistoide" que toda dictadura militar desarrollista tiene.

La clase popular, en cambio, empieza a desarrollar su propia ideología, renunciando también a la coalición pluriclasista y negando a la clase capitalista su función de fuerza conductora del proceso de desarrollo. Empiezan las discusiones y los proyectos de una vía no capitalista de desarrollo. Para el movimiento popular es imposible, a priori, la idea de una dictadura antipopular como forma de tránsito hacia el desarrollo. No tiene, pues, otra alternativa que replantearse de nuevo toda la problemática del desarrollo y dedicarse a la elaboración de un proyecto de desarrollo en el cual las fuerzas populares tomen a su cargo la conducción del proceso. Previamente esas fuerzas han comprendido que la estructura capitalista es el principal obstáculo que encuentran en su camino; de donde resulta que el cambio estructural y las consiguientes alteraciones en el poder económico, constituyen la base de una vía de desarrollo eficaz. La ilusión del desarrollo capitalista desaparece y se dan los primeros pasos hacia la revolución.

Con la aparición de estas dos alternativas excluyentes comienza el fin del período de los compromisos y se inicia una lucha abierta entre las clases por definir una vía de desarrollo adecuada.

b) *La vía capitalista de desarrollo: la dictadura antipopular*

Frente a la disyuntiva entre una vía capitalista de desarrollo sin participación popular y una vía no capitalista de desarrollo basada en la movilización popular, el sistema capitalista opta por la primera. Surge, entonces, la dictadura militar antipopular y desarrollista, tal como la brasileña o argentina. Este tipo de dictadura militar tiene muchos rasgos nuevos que la distinguen de las dictaduras militares anteriores. Primeramente, su acción no se limita a una pura

alteración del poder político que pasa a manos de camarillas militares que lo ejercen en representación de la oligarquía nacional. El tipo tradicional de dictadura militar en Latinoamérica era una dictadura no ideologizada y con una acción débil y de escaso alcance en cuanto a los cambios estructurales. Ella era tan sólo un reflejo del poder económico existente. No pretendía realizar ningún proyecto político racional. El nuevo militarismo aparecido en América latina difiere radicalmente del anterior, pero no se asemeja tampoco al tipo prusiano que militariza la economía para llevar a cabo una guerra exterior y que convierte a toda la sociedad en un instrumento bélico. El nuevo militarismo latinoamericano también habla de "guerra total" que exige la preparación de la sociedad, pero esta guerra total se entabla contra el propio pueblo. La militarización de la sociedad se hace para contrarrestar el ímpetu popular por participar en la vida política. Es la guerra en contra de la *subversión*.

Para comprender la significación de este nuevo tipo de militarismo y de su carácter fascistoide, hace falta enfocar su estudio a la luz del *impasse* del subdesarrollo que enfrenta América latina. Anteriormente hemos afirmado que una integración popular solamente es factible en la medida en que el país subdesarrollado entre en una vía efectiva de desarrollo, y señalamos también que ese cambio fundamental solamente puede lograrse mediante una estratificación funcional de la sociedad, cuyo punto clave es la formación de un grupo empresarial capaz de dinamizar la economía. El éxito de la promoción popular depende, entonces, de la promoción empresarial.

El análisis del *impasse* del subdesarrollo nos mostró los obstáculos que impiden o hacen extremadamente difícil en la actualidad la promoción empresarial. El desnivel creciente entre países desarrollados y países subdesarrollados dificulta la autopromoción espontánea de la clase capitalista, porque el proceso de desarrollo necesita dar un salto, hacer una reversión de la sociedad, mientras que la autopromoción de una clase capitalista no puede realizarse sino mediante un progreso gradual, en el cual la técnica, las actitudes y la capitalización se desenvuelven simultánea e interdependientemente. La incapacidad de la clase capitalista para autopromoverse pudo observarse también al analizar la formación y vida de los frentes pluriclasistas que imposibilitan que aquélla tome conciencia de su papel rector.

El resultado de todo ello es que la clase capitalista tiene una existencia puramente nominal: no logra promover y conducir el desarrollo. Ni siquiera los movimientos populares a través de su presión han podido obligarla a cumplir eficazmente esa función. Al contrario, el crecimiento de las fuerzas populares es un factor que ayuda a comprender la negativa de la clase capitalista para ser en la realidad lo que parece ser nominalmente.

La incapacidad de la clase capitalista para autopromoverse se muestra en su actitud negativa a reformar el sistema capitalista existente en los países subdesarrollados: reforma bancaria, reforma tributaria, reforma del régimen jurídico de las sociedades anónimas, etc. Todas estas reformas se encuentran con la más extrema resistencia de la clase capitalista, a pesar de que ellas sean presentadas como absolutamente necesarias para el funcionamiento eficiente del sistema. Mientras que en los países capitalistas occidentales fue la propia burguesía la que realizó todas esas reformas, en los países subdesarrollados la clase capitalista se niega a aceptar un sistema capitalista eficiente y racional. Quiere estabilizar sus privilegios sin asumir el riesgo que implica la racionalidad capitalista. Esto se debe a que la persecución ciega del lucro —que la anima— está en contra incluso de la modernización del capitalismo.

La promoción empresarial, por lo tanto, necesita fatalmente un agente externo de cambio. El análisis del populismo nos lleva a concluir que el movimiento popular no puede ser agente externo eficaz de promoción empresarial dentro de una vía capitalista de desarrollo. El movimiento popular puede serlo solamente si la promoción empresarial se lleva a cabo en una vía no capitalista de desarrollo. La insistencia en la vía capitalista hace necesario buscar otro agente externo que tenga el suficiente poder como para obligar a la clase capitalista a cumplir eficientemente la tarea empresarial. Se explica, entonces, el surgimiento del nuevo tipo de dictaduras militares en América latina.

La misión de la nueva dictadura militar tiene una doble dimensión. Hay que considerar los dos planos de su actuación para poder comprender su carácter novedoso. Por una parte, la dictadura militar trata de suprimir el movimiento popular y de desalentar sus aspiraciones de participación. Mediante la represión popular la dic-

tadura concede a la clase capitalista un margen de libertad que ésta no tiene en los regímenes populistas. Por otra parte, este nuevo tipo de dictadura militar no es un simple reflejo de los intereses de la clase capitalista. Por lo contrario, pretende ser el agente externo de transformación de la propia clase capitalista para que el sistema funcione. Eso nos explica por qué las clases capitalistas no concuerdan en forma unánime con la nueva dictadura militar: ésta, en nombre del desarrollismo capitalista, realiza ciertas reformas estructurales que contradicen muchos de sus intereses establecidos. El agente externo militar trata, por lo tanto, de obligar a la clase capitalista industrial a imponerse sobre las otras facciones de la clase alta —clases tradicionales y capitalismo comercial— y a aceptar los ajustes internos necesarios para que la sociedad capitalista subdesarrollada se racionalice y pueda funcionar eficientemente. La dictadura militar va en cierto grado en contra del capitalismo establecido para imponer la racionalidad de un sistema capitalista floreciente.

El nuevo militarismo latinoamericano es comparado muchas veces con el nasserismo. Esta comparación tiene algunos aciertos y un malentendido fundamental. Es efectivo que también el nasserismo concibe al militar como a un agente externo del desarrollo y le asigna un papel de vanguardia. En este sentido es también un régimen desarrollista fundamentado en una dictadura. Pero las diferencias entre el nasserismo de Nasser y el nasserismo latinoamericano son mayores que sus semejanzas. En este último el militar desempeña el papel de vanguardia de la clase capitalista; es su agente externo y, por lo tanto, asume la postura antipopular inherente al sistema capitalista. El militar no es simplemente un agente de desarrollo, sino el promotor de la vía capitalista. En cambio, en el nasserismo de Nasser el militar se desempeña como vanguardia del pueblo y del movimiento popular. En ausencia completa de una organización popular, el grupo militar suple la iniciativa popular para poner en marcha una vía no capitalista de desarrollo, el llamado socialismo árabe. La promoción empresarial del socialismo árabe no corresponde a la promoción de una clase capitalista, sino a la formación de empresarios socialistas. Su objetivo final es entregar, al término de la dictadura militar, el poder a los movimientos populares, frente a los cuales los nuevos empresarios socialistas sólo tendrán la función de ejecutar la dinámica económica del país, en nombre de la voluntad popular.

Este nasserismo popular se explica básicamente porque nace de una lucha antiimperialista del pueblo egipcio. Con una economía enteramente en manos extranjeras, era lógico que el antiimperialismo de los militares adoptara una clara línea popular al enfrentarse con el poder imperial. Una vez realizada la penetración de un país por el capital extranjero, el antiimperialismo parece conducir lógicamente a una posición popular. La vinculación del capitalismo interno con el imperialismo capitalista estructural impide que los regímenes precapitalistas asuman una actitud decididamente antiimperialista. El militar que conduce la rebelión antiimperialista no tiene otra alternativa que transformarse en la columna vertebral del movimiento político popular naciente. Toma el papel de vanguardia de la vía no capitalista de desarrollo e implanta la dictadura popular, entendida como una situación transitoria en la construcción de la nueva sociedad.

El nuevo militarismo latinoamericano es totalmente distinto. Su acción política no nace de una rebelión antiimperialista y, por lo tanto, no desemboca en una postura popular. Sucede justo al revés: parte de la idea de una guerra antisubversiva y antipopular de común acuerdo con el imperialismo capitalista mundial y es, en el fondo, el ejecutor de esa voluntad externa. Es, como lo llama H. Jaguaribe, un "fascismo colonial".

Este nuevo militarismo se siente en una continua guerra civil y se atribuye la misión de estabilizar la sociedad en contra de las fuerzas que la amenazan. El pensamiento ideológico correspondiente está expresado en forma inmejorable en las enseñanzas de la Escuela Superior de Guerra de Brasil, fundada en 1949, las que llevaron a la "revolución nacional" de 1964. El pensamiento militar argentino tiene expresiones parecidas. La ironía de la historia quiso que esos pensamientos fascistoides fueran elaborados por los mismos militares que en la Segunda Guerra Mundial participaron, junto al ejército norteamericano, en la conquista de Italia en nombre de consignas antifascistas. Del fascismo adoptaron el concepto básico de *guerra total*, reinterpretado para fundamentar la guerra civil antisubversiva y antipopular. La situación de guerra es la condición social básica del país, frente a la cual la función del Estado consiste en asegurar la Seguridad Nacional a través de la maximización del Poder Nacional. El concepto fascista de la guerra total cambia, entonces, de orien-

tación: es utilizado para justificar la guerra antipopular de defensa del sistema existente.

En esta guerra el militar tiene sus mejores aliados en los Estados capitalistas desarrollados, mediante la ayuda de los cuales espera ganar las batallas en pro del desarrollo capitalista de su país. El concepto de Seguridad Nacional se identifica cada vez más con la estabilidad del sistema capitalista y el Poder Nacional se convierte en su base material de sustentación, combatiendo a los movimientos que lo amenazan. La guerra por la estabilidad es total en el sentido de que tiene que llevarse a cabo en todos los campos de la sociedad, en el económico, financiero, político, psicológico o científico.

Como todos los pensamientos fascistas, también esta ideología militar parte de la concepción que Hobbes tuvo de la sociedad. Se piensa que existe una inseguridad radical del hombre, que vive en una guerra permanente con sus semejantes. A ese hombre hace falta garantizarle su seguridad, y la única forma de lograrlo es mediante una intervención del Estado en cuanto poder ajeno a la guerra intestina de la sociedad capaz de ordenar esa situación continua de caos.

Los ideólogos militares desprenden de esta premisa extrañas conclusiones. Según ellos existe el peligro de que surja de esta confusión política el Leviatán que destruya la libertad y la humanidad y que sólo puede ser prevenido por una política de "guerra total". No comprenden que esta guerra total es precisamente el Leviatán, que el capitalismo desesperado se construye, tal como sucedía en la época de Hobbes, cuando la monarquía absoluta se encontraba amenazada por la burguesía naciente. Insisten en forma reiterada en la inseguridad: "La inseguridad del ciudadano dentro de cada nación y la inseguridad de unos estados frente a otros, la visión omnipresente de la guerra —guerra civil, guerra subversiva, guerra internacional— domina al mundo de nuestros días y explican por sí solos esa ansia neurótica con que los individuos desamparados, las multitudes en pánico, los pueblos desilusionados y afligidos, la humanidad por fin, se levanta, se lamenta y se debate, dispuesta incluso a esclavisarse a cualquier señor y a cualquier tiranía, en cuanto le ofrecen, en un plato de lentejas, un poco de seguridad y paz." La inseguridad, por lo tanto, es una condición humana y no el producto de una estructura que impide solucionar los problemas básicos de la sociedad.

Para ellos es más bien algo "metafísico" que legitima una guerra total en contra de la inseguridad y que es, en el fondo, la guerra total del militar —y de la estructura social que defiende— en contra de las aspiraciones populares que no tienen cabida en esa estructura. "Hoy se amplió el concepto de guerra y no solamente a todo el espacio territorial de los estados beligerantes, absorbiendo en la vorágine tremenda de la lucha la totalidad del esfuerzo económico, político, cultural y militar de que era capaz cada nación, integrando rígidamente todas las actividades en una resultante única pretendiendo la victoria y solamente la victoria, confundiendo soldados y civiles, hombres, mujeres y niños en los mismos sacrificios... De esa guerra estrictamente militar pasó ella así a la 'guerra total', tanto económica como financiera y política, psicológica y científica, como guerra de ejército, escuadra y aviación." Hay, pues, una pura guerra total en tres etapas: pre-guerra, guerra y post-guerra; un círculo eterno, sin fin, para el cual la sociedad tiene que prepararse determinando su forma política estatal, porque el Estado es el responsable de la conducción de la guerra total. La ideología brasileña llega así a un concepto propio de la democracia representativa que es tan sólo el disfraz de una dictadura en nombre de la guerra total.

Así el ideólogo militar brasileño cree tener en el Estado Nacional una herramienta antitotalitaria, concibiendo este mismo Estado Nacional en términos fascistas tradicionales. Por eso, tampoco cree que su dictadura sea algo transitoria. La dictadura es el destino y es la expresión auténtica de la libertad, porque ésta es conocida únicamente como uno de los factores necesarios para poder ganar la guerra total emprendida por el Estado Nacional. "No se crea pues que el sacrificio de la libertad pueda conducir siempre a un aumento de seguridad. Más allá de ciertos límites, la libertad sacrificada determina, por su parte, la pérdida de la seguridad vital. Los esclavos no son buenos combatientes —esta es la lección que las tiranías dieron en el transcurso de los siglos—." Hasta se llega a juzgar la libertad en función de las exigencias de la guerra total: es un medio para producir buenos combatientes.

Claro que esta concepción de la sociedad capitalista como una sociedad en guerra a la cual el Estado asegura su estabilidad, es totalmente distinta del concepto racionalista, del cual partió el capita-

lismo liberal clásico. El capitalismo liberal concibe la competencia entre los individuos como una relación que lleva implícito un orden preestablecido que el Estado sanciona a través de la legislación. Por lo tanto, la ideología liberal capitalista concibe al Estado como un poder democrático representativo de la sociedad. Al contrario, la ideología fascista militar piensa que el Estado da a la sociedad un orden que espontáneamente ésta no tiene. Se trata, pues, de un orden impuesto. Esta ideología refleja una situación real: el sistema capitalista en los países subdesarrollados no tiene una estabilidad autosustentada y necesita del apoyo de fuerzas externas para mantenerse. La ideología fascista es una consecuencia lógica del pensamiento capitalista cuando éste se encuentra con sociedades reticentes al sistema capitalista. Tantas veces se ha dicho que el marxismo es el hijo ilegítimo del pensamiento liberal; podemos ver ahora que el pensamiento fascista es su hijo legítimo.

Pero lo que va a decidir la suerte de este nuevo militarismo, en última instancia, será su capacidad o incapacidad para desarrollar los países que domina. No es el pensamiento en cuanto tal el que decide, sino la posibilidad de que ese pensamiento inspire una praxis adecuada para lograr el desarrollo. El juicio sobre la factibilidad de este tipo de vía capitalista de desarrollo tiene que partir del análisis de las posibilidades que tiene de superar el *impasse* del subdesarrollo en sus dos planos: por una parte, la posibilidad de mantener la opresión popular necesaria para crear un amplio margen de libertad a la actuación de la clase capitalista y, por otra, la de organizar el sistema capitalista de manera que sea capaz de dar el salto indispensable para superar el desnivel existente entre subdesarrollo y desarrollo.

En cuanto al primer punto, pueden abrigarse serias dudas acerca de la eficacia de la opresión popular. La pura destrucción de las organizaciones populares es difícil y requiere que el régimen sea apoyado, a lo menos, por grandes minorías politizadas con un alto grado de ideologización. El gobierno militar argentino ha fracasado rotundamente en esta tarea y el gobierno militar brasileño ha logrado la supresión de las organizaciones populares solamente en una escala muy reducida. Además, no basta que la dictadura militar destruya las organizaciones populares; precisa también quitar al pueblo toda su esperanza de lograr participar en la determinación del proceso de de-

sarrollo. Hay que recordar que, por ejemplo, el fascismo español logró que el pueblo se desesperanzara solamente después de una larga guerra civil, que ganó gracias a la intervención extranjera. La opresión popular puede tener éxito solamente en casos excepcionales y ninguna de las dictaduras militares latinoamericanas actuales se encuentra en alguno de esos casos. Las ideologías fascistas generalmente fracasan en su intento de transformar la sociedad usando el movimiento popular como una correa de transmisión del desarrollo capitalista del país. Ante la imposibilidad real de fundar una sociedad organizada conforme a principios antipopulares, la clase capitalista se ve privada del marco institucional necesario para transformarse en la fuerza conductora del desarrollo.

En cuanto al segundo problema —el salto hacia el desarrollo— la situación es igualmente negativa. Este salto sólo es posible a través de la transformación de la economía en un conjunto organizado que pueda dinamizar el país. Pero la estructura capitalista se resiste a una transformación que contradice sus principios básicos. Si bien admite la planificación, ésta necesariamente es superficial e indicativa y es considerada como un mal menor por la empresa capitalista. La conciencia capitalista no acepta fácilmente una estructura en la cual la función del empresario es cumplir las tareas fijadas por un plan preestablecido. Tal actitud reticente frente a la planificación es más evidente en el empresario extranjero que ejecuta las órdenes de la empresa matriz, que en el empresario nacional. Como el capital extranjero domina por regla general las empresas más importantes de los países subdesarrollados, la planificación que permite el régimen capitalista es totalmente ilusoria: es la superestructura burocrática de un sistema económico que sigue funcionando según sus propios criterios. La imposibilidad de adoptar una posición antiimperialista definida lleva la planificación en los países subdesarrollados a un fracaso total.

Debemos concluir, entonces, que una postura decididamente antiimperialista respecto de la propiedad privada extranjera es una *conditio sine qua non* de cualquier vía de desarrollo eficaz. Como el salto hacia el desarrollo requiere una concentración del poder económico a través de la planificación, hace falta que ese poder sea controlado por fuerzas nacionales. Para que esta postura antiimperia-

lista tenga éxito no exige únicamente la nacionalización de la gran propiedad extranjera con el fin de reemplazar capitalistas extranjeros por capitalistas nacionales, sino también la planificación económica de la propiedad nacional importante en función del desarrollo. Este último elemento es crucial. Si no se logra la estructuración de todo el poder económico en un sistema de planificación eficaz, la nacionalización de la propiedad extranjera puede acarrear más daño que la mantención de la situación anterior.

Este análisis, entonces, nos lleva a la conclusión de que la vía capitalista de desarrollo en su forma de dictadura antipopular, también tiende a fracasar: ni logra una opresión total del pueblo, el cual sigue resistiendo, ni logra tampoco dar pasos decisivos para producir el salto hacia el desarrollo. La clase capitalista en estas condiciones no puede tampoco cumplir su papel de fuerza conductora del proceso de desarrollo. La nueva ideología fascista no le proporciona la conciencia ni las actitudes desarrollistas necesarias para asumir esa función. La dictadura antipopular es el producto del miedo de una clase capitalista que está jugando su última carta y que espera prolongar su vida a través de medidas de fuerza. La ideología de la guerra total carece de impulso constructivo.

c) *La vía no capitalista de desarrollo*

Hablar de una vía no capitalista de desarrollo necesita una justificación especial. Afirmar que una vía de desarrollo no es capitalista equivale lógicamente a sostener que es socialista. El socialismo sería el nombre adecuado y positivo de este tipo de vía de desarrollo, en vez de la denominación negativa que tiene.

Pero si bien la vía no capitalista de desarrollo en verdad es una vía socialista, debemos tener en cuenta que el concepto de socialismo como equivalente a no capitalismo, es equívoco. De hecho, la acepción amplia del término socialismo, en cuanto superación del capitalismo, apunta a un sinnúmero de modos de producción posibles. Si la definimos por la existencia de un determinado modo de producción, nos encontramos frente al problema de que hay diferentes modos socialistas de producción. Para aclarar este punto será necesario comenzar por precisar en qué consiste el modo de producción capita-

lista, con el fin de definir posteriormente los modos socialistas de producción. La indagación sobre el modo de producción capitalista apunta a lo esencial de la sociedad capitalista, lo que la define como tal. Hablamos de capitalismo para referirnos a todos los países capitalistas desarrollados actuales y al período que transcurrió desde su industrialización hasta hoy. Nos damos cuenta enseguida de que este capitalismo, a pesar de su identidad en el tiempo, ha sufrido cambios extremadamente profundos: el capitalismo primitivo, el período del alto capitalismo, el neo-capitalismo completamente funcionalizado de hoy, muestran las transformaciones operadas. Solamente basta con mirar la lista de cambios que Marx proponía en *El manifiesto comunista* para transformar radicalmente la sociedad capitalista de su época, para verificar que gran parte de ellas ya se ha realizado sin afectar el modo de producción capitalista y, por lo tanto, la identidad de la sociedad capitalista. Tenemos que preguntarnos entonces cuál es realmente la clave del cambio de un sistema capitalista a un sistema no capitalista o socialista. Para dilucidar tal cuestión, hay que encontrar el principio fundamental que caracteriza al sistema capitalista. Este principio tiene relación precisamente con el modo de producción capitalista y podemos decir que consiste en la legitimación del poder por la propiedad de los capitales. Una sociedad en la cual la empresa está dirigida por autoridades que derivan su poder de la propiedad del capital es, por definición, capitalista. Esta concepción nos evita el problema de la distinción entre la forma de capitalismo en la cual el capitalista es a la vez empresario, y aquella en que prima la sociedad anónima estructurada sobre una rígida separación entre propiedad del capital y gerencia de la empresa. Lo que cuenta para definir el modo de producción capitalista es únicamente el hecho de que el poder económico se legitime por la propiedad del capital. Este principio de legitimación es la verdadera esencia de un sistema capitalista. Solamente cuando se rompe podemos hablar del tránsito hacia un sistema no capitalista.

Al tratar ahora de analizar el modo de producción socialista, nos encontramos frente al hecho de que la desaparición de la legitimidad capitalista del poder económico se realiza solamente cuando es sustituida por una nueva forma de legitimación. El concepto de socialismo como tal no expresa el tipo de legitimación nueva de que se trata. Conocemos el caso del socialismo burocrático que construye

el poder económico sobre la base de la burocracia estatal y que usa el centralismo democrático como principio de legitimación de su modo de producción. El centralismo democrático —definido en el tiempo de Stalin a partir de un concepto original de Lenin— señala la legitimación de un poder no representativo, no democrático y sirve para justificar la instalación en el mando de una *élite* autoelegida. El modo de producción del socialismo burocrático está totalmente penetrado por este principio básico. El mismo socialismo burocrático mide todos los cambios posibles bajo el prisma de la estabilidad y mantención de este principio fundamental. Ello se ha hecho evidente en los casos en que las sociedades de la órbita soviética han intentado reemplazar el centralismo democrático por otro principio de legitimación del poder socialista. Ocurrió por primera vez en Yugoslavia y acabamos de verlo en Checoslovaquia. El socialismo burocrático sostiene que todo modo de producción no capitalista que no acepte el tipo de legitimación del poder económico denominado centralismo burocrático, es antisocialista. Ha habido, por lo tanto, una deformación de la palabra socialismo que justifica denominar vía no capitalista de desarrollo a una vía socialista que niega el centralismo democrático.

Esta vía no capitalista de desarrollo por basarse en un modo de producción distinto del existente en la sociedad donde prima el socialismo burocrático, puede ser llamada socialismo democrático: su poder económico se legitima mediante una representación popular y es, a la vez, fruto de la movilización del pueblo. Sin ser capitalista, se distingue claramente del socialismo burocrático hasta en lo relativo a su modo de producción. Tenemos pues, dos modos distintos de producción socialista a los cuales corresponden dos proyectos históricos de sociedades diversas. La distinción entre los proyectos históricos la analizaremos más a fondo cuando tratemos el problema de la dictadura del proletariado. El socialismo burocrático tiene en sí un concepto de dictadura que caracteriza su proyecto histórico. Si bien la dogmática soviética habla, por ejemplo, de distintas etapas del socialismo —a *grosso modo*: la dictadura del proletariado, el socialismo y el comunismo— concibe siempre hasta las etapas más futuras en términos similares a los que caracterizan su modo de producción actual. La dictadura basada en la legitimación del poder mediante el centralismo

democrático, nunca es puesta en tela de juicio; en las especulaciones más remotas se acepta únicamente que variará su apariencia. Para el socialismo burocrático, la dictadura es la forma definitiva del socialismo y no tiene ninguna función transitoria en relación con un determinado proyecto histórico. La dictadura es su proyecto histórico.

Esta concepción del socialismo como dictadura y de la libertad como reglamentación burocrática, convierte al socialismo burocrático en una especie de sociedad de clases. Cuando aplicamos tal calificativo a la sociedad capitalista, lo hacemos porque la clase dominante que detenta el poder económico es una *élite* autoelegida que funda su predominio en la propiedad del capital. No tenemos por qué aceptar que una sociedad donde impera el socialismo burocrático —que es conducida también por una *élite* autoelegida— no sea también una sociedad de clases, por el puro hecho de que la base de su legitimación sea el centralismo burocrático en vez de la propiedad del capital. En ambos casos se trata esencialmente de una constitución elitista del poder dominante.

El proyecto histórico del socialismo burocrático —tal como ha sido descripto— tiene raíces muy profundas en la misma ideología marxista. A pesar de que Marx tiene una idea profundamente democrática de la sociedad socialista, su pensamiento contiene también elementos que contribuyeron a la conversión de su ideal democrático en la dictadura propia del socialismo burocrático. Estos elementos se encuentran en el concepto casi místico de democracia que tiene Marx. Para él la democracia debe ser directa, sin conflictos y basada en la unanimidad de las opiniones. La sociedad socialista según este concepto, es una sociedad de relaciones directas entre los hombres, sin instituciones económicas —dinero y mercados— ni estatales, en la cual todos los hombres dirigen en comunidad sus asuntos económicos y políticos. La comunidad de opiniones y de valores permite, por lo tanto, una orientación común de toda la actividad humana.

Frente a este ideal de democracia directa y total, la sociedad socialista surgida de la revolución se encuentra incapacitada para imaginar las instituciones necesarias para solucionar los conflictos y las diferencias sociales. Convierte este concepto de democracia en un dogma e intenta lograr la supresión de los conflictos y la unanimidad

de opiniones por la fuerza y la opresión. El ideal casi absoluto de democracia se convierte en su contrario: la dictadura total.

No se puede pasar por alto el hecho de que la deformación del socialismo y su caída en la dictadura radical e ideologizada es un elemento importante que contribuye a aumentar la fuerza del imperialismo capitalista en el mundo. Introdujo en todo el movimiento comunista el sentido del engaño popular. Como ningún pueblo conscientemente va a decidirse por esta castración popular, el movimiento comunista tiene que engañar y el imperialismo capitalista aprovecha ese engaño. Se ha hablado mucho de las campañas del terror que el imperialismo capitalista apoya en todos los países que se inclinan hacia una solución socialista de sus problemas y se ha olvidado de que éste usa —seguramente con mala intención— la imagen de un terror comunista verdadero. Es evidente, pues, que el cambio del proyecto histórico socialista y, por ende, del modo de producción socialista, es la condición necesaria para una recuperación de la vitalidad del movimiento socialista mundial.

Todo lo expuesto supone, por supuesto, una concepción diferente del tránsito al socialismo y de la dictadura popular. Si para el socialismo burocrático la dictadura constituye la esencia misma del socialismo, un socialismo nuevo puede considerar una posible dictadura popular solamente como una etapa transitoria en relación con su proyecto histórico. Se trataría de una etapa cuya necesidad depende enteramente de la situación histórica de un país o de un continente dado, sin que pueda deducirse doctrinariamente su necesidad o conveniencia. Todo depende del grado de conciencia y de organización popular, de las tradiciones de cada país y de la situación internacional en que se encuentra. Así, por ejemplo, la dictadura popular nasserista en el contexto histórico de los países árabes, era inevitable. Quizá se pueda decir lo mismo de Cuba, después de su revolución. Pero si la dictadura popular es inevitable, su definición como dictadura del proletariado con su consiguiente proyecto histórico no lo es.

Es claro que cuando se persigue un proyecto histórico no dictatorial, la dictadura popular —en caso de que sea necesaria— no puede tener la misma brutalidad que un régimen que define su proyecto histórico en términos dictatoriales. Esta diferencia se podría ilustrar aludiendo a las dictaduras capitalistas que se distinguen profunda-

mente de la dictadura comunista por su proyecto histórico. Así, por ejemplo, la dictadura transitoria de la sociedad liberal capitalista se realiza principalmente en tiempos de guerra sin influir mayormente sobre el proyecto histórico liberal-capitalista. No sucede lo mismo en el caso de la dictadura fascista que tiene un proyecto histórico concebido en términos radicalmente dictatoriales. Evidentemente, estos dos tipos de dictadura capitalista tienen diferencias esenciales en cuanto a la rigidez del sistema que propician.

Por haber contrapuesto un socialismo auténticamente democrático al socialismo burocrático, es preciso ahora desarrollar el proyecto histórico del primero y establecer cuáles son los principios básicos de legitimación del poder que definen su modo de producción específico. El problema central consiste en poder concebir un socialismo en el cual el poder económico, es decir, el poder dominante en la sociedad, se legitime mediante la representación de la base popular a la cual afecta. Se trata, por lo tanto, de destruir todo tipo de generación elitista del poder. Debe desaparecer la autoelección, tal como existe en la sociedad de clases, sea capitalista o burocrática. El poder económico tiene que representar a la soberanía popular.

En lo referente al poder de la clase capitalista, es preciso destruir la posibilidad que tienen los ejecutivos de la economía de orientar la política y la opinión pública según sus intereses de grupo. La clase capitalista ejerce su poder sobre todo a través de tres grandes canales: 1) Mediante lo que la teoría económica llama *propensión a la inversión*. Esta es seguramente la presión más fuerte que pueda ejercerse sobre la política de un país. Esta presión es muy disimulada, pero de ella depende en todo momento el éxito o fracaso de los gobiernos de los países capitalistas. Como el gobierno necesita siempre cierto consenso para mantenerse, se ve obligado a garantizar las condiciones indispensables para que el sector capitalista esté dispuesto a invertir. 2) La clase capitalista también influye mediante el *control* a través de la propiedad privada, de los *medios de comunicación*. Esta presión es parecida a la del primer caso, sólo que es ejercida en otro campo. 3) Por último se puede señalar la *manipulación del consumidor* a través de la *propaganda comercial* que orienta artificialmente y con métodos en extremo sofisticados las necesidades de la población hacia aquellas formas que más convienen a la clase productora capitalista.

Este poder ejercido en los tres planos mencionados, no está

sometido a ningún control. La clase capitalista no responde de él ante nadie. Ella ideologiza el ejercicio de su poder identificándolo con la mantención de su situación de clase privilegiada. El socialismo democrático postula el control de los ejecutores burocráticos del poder económico y político por parte del pueblo organizado, en contraposición con el poder omnímodo de la burocracia estatal del socialismo burocrático. Si bien en este último la burocracia se constituye de manera diferente a la clase dominante de la sociedad capitalista, tiene, sin embargo, en sus manos los mismos poderes que ésta: decide el monto y orientación de las inversiones, controla los medios de comunicación y manipula las necesidades de los consumidores.

Una democracia socialista frente a la sociedad de clases, postula como ideal histórico una *sociedad sin clases*. Hace falta, sin embargo, explicar cuidadosamente el concepto de sociedad sin clases, para no mezclarlo con las imaginaciones ideológicas de las sociedades de clases, que sin excepción se presentan como sociedades sin clases. Las autointerpretaciones ideológicas de las sociedades de clases se basan en la destrucción del concepto de clase social. La sociedad capitalista presenta sus diferencias sociales como si fueran una simple escala continua de roles y status distintos, constituida por un conjunto de estratos sociales abiertos a una movilidad social creciente, tanto ascendente como descendente. El concepto de clase que presenta una dicotomía de la sociedad entre opresores y oprimidos desaparece en este análisis que tampoco llega a concebir junto a esta estratificación gradual, una estratificación funcional como la propuesta anteriormente, sin la cual el problema del subdesarrollo no tiene ninguna solución teórica posible.

En la sociología occidental actual existe una confusión constante entre la teoría de las clases y la de la estratificación social, lo que contribuye a dar a la ideología imperante un aparente fundamento científico. En la teoría de las clases el concepto "clase" se refiere a grupos sociales dinámicos que actúan como fuerza histórica de cambio; en la sociología actual se utiliza este concepto como sinónimo de estrato. [16] Cuando este tipo de sociología llega a analizar los conflictos sociales como sucede con Dahrendorf, concibe una multiplicidad tal

[16] "El énfasis está actualmente en la clase como fenómeno de estratificación y los estudiosos pierden de vista su aspecto funcional, dinámico e histórico. Algunos autores se han dado cuenta de los problemas metodológicos

de conflictos que es imposible distinguir entre conflictos principales y conflictos secundarios. El concepto operacional de clase, entonces, se desvanece en un sinnúmero de clases, con la consecuencia de que cuando hay muchas clases, en definitiva no hay ninguna.

La autointerpretación soviética de la estratificación social de la sociedad socialista burocrática usa otros términos, pero llega a igual resultado. Se habla de la existencia de clases, pero se insiste mucho en que ellas no son antagónicas. Lo que en lenguaje dogmático significa que en esa sociedad tampoco hay conflictos entre quienes detentan el poder y quienes lo sufren. Esta tesis ha sido desarrollada por Mao Tse-Tung, quien le ha dado una fundamentación filosófica en su estudio acerca de la dialéctica titulada "Sobre la Contradicción". En él afirma: "el antagonismo es *una* forma de lucha dentro de la contradicción, pero no es la única forma. En la historia humana, el antagonismo de clases existe como una manifestación específica de la lucha dentro de la contradicción. Hay contradicción entre la clase explotadora y la clase explotada, las dos clases que, opuestas como lo son, coexisten por largo tiempo en una misma sociedad, sea ella la esclavista, la feudal o la capitalista, y luchan la una contra la otra; pero sólo cuando la contradicción entre ellas alcanza cierta etapa en su desarrollo, las dos clases adoptan la forma de abierto antagonismo que se transforma en revolución".[17] Pero no siempre sucede así en la historia. "La contradicción y la lucha son universales, absolutas,

---

que implica este cambio de énfasis —entre ellos el propio T. H. Marshall, Lipset y Bendix (1951)—, por ejemplo, podemos preguntarnos si el cambio en la orientación de los estudios sociológicos sobre el conjunto de fenómenos considerados ya sea como 'estratificación', ya sea como 'clases sociales', se debe a los cambios ocurridos en las sociedades estudiadas o a nuevos intereses de los sociólogos. En el caso de EE.UU. y de algunas sociedades de Europa Occidental podría sostenerse, como lo han hecho algunos sociólogos, que el 'status' ha llegado a ser más importante que la 'clase', tomada ésta en su sentido clásico, y por lo tanto el cambio de enfoque responde, aunque sea sólo en parte a las transformaciones del objeto estudiado." Rodolfo Stavenhagen, "Las relaciones entre la estratificación social y la dinámica de clases", artículo aparecido en *Estructura, estratificación y movilidad social*, Pan American Union, 1967, págs. 127-8.

[17] Mao Tse-Tung: *Cuatro Tesis Filosóficas*, Pekín, págs. 75 y 76.

pero los métodos de resolver la contradicción, esto es, *las formas de lucha, difieren* de acuerdo con la naturaleza de las contradicciones. Algunas contradicciones se caracterizan por el antagonismo franco, otras no. Según el desarrollo concreto de las cosas, algunas contradicciones, originalmente no antagónicas, se desarrollan y se transforman en antagónicas; mientras otras, originalmente antagónicas, se desarrollan y se transforman en no antagónicas. En el aspecto económico, en la sociedad capitalista y en las zonas controladas por el Kuomintang en China, la contradicción entre la ciudad y el campo es en extremo antagónica. Pero en un país socialista y en nuestras bases revolucionarias, tal contradicción antagónica se transforma en una contradicción no antagónica, y desaparecerá en la sociedad comunista. Lenin dijo: "*el antagonismo y la contradicción no son en absoluto idénticos*". "En el socialismo, el primero desaparecerá, mientras que la segunda subsistirá. Esto significa que el antagonismo es tan sólo una forma de lucha dentro de la contradicción pero no la única forma y no puede ser aplicada como una fórmula universal." [18] Según Mao, las contradicciones existentes entre el Gobierno popular y el pueblo y las que existen "en el seno del pueblo" no son antagónicas: pueden resolverse sin la supresión de uno de los polos y son ellas justamente las que hacen avanzar la sociedad. Sin embargo, si esas contradicciones son mal enfrentadas, pueden llegar a ser antagónicas. Tal fenómeno habría sucedido, por ejemplo, en la Unión Soviética.

Si bien la distinción entre las diversas formas de contradicción es aceptable, la afirmación de que en una sociedad socialista las clases no son antagónicas no se ajusta a la realidad. Toda sociedad de clases lleva consigo el antagonismo como un hecho social o como posibilidad latente. Las formas y los grados de ese antagonismo pueden variar, pero éste sólo desaparece cuando las clases dejan de existir. Afirmar que en el socialismo existen clases no antagónicas equivale a sostener que no existen clases, lo cual no es sino una falsa imagen de la sociedad, una ideologización mistificadora.

Las ideologías de las sociedades de clases tienden a evitar que se analice el grupo social que la domina y, por lo tanto, que se aborde el problema del control de su poder. Soslayan toda posibilidad de sometimiento del poder de los grupos dominantes al control popular,

[18] *Idem*, págs. 76 y 78.

mediante la insistencia continua y unilateral en las ventajas de la movilidad social, la que se convierte en una especie de opio del pueblo fomentado por la sociología conformista. Con ello se logran orientar los cambios de la sociedad de clases en canales compatibles con el poder elitista de la clase dominante. En vez de discutir la forma en que el obrero podría llegar a controlar el poder ejercido por los grupos dominantes, la sociología investiga hasta qué grado el obrero puede dejar de serlo para ascender en la escala social. A esta sociología conformista le parece una gran cosa la posibilidad de que un lustrabotas termine siendo millonario. En realidad el problema clave es que el obrero que siga siendo tal, tenga el derecho y la posibilidad efectivos de controlar a los grupos dominantes de la sociedad y de señalarles las pautas de su acción.

El análisis anterior nos indica que cuando hablamos de una sociedad sin clases, no pensamos en una sociedad sin poder y sin grupos que lo ejerzan sobre las mayorías. Esta es la diferencia fundamental con el concepto marxista de sociedad sin clases. El concepto de Marx está directamente vinculado con su ideal de democracia total y directa: una sociedad sin conflictos que se gobierna por el consenso de sus miembros. Para Marx la democratización del poder económico consiste en la desaparición de todo poder y de todo grupo dominante. En la sociedad sin clases de Marx, por lo tanto, no hay un control democrático de las masas sobre los grupos que detentan el poder; éstas ejercen directamente el poder económico desapareciendo la dicotomía básica entre base popular y grupo dominante. Vimos anteriormente que este concepto unitario total de la sociedad es la otra cara de la dictadura del proletariado como algo definitivo. La no factibilidad de la sociedad comunista da origen a la dictadura clasista de la burocracia socialista, que utiliza el ideal original de Marx como ideología oficial del sistema.

Es preciso pues, construir el proyecto histórico de un socialismo latinoamericano a partir del control de los grupos dominantes de la sociedad por la base popular con el fin de que sean auténticos representantes de la soberanía popular. Podemos concebir la existencia de una sociedad sin clases que mantenga la dicotomía básica entre grupos dominantes y masas populares, pero en la cual dicha dicotomía se caracterizará por el equilibrio e institucionalización de los conflictos

entre ambos grupos, además de ser muy permeables a la movilidad social.

Hace falta analizar ahora más detenidamente el problema del control popular del poder, que transforma a las clases dominantes en representantes de la voluntad popular. El aspecto primordial del asunto reside en la estructuración del poder económico, pues es el predominante en la sociedad moderna. El análisis nos conduce a visualizar dos grandes líneas de representación democrática de las masas populares: 1) por una parte, la *democracia político-estatal* que constituye el gobierno del país. El poder central debe ser organizado de tal manera que represente efectivamente a toda la comunidad nacional. 2) La segunda forma de representación democrática incide en la *estructuración de los subgrupos sociales* de la nación, entre los cuales nos interesa especialmente la *comunidad de trabajo*: el sistema económico. El poder económico debe legitimarse a través de la representación democrática.

Queda planteado el interrogante acerca de la forma que reviste el conflicto dicotómico entre poder y no poder en una sociedad socialista democrática. Para darle una respuesta es necesario volver sobre el problema de la funcionalización de la sociedad hacia el progreso técnico-económico.

El gobierno central y el grupo empresarial son los ejecutores de la orientación de las sociedades modernas hacia el progreso técnico-económico. El gobierno en cada régimen socialista realiza esta tarea a través de la planificación, y usa la tasa de crecimiento económico como criterio nacional para adoptar sus decisiones. El poder central tiene que realizar ajustes continuos en todos los planos de la sociedad y en la misma estructura económica con el fin de alcanzar la tasa de progreso económico deseada. En los diversos planos los subgrupos deben someterse continuamente a pautas de acción que no provienen de su propia actividad y que pretenden lograr la coordinación de todas las actividades sociales. El gobierno central se impone constantemente a los subgrupos sociales exigiéndoles que ajusten su actividad al plan general. El sistema educacional, por ejemplo, tiene que adecuarse a las necesidades de la economía y los diversos sectores de ésta deben amoldarse continuamente a lo que ocurre a nivel nacional. La utilización de la tasa de crecimiento técnico-económico como cri-

terio orientador fundamental se debe a que esta es la expresión cuantitativa de todos los ajustes que el funcionamiento de los sectores de la sociedad exige continuamente. Las adaptaciones y sacrificios que la planificación impone, generalmente son poco camprensibles para los individuos afectados.

En el plano de las decisiones empresariales ocurre algo parecido. El mecanismo de funcionalización está representado por el mercado. La empresa no puede producir para satisfacer necesidades abstractas. Tiene que regular su producción a través del mercado que decide sobre su factibilidad y conveniencia. El parecer de la empresa o de las personas que la constituyen no puede por sí solo determinar la producción, la que se encuentra subordinada a un mecanismo interdependiente que impone sus exigencias. Hay, pues, un conjunto de leyes objetivas que tienen su inercia propia y ante las cuales la espontaneidad individual sólo tiene lugar en el grado en que respete las exigencias del proceso. Como no hay ninguna armonía preestablecida entre la espontaneidad individual y las exigencias del progreso técnico-económico en la sociedad moderna, constantemente se produce un conflicto inherente a su propia existencia que puede variar de formas, pero que nunca desaparece. Siempre los encargados de ejecutar la tarea de funcionalizar la sociedad forman un grupo dominante, cuya existencia es una condición ineludible para que el progreso técnico-económico continúe. Toda sociedad moderna tiene en sí los gérmenes de una dicotomía funcional entre grupo dominante y base popular. A este fenómeno que no existe en la sociedad subdesarrollada lo habíamos denominado estratificación funcional de clases.

Comprendido el hecho de que en la estructura socialista sobrevive la contradicción dicotómica entre el poder de coordinación de la división del trabajo y la sociedad entera, hace falta plantear totalmente de nuevo el problema de esa estructura. El socialismo ortodoxo vive con la ilusión de que la estructura socialista es una sola, a la vez que representa necesariamente el interés general.

Esta nueva reflexión sobre las estructuras socialistas fatalmente tiene que partir de una consideración de las estructuras económicas. Las estructuras económicas en el socialismo hay que enfocarlas principalmente desde dos ángulos. Por una parte, deben convertir el sistema económico capitalista subdesarrollado en un sistema socialista

integrado y capaz de organizar un trabajo económico racional de toda la sociedad. Por lo tanto, debe crear el poder suficiente para lograr orientar la sociedad hacia el progreso técnico-económico. Sin el cumplimiento de esta función, habrá solamente socialismo subdesarrollado en vez de capitalismo subdesarrollado. Sería, por lo tanto, insuficiente enfocar la estructura económica socialista unilateralmente a partir de la estructura interna de la empresa. Eso podría conducir a soluciones del tipo de una autogestión completa, que deja intacto el mercado capitalista en el cual las nuevas empresas autogestionadas actuarían exactamente igual que como actuaron antes las empresas capitalistas, sin ninguna esperanza de que este socialismo lleve al desarrollo del país. Se trata más bien de estructurar las partes más importantes del sistema económico en forma de un sistema integrado, capaz de organizar la sociedad entera hacia la tarea del desarrollo.

Por otra parte, la reflexión nueva sobre el sistema socialista tiene que llevar a criterios que tomen en cuenta el problema de la dicotomía existente entre la soberanía popular y el poder de coordinación de la división del trabajo. El socialismo ortodoxo de tipo soviético convirtió la sociedad socialista en simple apéndice del progreso técnico-económico. Pero cualquier socialismo tiene que plantearse a partir de un nuevo concepto de soberanía popular frente al poder económico. Esto parece, necesariamente, que implica convertir los puestos ejecutivos en cargos de representación obrera. Si bien una simple autogestión de la empresa no conduciría al surgimiento de un sistema socialista eficaz, por otra parte es inimaginable un control efectivo del poder económico sin ciertos tipos de "cogestión" obrero-estatal. Eso lleva, entonces, a formas descentralizadas propias de una democracia socialista.

No podemos aquí desarrollar un "modelo" de posible solución del problema en el campo económico. Se trata más bien de llamar la atención sobre el hecho fundamental de que la reflexión sobre la democracia socialista no puede limitarse a las "superestructuras". La democracia en el socialismo tiene que fundarse en estructuras económicas adecuadas. La posición ortodoxa del marxismo soviético es puramente idealista, si enfoca el problema de la democracia sin tomar en cuenta la estructura misma de la economía socialista. Las fallas del sistema se atribuyen, entonces, a la culpabilidad de algunas per-

sonas, y el culto de personalidad se explica por la personalidad del hombre objeto de este culto.

Las características del socialismo democrático no son solamente económicas. Si la funcionalización de la sociedad hacia el progreso técnico-económico está en manos de clases dominantes elitistas, cuyo poder no es controlado por la base popular, resulta completamente imposible fiscalizar la intensidad y la orientación de esa funcionalización. La sociedad de clases se ha convertido en un apéndice del progreso técnico-económico. Este progreso arrasa todas las estructuras que lo pueden obstaculizar: la dictadura de la clase dominante elitista está estrechamente ligada con la preponderancia absoluta de los criterios maximización del progreso, sobre cualquier idea o valor de otro tipo. No existe solamente un sometimiento del pueblo que se traduce en explotación económica, sino que a la vez hay una subordinación de la espontaneidad individual a las normas que exige el progreso técnico-económico ilimitado. El sistema adquiere un carácter represivo que violenta y manipula las conciencias individuales en nombre del progreso.

Controlar el progreso técnico-económico no es simplemente un acto de buena voluntad sino, más bien, el cambio de una sociedad de clases elitistas en una sociedad en la cual los grupos dominantes se encuentran bajo control democrático. En el plano de la formación de la conciencia individual es preciso garantizar una libertad de opinión que la sociedad de clases —en su forma liberal-capitalista o en su forma burocrática— no puede ofrecer. Para ello hay que lograr una verdadera autonomía de los medios de comunicación: así podrán actuar en una línea de concientización popular. La población debe tener libre acceso a la información. La libertad de información y de opinión exige que los medios de comunicación estén vinculados con los grupos sociales que controlan a los grupos dominantes. La libertad de prensa liberal sigue el criterio contrario: la formación de la conciencia individual y de las opiniones es obra de la clase dominante mediante la manipulación de la información. La prensa liberal sirve para que el gobierno y las otras fuerzas sociales sean controlados por la clase dominante con el fin de que respeten su situación privilegiada. El control que ejerce esta forma de libertad de prensa es sólo aparente. Los no controlados controlan para que no se establezca un control verdadero. En el socialismo burocrático la situación no es tan distinta

como parece. La burocracia dominante ejerce directamente el poder estatal, lo que impide que los medios de comunicación puedan controlar la labor del gobierno. Identificándose la clase dominante con el grupo gobernante, los medios de comunicación se limitan a controlar exclusivamente a las demás fuerzas sociales mediante la monotonía de la propaganda masiva del régimen existente.

Solamente si los medios de comunicación pasan a manos de quienes controlan a los grupos dominantes de la sociedad, se puede esperar que exista una formación auténticamente espontánea de opiniones y, por lo tanto, una crítica realmente crítica.

Puede hablarse entonces de sociedad sin clases, entendiendo por tal aquella en que el pueblo ejerce un control efectivo en nombre de los valores institucionalizados sobre los que mandan, lo que le permite dirigir consciente y responsablemente la sociedad hacia el progreso.

Podríamos citar las dos formas principales en que se limitan los efectos del progreso técnico-económico. Las dos se entienden como limitaciones y no como supresión del mismo que es la base vital de una sociedad moderna y el fin primordial de cualquier política sensata de desarrollo. Por una parte, se trata de ciertas limitaciones necesarias frente a algunos rasgos del capitalismo actual. Estos pueden ser englobados en el fenómeno de la mistificación del consumo individual. La maquinaria capitalista de producción y consumo impone a la población una carrera acelerada hacia mayores niveles de consumo que imposibilita totalmente la comprensión de la finalidad de ese proceso. Se invierte la relación de la producción con el consumo: no se produce para consumir, sino que se consume para producir. La maquinaria de producción capitalista no puede existir si las personas no aumentan continuamente sus aspiraciones de consumo, de donde se origina un gran número de contrasentidos: disminución de la calidad en la producción en serie, disminución de la vida útil de los bienes de consumo, creación artificial de necesidades, etc. Todo ello muestra la irracionalidad del capitalismo que, por sus propias estructuras, no es capaz de orientar la producción hacia objetos socialmente útiles que satisfagan las necesidades básicas de la población. Por otra parte, es preciso corregir la mistificación del crecimiento económico tal como se da en el socialismo burocrático. Si bien este sistema no

sufre los contrasentidos propios del sistema capitalista, adolece en cambio de una mistificación pseudo-religiosa en la velocidad del crecimiento de la producción que también se escapa de la orientación a la satisfacción de las necesidades sociales. La mística del crecimiento económico termina siendo una idolatría de las factibilidades productivas en cuanto tales.

El control de estos fenómenos es el objeto principal de la lucha por instaurar un socialismo auténticamente democrático. Es la base para lograr una verdadera libertad humana, fruto de la espontaneidad consciente del individuo. Como la producción es y sigue siendo una esfera que causa una cierta alineación humana, su limitación y control es la condición necesaria para una posible liberación humana. Sin embargo, hay que tener siempre en cuenta que esa limitación y ese control no pueden significar una destrucción de la racionalidad económica del sistema y de la funcionalidad de la sociedad hacia el progreso técnico-económico.

d) *Democracia socialista y sistema capitalista: problemas del tránsito y del desarrollo*

Hasta ahora solamente hemos aclarado el concepto de socialismo para designar una forma no capitalista de sociedad y de desarrollo. El socialismo en este análisis es un concepto negativo que sirve para describir las sociedades no capitalistas modernas. El movimiento marxista dio origen a un tipo de socialismo que hemos denominado burocrático. Tras la expresión "vía no capitalista de desarrollo" se oculta una búsqueda de nuevos nombres nacida como reacción crítica frente al socialismo burocrático. Sin volver al sistema capitalista, se pretende describir e instaurar una forma nueva de socialismo. El punto central de este estudio es analizar la incapacidad del sistema capitalista para asegurar que los países subdesarrollados logren el desarrollo. Primordialmente nos interesa, por lo tanto, elaborar un juicio analítico sobre las posibilidades de desarrollo que ofrece el sistema capitalista. Podríamos apoyar la argumentación en ejemplos históricos. Todos los procesos de desarrollo de este siglo se llevaron a cabo dentro de sistemas no capitalistas: los casos de la Unión Soviética, de Yugoslavia o de China lo comprueban. Pero, si bien el socialismo burocrá-

tico posibilitó el desarrollo de ciertos países, lo hizo sacrificando parte de los valores humanos esenciales en cuyo nombre el movimiento socialista-marxista surgió en la historia. Este fenómeno provocó la crisis interna del movimiento, la que se tradujo en una serie de intentos por solucionar esa situación. Pero hasta ahora —incluso en Yugoslavia— ningún país marxista se ha atrevido a escoger un camino socialista democrático y popular. Todos han permanecido fieles al esquema básico del centralismo burocrático, en el cual las libertades limitadas que existen son un don del partido dominante que éste puede revocar en cualquier circunstancia. En este sentido, el socialismo burocrático ha perdido la esperanza en la espontaneidad de las masas populares.

Un breve análisis de la experiencia yugoslava puede aclarar lo afirmado. Yugoslavia después de su rompimiento con el socialismo burocrático en 1949, intentó basar su sistema social en una soberanía popular auténtica. De ese intento surgió el sistema de autogestión yugoslavo que de hecho es un sistema de cogestión entre el Estado y la base obrera empresarial. Pero la democratización sólo afectó a la empresa. Se mantuvo una dirección estatal, tal como lo establecen los principios del centralismo democrático, lo que determinó que el régimen yugoslavo en vez de transformarse en un socialismo popular, permaneciera siendo un socialismo burocrático pero con "participación" popular. Un auténtico socialista no se contenta con que el pueblo participe. El pueblo no tiene por qué participar en la política y en la gestión económica y social del país. Debe ser exactamente al revés: el pueblo tiene a su cargo la gestión del país y los grupos no populares deben participar en ella. El socialismo yugoslavo no comprendió esto y se quedó en los límites del socialismo burocrático. En el campo ideológico este hecho es muy claro. Los ideólogos yugoslavos nunca hicieron una crítica profunda de la tradición leninista del socialismo burocrático, sino que aceptaron y siguen aceptando los conceptos básicos de esta tradición cambiando algunas formas de su aplicación. Las variaciones se refieren principalmente al problema de la desaparición del Estado y del poder. Los yugoslavos interpretan su sistema como una desaparición gradual y paulatina del Estado, mientras que los soviéticos conciben la desaparición del Estado como un salto dialéctico producido por un reforzamiento continuo del poder estatal.

La ilusión de un futuro social totalmente armónico —que es la otra cara de la dictadura del proletariado perpetua— tampoco es alterada en la ideología yugoslava.

La crítica de esa ilusión conduce precisamente a la concepción de un socialismo caracterizado por estructuras democráticas que permiten al pueblo controlar el poder del Estado y de la burocracia. En vez de afirmar la desaparición del Estado, el socialismo democrático postula la democratización del poder. Por eso difiere del socialismo burocrático cualesquiera que sean sus formas, tanto en el plano de las estructuras como en el de la ideología.

Al haber perdido las fuerzas que adhieren al socialismo burocrático su arrastre popular, el movimiento revolucionario en los países subdesarrollados se ve obligado a buscar nuevos caminos de desarrollo: la vía no capitalista. Los principales conceptos de este nuevo tipo de socialismo fueron discutidos en el capítulo anterior. Es preciso considerar ahora los pasos concretos que debe dar el socialismo latinoamericano para lograr el desarrollo. Previamente, hay que establecer los criterios que indican la existencia de un sistema socialista democrático y analizar las razones que permiten esperar que el nuevo socialismo abra las puertas para que el país pueda dar el salto hacia el desarrollo.

No abordamos aquí la discusión acerca de los problemas que plantea una toma del poder. Si bien ésta es la condición previa para poner en práctica cualquier política de desarrollo, nos parece más importante tener claridad respecto del contenido mismo de esa política. Difícilmente se puede tomar el poder si no se ofrece al pueblo una alternativa política viable. La pura conciencia de la necesidad de introducir cambios en la sociedad y el mero descontento forman una base política muy poco sólida para tomar el poder. La ausencia de proyectos político-históricos basados en un análisis concreto de las contradicciones que vive cada país subdesarrollado, orienta artificialmente la discusión política hacia el problema de la toma de poder. Además la incapacidad de politizar a las masas debido a que no se les puede ofrecer una clara imagen del futuro, produce una tendencia exagerada a ponderar las diferentes vías de acceso al poder. La concientización de las masas debe hacerse a partir de un proyecto histórico racional que les sirva de punto de apoyo para criticar la

sociedad existente. La vía violenta parece tener la ventaja de poderse imponer en la conciencia popular sin que sea necesario efectuar el arduo trabajo de elaborar una ideología que proporcione a la acción política un proyecto histórico acorde con la realidad social y la consiguiente politización del pueblo en torno de esa ideología. Esto explica por qué la discusión sobre la vía violenta se transforma en un debate sobre la violencia como principio doctrinal, llegando en ciertos autores a una especie de sustitución de la dialéctica de la razón por la de los fusiles. Renunciando a la elaboración de un proyecto histórico racional a partir del análisis de las contradicciones reales, la violencia se mistifica. Resulta entonces algo similar a una cultura de la violencia que recuerda al mito de un George Sorel. En realidad, la discusión acerca de las vías de acceso al poder debe hacerse en términos exclusivamente estratégicos y tácticos, con miras a lograr un juicio acertado sobre el método más eficaz y conveniente para alcanzar el fin perseguido, que siempre debe ser un proyecto histórico aceptado por el pueblo. Lo decisivo, por lo tanto, es asegurar que todo el movimiento revolucionario se organice en función de un proyecto histórico racional y no únicamente en torno de una estrategia para tomar el poder. Si esta estrategia se desvincula de la ideología global se vuelve irracional.

Para concretar el socialismo latinoamericano en cuanto proyecto histórico de desarrollo, hay que señalar cuáles son las etapas básicas que su realización exige necesariamente. Sin duda lo principal es concientizar a las bases populares sobre las contradicciones internas de la sociedad actual, sobre la incapacidad del sistema imperante para producir el desarrollo nacional y sobre el proyecto histórico que tiene que orientar la construcción de una nueva sociedad más digna y más exitosa. A partir de esta condición general se pueden enumerar ciertas medidas concretas esenciales que deben ser llevadas a la práctica una vez conquistado el poder por el movimiento popular. Tres son, a nuestro entender, las medidas fundamentales sin las cuales difícilmente se puede hablar de un cambio del sistema social.

La primera se refiere a las herramientas de la *planificación estatal*. Es preciso nacionalizar el sistema crediticio y orientarlo mediante la planificación económica. Esta reforma es esencial porque en una economía moderna la asignación de los créditos es el medio más eficaz para tener influencia en las distintas actividades em-

presariales del país. No se puede imaginar la existencia y la sobrevivencia de nuevas formas empresariales si el sistema crediticio sigue en manos capitalistas. El poder bancario actuaría frente a las nuevas empresas con criterios más bien políticos que económicos.

La segunda medida importante se refiere a introducir un cambio radical en la *organización de todas las empresas fundamentales del país*. Para poder dinamizar la economía estancada, la gran industria debe formar parte de un sistema socialista general que pase a ser un instrumento eficaz para poner en práctica una política nacional de desarrollo. Transformar, por ejemplo, únicamente algunas empresas o solamente las empresas públicas es sólo una experimentación que tiene poca significación para la transformación del sistema económico. Como la competencia capitalista en los mercados siempre va a regirse por criterios políticos frente a las nuevas empresas con el fin de mostrar su ineficacia, éstas tienen cerradas sus posibilidades económicas de supervivencia. No hay, ni puede haber una competencia leal entre empresas de distinto tipo en un mercado capitalista. Este necesariamente tiende a eliminar —cualquiera que sea el costo económico— a las empresas que no se avienen con su propia forma de organización y funcionamiento y que, por lo tanto, amenazan su existencia. La alternativa política consiste en mantener el mercado capitalista tal cual es o constituir un sistema socialista que determine la orientación y marcha de los mercados más importantes del país. Si subsisten las dos estructuras económicas diversas y antagónicas sin predominio de ninguna de ellas, no puede dejar de haber luchas internas desfavorables al desarrollo. El nuevo sistema socialista tratará de integrar a la pequeña y mediana empresa capitalista en mercados dominados por las empresas socialistas.

La tercera medida fundamental debe tender a asegurar una efectiva *libertad de opinión*, lo que exige quitar al sector capitalista el control sobre los medios de comunicación, los cuales deben ser entregados a organismos autónomos controlados por diversos grupos que participan en la formación del sector socialista, conductor del proceso de desarrollo y de la construcción de la nueva sociedad. Esta reforma es también evidente: los medios de comunicación que están en manos de la clase capitalista monopolizan la información y siempre actúan para manipular la opinión pública en favor de la

mantención de sus privilegios. En este sentido la prensa capitalista no es libre: ni los éxitos más evidentes del sector socialista en la conducción del país podrían convencerla de la eficacia de un sistema que implica su eliminación de la vida nacional. En un régimen revolucionario, pues, la libertad de las opiniones y de la información no puede ser asegurada sino por la entrega de los medios de comunicación a los grupos que participan y que controlan el sistema socialista en construcción.

Solamente el conjunto de estas tres medidas puede asegurar el surgimiento de un sistema socialista que convierte al pueblo en el verdadero protagonista de la vida política democrática y que garantice la eficacia de una política de desarrollo nacional. El desarrollo entendido en la forma vista, es la base material sin la cual todo derecho del ciudadano es un derecho vacío.

Queda por demostrar la capacidad del sistema socialista para impulsar al país subdesarrollado hacia el desarrollo, para lo cual el sistema capitalista es ineficaz. El socialismo burocrático lo logra sólo mediante la supresión del ciudadano libre. El capitalismo es incapaz, actualmente, de cumplir esa tarea. En el presente estudio hemos destacado esa incapacidad en cuatro planos: 1) La imposibilidad de lograr una colaboración voluntaria de las masas populares en el desarrollo capitalista, lo que obliga al sistema capitalista a optar por la dictadura antipopular; 2) La imposibilidad de que la clase capitalista adopte una política antiimperialista debido a que su estabilidad social solamente se conserva gracias al apoyo continuo de las fuerzas del imperialismo estructural; 3) La incapacidad del capitalismo para unir las fuerzas económicas del país en un esfuerzo común orientado por una planificación adecuada con el fin de que éste dé el salto hacia el desarrollo; 4) La incapacidad del capitalismo subdesarrollado de fomentar en la clase empresarial actitudes y posiciones ideológicas favorables al desarrollo que la llevarán a aceptar e impulsar una política de racionalización del sistema económico.

El sistema socialista tiene que proponer soluciones a todos estos problemas para poder presentarse como una auténtica alternativa de desarrollo. Por eso es necesario que nos refiramos brevemente a los interrogantes surgidos.

La participación popular en el desarrollo socialista se basa en la concientización de todo el pueblo en torno del proyecto histórico de una nueva comunidad nacional.

Esta concientización popular no es la imposición de una nueva ideología a un pueblo marginado, sino la catalización de las ideologías populares espontáneas hacia una concepción racional de la nueva sociedad.

Espontáneamente la ideología popular vincula la colaboración activa del pueblo en la construcción de una nueva sociedad con la esperanza de que ese proceso lo convierta en la base de la sociedad futura. La transformación del pueblo marginado en ciudadanía —con todos los derechos que le son inherentes— es la condición necesaria para despertar en el pueblo el esfuerzo de trabajo indispensable para dar el salto hacia el desarrollo. Es preciso educar a la población en una ética del trabajo, en vez de imponer la concientización haciendo hincapié en que el ciudadano es la verdadera base del poder social ejercido en representación suya y que él debe controlar.

Es esencial para esta concientización aclarar que la nueva sociedad contará con una estructura propia y no será la sociedad mítica de la armonía total; será una sociedad controlada por sus ciudadanos a través de la forma en que se organiza el poder. En ella se dará una verdadera dialéctica entre poderes dominantes y ciudadanía que ejerce control sobre ellos. La nueva sociedad será, por lo tanto, conflictiva, con una estratificación funcional propia. El verdadero problema que plantea la concientización es el paso de una ideología popular espontánea con sus tendencias anarco-sindicalistas a una ideología racionalizada del conflicto dialéctico entre los poderes funcionalmente estratificados. Si no se logra esta concientización, se corre el peligro constante de que el concepto mítico de la armonía total se convierta en su contrario: la dictadura ideologizada. La sociedad socialista es capaz de lograr una estabilidad social autosustentada, que le permite llevar a cabo una política de independencia nacional. No necesita del imperialismo para existir. Más bien se podría afirmar lo contrario: necesita ser antiimperialista para poder sobrevivir. Estas afirmaciones no deben ser entendidas en el sentido de que el país prescinda de los contactos internacionales, ni de las relaciones con el mercado capitalista internacional. La división inter-

nacional del trabajo hace imprescindible que la economía de cada país se oriente a cumplir las exigencias de los mercados internacionales, sean mercados capitalistas o socialistas. Pero un país con un sistema social autosustentado puede determinar las formas de su colaboración con los mercados internacionales y elegir las alternativas que signifiquen menos dependencia exterior.

Las condiciones para la integración del país en el sistema internacional de trabajo tienen que formularse, entonces, en relación con la necesidad de lograr establecer un sistema socialista dominante.

Fuera de esta exigencia fundamental no hay desarrollo posible y, por lo tanto, no pueden aceptarse condicionamientos exteriores sin permanecer en camino constante de subdesarrollo. La confrontación con las fuerzas imperialistas es decisiva para lograr el desarrollo y no puede ser postergada ni aún a cambio del establecimiento de un período transitorio de austeridad nacional.

En cuanto al tercer punto, la superioridad del sistema socialista es evidente. Todas sus estructuras económicas están establecidas para lograr una planificación realmente eficaz que permita la movilización de todas las fuerzas económicas de la sociedad. Una ética voluntaria de trabajo, una postura antiimperialista, la dirección del crédito nacional, son condiciones que pueden posibilitar una reversión del proceso de subdesarrollo.

Lo anterior nos lleva al análisis del cuarto punto que se refiere al fomento de actitudes favorables al desarrollo en todos los planos de la sociedad y de las posiciones ideológicas correspondientes. Este aspecto es especialmente importante en lo que se refiere a la promoción del grupo social que, en la sociedad socialista, ejerce la función empresarial. Hablamos anteriormente de la incapacidad de la sociedad capitalista para capitalizar y coordinar la concientización popular porque ésta se opone al surgimiento de una clase dominante elitista que implica el sacrificio del deseo del pueblo por llegar a construir la ciudadanía de la nueva sociedad.

Por su parte, la clase capitalista no se moderniza porque se da cuenta de que la concientización popular socava las bases futuras de sus privilegios elitistas.

La promoción empresarial socialista logra capacitar a un grupo empresarial para que cumpla su función propia en representación de

la ciudadanía del país, asignándole dentro de la estratificación de la nueva sociedad la tarea de funcionalizar la economía y los intereses populares hacia el progreso. El ideal socialista fundado en el concepto de estratificación funcional, es capaz de concientizar a toda la ciudadanía en un doble plano: el plano empresarial y el plano popular; porque no cae en el simplismo de identificarse, o solamente con las clases dominantes, capitalistas o burocráticas, o con el mito de la ejecución directa de la funcionalización de la sociedad hacia el progreso técnico-económico. El socialismo propicia el establecimiento de una dialéctica de control entre grupos ejecutivos y ciudadanía. Como la concientización popular se orienta hacia el establecimiento del control de los grupos ejecutivos por parte de la ciudadanía y no hacia su aniquilamiento, el grupo ejecutivo puede reinterpretar su papel en la sociedad a la luz de los nuevos ideales.

Pero la labor de concientización no puede referirse únicamente a las estructuras contenidas en el proyecto histórico de una sociedad socialista. Debe también tener en cuenta que toda sociedad moderna vive en función de un continuo progreso técnico-económico. La noción de estructura social moderna lleva en sí una valoración favorable de los fines del progreso técnico-económico. En las ideologías clasistas capitalistas y burocráticas el progreso es vinculado con la imagen de una solución total de las contradicciones sociales: se piensa en la transformación de las sociedades actuales en sociedades caracterizadas por una armonía completa. La ideología capitalista empezó este camino al identificar los intereses individuales con el bien colectivo mediante la implantación de un sistema jurídico adecuado, es decir, liberal.

En su desarrollo posterior esta concepción optimista original se fue desvaneciendo sin desaparecer hasta ahora. La interpretación ingenua del modelo de la competencia perfecta, por ejemplo, es un típico resabio de la ilusión original. La sociología estructural-funcionalista padece de la misma falla, la que se encuentra más explícita en los conceptos de un sociólogo como Mayo. Para todas estas concepciones el conflicto entre los hombres es algo puramente exterior y casual: la apariencia marginal de un consenso general básico. Esta idea se ve más clara en la literatura de ciencia-ficción y en la creencia de que en el futuro la política va a perder su importancia

hasta llegar a ser sustituida por la técnica. Autores como Arthur C. Clarke, en su libro *Profiles of the Future. An Enquiry into the Limits of the Possible*, proyecta el progreso técnico-económico hasta sus últimos límites, con lo cual se logra la armonización total de la convivencia humana. Mantiene, pues, una idea subconsciente de que la totalidad de los anhelos humanos alcanza su satisfacción mediante el progreso. De la misma manera la ideología soviética vincula su ideal de progreso técnico con la solución total de los problemas que plantea la convivencia humana, tal como Marx lo expresó: la desaparición del Estado, de los mercados, del poder, de las clases sociales y de cualquier estratificación funcional de la sociedad. La ideología soviética relaciona el mito del comunismo definitivo con el desenvolvimiento de la sociedad socialista, logrando una disposición incondicional de la población a conformarse con el sistema existente. Se configura así una sociedad unidimensional.

El proyecto socialista concibe el progreso técnico-económico en forma racional, gracias a la negación de estas mistificaciones. Es preciso aclarar que la armonización total de la convivencia humana es una idea trascendental —en el sentido kantiano del término— que está en el trasfondo de todo análisis teórico de la sociedad, pero cuya transformación en fin inmanente de la política y de la técnica determina una ideología falsa propia de las clases dominantes que, de esta manera, pueden presentarse como elegidas para ejecutar el destino humano. Solamente la crítica de estas ilusiones míticas y su conversión en idea trascendental puede dar la libertad necesaria a la actuación política para que tome en sus manos la historia. Sabiendo que el destino total de la humanidad va más allá de las proyecciones del progreso técnico-económico, es posible actuar fundamentándose en una apreciación verdadera de la sociedad humana, que tiene en sí los gérmenes de su propia enajenación y que se destruye a sí misma cuando pretende atacar esa enajenación mediante soluciones totales. Teniendo en cuenta que la solución total inmanente supone una ideología de clases, se puede concebir una política que llegue a dominar y a controlar los conflictos humanos sin caer en ese vicio. El proceso técnico-económico, entonces, conduce a una sociedad mejor, sin llevar a la mejor de las sociedades.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 23 DE MAYO DE 1970,
EN LA IMPRENTA LÓPEZ
S R L., JOSÉ MARÍA PENNA
1551, BANFIELD, PROV. DE
BUENOS AIRES.

La tesis central de este libro, en el que se analizan con rigor y profundidad los fenómenos del subdesarrollo latinoamericano, es que éste se encuentra íntimamente vinculado con la estructura capitalista de la economía y de la sociedad global. Sostiene el autor que ni el deterioro de los términos de intercambio ni la explotación y extracción económica dentro de la relación centro-periferia, pueden explicar el subdesarrollo existente —producto del sistema de mercado libre entre empresas capitalistas—, que no cabe definir como mero atraso de desarrollo. Según el profesor Hinkelammert se trata más bien de una polaridad dentro de la estructura capitalista mundial, polaridad que se genera continuamente y que vuelve a generarse siempre de nuevo; de una categoría específica de la sociedad moderna, que se encuentra en una situación tal que no quiere ser lo que es, y que no puede ser lo que quiere ser.

Franz Josef Hinkelammert estudió economía en las universidades de Friburgo, Hamburgo y Münster. En esta última obtuvo el título de economista en 1955. Se doctoró en economía en la Universidad Libre de Berlín, en 1960, con una tesis sobre "El desarrollo económico de la Unión Soviética". En esa misma universidad fue profesor asistente desde 1959 a 1963. Desde el año 1964 es profesor de Sociología Económica en la Universidad Católica de Chile. Entre sus principales publicaciones podemos citar: **Der Wachstumsprozess in der Sowjetunion** (Berlín, 1961), **Economía y revolución** (Santiago de Chile, 1967), e **Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia,** que aparecerá en esta misma Biblioteca en el curso de este año.

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES
VICERRECTORIA DE COMUNICACIONES
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Distribuidor exclusivo:
EDITORIAL PAIDOS
Defensa 599, 3er. piso Buenos Aires